

The background of the book cover is a collage of aged, sepia-toned maps and documents. A prominent feature is a large, detailed illustration of a three-masted sailing ship with its sails partially unfurled, positioned in the lower right quadrant. Above the ship, a circular compass rose is visible, showing cardinal and intercardinal directions. The overall aesthetic is that of a historical or nautical theme.

Jorge Goyeneche

Semblantes de Bestias

 Gárgola

SEMBLANTES DE BESTIAS

"...y los que ahí moran son gentes
semblantes de bestias que no tienen ley,
ni reglas, ni derechos, ni saber, ni
maestrías."

Alfonso X, el Sabio

"En estas islas hasta aquí no he
hallado hombres monstrudos como muchos pensaban"

Cristóbal Colón

**Prefacio a la reedición de *Semblantes de bestias*, de Jorge Goyeneche
(Buenos Aires: De los Cuatro Vientos, 2016)**

No es de sorprender que, trece años después de su primera edición y al conmemorarse el cuarto centenario de la muerte de Cervantes, se reedite *Semblantes de bestias*, la segunda novela de Jorge Goyeneche, porque es una obra profundamente cervantina que rinde homenaje tanto a la figura de autor como a los textos del maestro alcalaíno.

Desde un punto de vista genérico, *Semblantes de bestias* (2003) se inscribe a varios niveles en la corriente novelística que surgió a finales de la década de los 70' y se consolidó en los 80' y 90', y que estudiosos como Seymour Menton o Fernando Aínsa bautizaron 'la nueva novela histórica de América Latina'. Comparte con obras emblemáticas de la época el hecho de ficcionalizar hechos y protagonistas del descubrimiento y de la conquista del Nuevo Mundo recreando, a través del personaje del Almirante fantasmal que casi no habla, a Cristóbal Colón – figura histórica que protagonizó en 2011 otro texto novelesco del platense, *Almirante de sal-*, como lo habían hecho antecesores como Alejo Carpentier en 1980 con *El arpa y la sombra* o Abel Posse en 1983 con *Los perros del paraíso*. *Semblantes de bestias* describe con minucia la vida cotidiana, el imaginario y las supersticiones de la sociedad occidental de la época y, a través del diálogo antagónico entre el científico Galo y el indio Trampantojo, la violencia del choque cultural que supuso el encuentro entre estos dos mundos. Si bien la denuncia de las atrocidades perpetradas por los españoles en América no es para nada central en esta novela, la mala suerte de los diez indios embarcados en la carraca las ilustran. Al respecto, conviene resaltar el sentido del título de la obra, "semblantes de bestias". De la misma forma que, como lo sugiere su nombre, Trampantojo va a refutar las teorías de Galo para tratar de desengañarlo, este título va a hacer de "trampantojo", va a desmentir las apariencias. En efecto, la novela se abre con dos epígrafes, uno de Alfonso X el Sabio y otro de Cristóbal Colón, que dialogan: el rey de Castilla les presta "semblantes de bestias", facciones monstruosas, a los habitantes de estas tierras por descubrir, mientras que el genovés desmiente por la experiencia de sus viajes las afirmaciones del monarca. Este recurso, también utilizado por Posse en *Daimón* en 1979, invierte y subvierte la tradicional dicotomía entre el supuesto carácter de civilizados de los europeos y el de bárbaros de los aborígenes americanos. Además del título, en *Semblantes de bestias*, los diálogos nocturnos entre Galo y Trampantojo, el cinismo y la crueldad de Galo con su interlocutor encadenado en la sentina del barco no dejan lugar a dudas y acaban de conferirles a los europeos, trátase del desalmado sabio o de los tripulantes, estos "semblantes de bestias". Huyen de un mundo venido a menos, doliente, que sufre la doxa y los castigos inquisitoriales, un mundo que niega el placer, castrador hasta tal punto que los habitantes de Ratisbona son víctimas de una epidemia o de brujerías que les quitan todo asomo de virilidad. Frente a este mundo apocalíptico, tanático, la convicción del viejo Almirante ciego de que allá, en el sur, en el pezón de la pera del mundo, están el Purgatorio descrito por Dante y el árbol de la vida que los sanará, hace aparecer esta tierra utópica americana como una tabla de salvación para todos. Como dice Trampantojo, un mundo diurno y luminoso, pero ebrio y erótico. Simbólicamente, Galo encarna el hombre prometeico, el tiempo lineal hegeliano y Trampantojo el hombre edénico, el *homo sylvestris* que se mueve en un tiempo primordial. En este combate desigual –encadenado, Trampantojo no puede defenderse sino con las palabras-, la naturaleza y el narrador eligen claramente al derrotado indígena, a través de los animales que se compadecen con él, a través del mar que viene a acoplarse con él en la sentina en una larga luna de miel secreta, y porque el agonizante Trampantojo ve en el grumete Miguel a su sucesor como brujo indio, como creador de figuras de barro; en efecto, es cierto que Miguel, gracias a su aventura americana, amasará figuras, pero que no serán de barro, sino que serán figuras y héroes de papel.

A pesar de ser una novela histórica, la obra de Goyeneche se caracteriza por su ausencia de marcadores históricos o espaciales. Una serie de indicios textuales permiten reconocer en el Almirante ciego a Colón, en el grumete Miguel a Cervantes, en Ulrico al lansquenete Ulrico Schmidl, tripulante de la expedición de Pedro de Mendoza al sur en 1534. De la misma forma, aunque desde el principio el Almirante anuncia que buscará el Paraíso anunciado por Dante en "el sur, donde habrá un río enorme y planicies sin fin", el narrador omnisciente nunca nombra explícitamente la Argentina, que el lector avezado acaba identificando gracias a la mención de animales como los ñandúes, los pumas y guanacos, a la palabra pampa, al uso de verbos como bolear, a voces como cambalache o por la referencia a leyendas querandíes como la de Gualichu. Queda claro, con todo, que el propósito de Goyeneche no es reconstruir miméticamente el pasado con la precisión arqueológica que buscaba Alejo Carpentier. Es otro. Como lo resaltaremos después, *Semblantes de bestias* relata ante todo, y en cierta medida como el *Quijote*, un camino iniciático. Tal vez esta imprecisión temporal y geográfica le dé más trascendencia simbólica a esta expedición. Lo cierto es que la mezcla de tiempos en la narración, que hace coexistir pasado, presente y futuro en una especie de ucronía, proyecta los sucesos de esta expedición más allá de su mera circunstancia, impresión a veces reforzada por anacronismos: en el capítulo 6, las torturas infligidas en la sentina por Galo a Trampantojo, unas torturas de una crueldad insostenible, descritas con gran minucia, sufridas por un "nosotros", ilustran las prácticas del Santo Oficio al tiempo que recuerdan el uso más reciente de la ciencia y de la técnica para perpetrar horrores en los campos de exterminio durante la segunda guerra mundial, para crear la bomba nuclear, la picana, o clonar con fines poco confesables.

La lectura del texto de *Semblantes de bestias* es un verdadero placer por su riqueza, por su inmensa generosidad. Nos enteramos al final que Goyeneche tardó diez años –de 1990 a 2000– en escribirla; este dato ilustra la encomiable densidad intertextual de esta novela, su gran erudición histórica, mitológica, cosmológica, un humor mordaz omnipresente, un verdadero culto a la palabra que lleva al autor a crear deliciosos neologismos. Este chisporroteo léxico, este barroquismo verbal, este humor, así como la integración de hilarantes escenas de sexo como las que protagonizan el negro Antón y el imberbe Pepillo recuerdan a Rabelais y equiparan a esta novela con las mejores nuevas novelas históricas latinoamericanas.

El texto de la novela convoca constantemente la erudición literaria del lector a través de guiños, parecidos, alusiones y a veces por la cita textual de fragmentos de la *Divina comedia*, las *Novelas ejemplares*, *Don Quijote de la Mancha*, de *Gargantua y Pantagruel*, de *Amadís*, de la *Odisea*, la *Eneida* o de poemas del Cancionero. Esta red de intertextualidad se relaciona principalmente con el itinerario personal de los dos personajes verdaderos protagonistas de la novela aunque no son los más locuaces, el Almirante ciego y el grumete Miguel.

Las referencias o las inserciones –muchas veces en italiano– del texto de Dante se deben al hecho de que en la novela, más que el *Libro de Isaías*, la *Divina comedia* es la principal fuente del proyecto del viejo Almirante de lanzarse hacia el sur. La convocación de las fuentes clásicas, homéricas o virgilianas, equipara este viaje y sus portentos con las epopeyas marítimas de Ulises o Eneas por el Mediterráneo. En el caso de Miguel, al revés, varios episodios de sus andanzas ficcionales pueden ser identificados por el lector competente (también ayudado por las anticipaciones del narrador omnisciente) como la fuente de inspiración de su futura obra novelesca. En *Semblantes de bestias*, además de compartir el nombre del famoso escritor, el grumete Miguel vive episodios personales que parecen sacados de la biografía de Cervantes y que propician, pues, una ilusión referencial: el hecho de haber nacido en Alcalá, la profesión de su padre, la muerte de su hermana, la solicitud de un puesto en Indias, el presidio en Argel, la batalla de Lepanto... Identificado así el grumete como el *alter ego* de un joven Cervantes que se embarca para descubrir el mundo y en busca de su destino, sus vivencias ficcionales aparecen claramente como la génesis de sus páginas más conocidas: la salida de su casa cita

explícitamente fragmentos de su *Viaje al Parnaso*; la travesía de Sevilla parece inspirada en el anónimo *Lazarillo de Tormes* pero relata momentos de "La ilustre fregona" de las *Novelas ejemplares*; el coloquio de las ratas que se embarcan anuncia "El coloquio de los perros" de la misma obra; el relato de la pérdida de la nariz de Galo anticipa la aventura del Caballero del Bosque en la segunda parte del *Quijote*; cuando, al dejar su casa, el joven se imagina "justísimo rey de una ínsula estraña", es difícil no pensar en la ínsula Barataria prometida y entregada a Sancho, también en la segunda parte del *Quijote*. Podríamos multiplicar los ejemplos pero no quisiéramos privar al lector de los deleites del juego de escondite urdido por Jorge Goyeneche en esta novela.

Si bien la ficción goyenechesca se entreteje, por la intertextualidad, con la biografía y la obra cervantinas, además de proponer una génesis ficcional de la obra cervantina y homenajear así al excelso autor español, nos parece que, más que todo, *Semblantes de bestias* es una oda al quijotismo, un quijotismo compartido por varios de sus protagonistas y presentado en dos claves: el quijotismo literario, el hecho de que las lecturas den alas, de que la ficción pueda actuar sobre la realidad, y el quijotismo heroico, o hecho de que nada puede detener al más atrevido y de que, aunque caiga derrotado, lo importante es que lo haya intentado. En la novela, las lecturas del viejo Almirante le brindan una convicción y una fuerza que contrastan con los temores de los tripulantes y que lo lleva a lanzarse sin pensarlo hacia lo desconocido. Asimismo, el joven Miguel, sediento de aventuras, quiere ser un Amadís y, desde su escondite en la cubierta, agiganta todo lo que ve y quiere convertir todas sus vivencias en epopeya ficcional. El quijotismo heroico se trasluce en el carácter iniciático de la novela. En la enunciación, cuando el joven Miguel deja su casa y su familia, se rebela contra un destino mediocre, contra una vida signada por la mala suerte, y todos sus actos posteriores van guiados por la convicción y la voluntad de ser y hacer algo grande. El mismo quijotismo está en el obcecado viejo Almirante, criticado y mofado por todos, o en Trampantojo que sigue contradiciendo a Galo, que sigue oponiéndose a su pancismo aunque sabe que le costará la vida y una muerte atroz. Este quijotismo que caracteriza a los entrañables protagonistas de *Semblantes de bestias* recorrerá, como lo afirma la frase final de la novela, toda la obra cervantina: "Escribirá historias, y en ellas —en todas ellas— estarán este viaje, el viejo loco, el extraño mago y las tinieblas de la razón." Una sinrazón que, aunque desmesurada y vana, es profundamente humana y ha contribuido seguramente más que todo a que esta "primera novela moderna" siga tan actual, cuatro siglos después.

Un último punto de *Semblantes de bestias* sobre el cual quisiéramos detenernos es la reflexión que propone el principio del capítulo 7 sobre la relación entre la realidad y la ficción, sobre el estatuto de la ficción y, consecuentemente, sobre la figura del autor y su estatuto. El escritor tiene el papel y la responsabilidad de testimoniar, de rescatar del olvido: "Nada sería sin el grumete que de estas nimiedades hará vidas. (...) Miguel transformará la masa en energía para que nada se pierda." El desenlace de la novela sugiere que la historiografía yerra ya que el cegatón murió en las cercanías del Plata y que tampoco fue natural su muerte sino crimen: "Gran ficción la realidad. (...) Barroquismo. Retorcimiento." Goyeneche subraya el carácter imprescindible de la literatura, de la ficción, y sitúa a la realidad ficcional por encima de la presunta realidad, que no es más que mera ficción, vestidura, encubrimiento, retorcimiento... Última consideración nuestra para agradecerle a Jorge Goyeneche la placentera aventura que representa la lectura de *Semblantes de bestias*, que nos lleva a transitar gratos caminos inesperados, y para señalar que ésta es realmente de las novelas que es imprescindible leer.

**Romain Magras, doctor en literatura latinoamericana por la Universidad París 8
Maître de Conférences en la Universidad de Ruán (Francia)**

SEMBLANTES DE BESTIAS

CAPÍTULO PRIMERO

Mezclándose con los nauseabundos olores de la bodega, las voces de los amotinados engordaban el aire. Muchas ampolletas de arena habían transcurrido ya, y la tierra prometida con sus oros y mujeres tetonas no aparecía. Hasta las hierbas, se decía, habían sido traídas por el Almirante y arrojadas cuando los ánimos desfallecían. Trozos de madera con signos extraños, voluminosos bambúes, huevecillos de aves, escaramojos: Todas trampas de un viejo enceguedo y medio loco, enfermo de gota y fantasmal.

El momento de la acción había llegado, solamente era necesaria la coyuntura, el grano de arena apropiado cayendo como el único grano de arena del universo y paralizando los ojos del mundo en la visión del instante preciso. Las voces multiplicaban la ira y hacían aflorar temores pánicos. No es lo mismo verse rodeado de aguas sujetos a las veleidades del mar en la cuna del Mediterráneo que ofrece sus bordes salvadores al que solo extienda un brazo necesitado (con un par de manotones de ahogado se llega a Cerdeña o a Creta, Túnez, Gibraltar); que estar inmersos en la nada lejos de las columnas de Hércules, perdida de vista la costa africana, más allá de las Islas Afortunadas donde las estatuas romanas amenazan desde el bronce "VOLVEOS, ATRAS DE NOSOTRAS NO HAY NADA". Vamos muy velozmente -decían los marinos viejos- porque estamos bajando la curva de la tierra. Si no nos caemos del mundo en algún momento, si no nos devoran tarascas del Diablo, aunque lleguemos a alguna tierra, cómo diantres haremos para remontar las aguas? ¿qué fabulosos vientos serán capaces de hacernos retrepar por este mar inconmensurable hasta nuestro hogar, allá arriba, en Europa? En el mejor de los casos caeremos a alguna extraña isla de los antípodas, seres terribles que caminan con las manos aferrándose a hierbas y raíces para no despeñarse del mundo redondo. Gentes mostrudas. Dicen que más al sur las aguas hierven y el calor es tal que nos pondremos negros.

En la sentina las voces retumban como en la caja de una viola, creando fantasmas, multiplicando la cantidad de amotinados y el número de miedos.

Es que los rayos del sol se pueden tocar allá. Se hacen chorros líquidos de fuego y todo lo queman.

Si en las Canarias había ratones come cuerda que nos dejaban sin sondas ni anclas, qué se puede esperar de aquello. Tal vez, aventuró una voz, haya cosas de maravilla, ¿por qué ha de ser todo espanto? En la Tenerife hay un árbol de agua que da de beber al sediento y en Gomera hubo, ciertamente, ratas que royeron nuestras sogas, pero también oímos a los nativos y a muchos hombres honrados españoles que cada año vían tierra al Oeste de las Canarias, que es al Poniente, y lo afirmaban con juramento. ¿Por qué no creer que abajo de nosotros hay hombres mejores, reina la justicia sin que existan esas dos palabras de tuyo y mío? ¿Qué nos impide aceptar que al final de las aguas está el Edén con su vino, su oro y sus hembras?

El murmullo recorrió la oscuridad de la sentina. Las opiniones parecían ladearse hacia la esperanza, más descansada que la rebelión porque se posterga en el tiempo. Pero alguien mostró su mano al grupo de hombres, uno silenció a todos con la prueba del miedo, levantó dos dedos que sostenían la verdad:

-Mirad, mirad todos -dijo temblando-. He aquí un piojo, ¡y está muerto!

Entresacó otro más de sus tristes ropas, y otro. Todos comenzaron a hurgarse los muslos, la entrepierna, tras las orejas, la coronilla. Y todos, en completo silencio analizaron y mostraron a sus vecinos los piojos muertos. Como una danza muda, como aprendices de baile que piensan cada paso y figura, metíanse una mano allá, alzaban la pierna derecha, observaban el talón y luego con expresión vacía tendían hacia los otros sus manos cargadas de insectos sin vida.

El sol ha comenzado a hervirnos. Mañana amaneceremos negros, calcinados como comida pasada.

Antón ya tiene el camino hecho, dijo el cocinero Ribaldo palmeando al africano.

El terror, o tal vez la inminencia de la muerte, reavivó la ira. Según las voces más destempladas destripar al orate era lo menos. Virar ahora, poner rumbo a puerto cierto, regresar a casa a zambullirse entre las piernas morenas quizá desocupadas. Risotadas del negro Antón. Palmadas libidinosas a los grumetes, imberbes mocitos que con un es no es de malicia y despertar sexual andrógino nadan desnudos en torno a las naves a la hora del calor austral de infierno. El bamboleo de la carraca ayuda al negro Antón que enalga su mano en Pepillo. La furia de la turba revive por la furia de Antón, quien rechazado levemente por el mocito recuerda en el otro extremo del deseo al cegatón al mando de esas maderas hediondas y crujientes. Matar al anciano. O al menos encadenarlo junto al maldito hechicero Trampantojo que ha puesto más de cabeza la volteada sesera del Almirante. El hambre de bizcochos podridos alienta a la turbamulta, la sed racionada de vinos en buchets y el miedo solamente confesado a través de mitos y supersticiones. Solamente extremada necesidad podía diluir el olor a estiércol humano y animal, la náusea ratiforme, los pies reblandecidos de constante agua y sal, la cabeza humeante en la cubierta por el sol, picado de toda clase de pulgas y chinches el cuero, enrojecidos los ojos, seca la lengua. Necesidad de vino y queso y bizcocho y tierra bajo los pies y hembra bajo la piel. El ruidoso gas de ajos de Antón provocó risas y huida concéntrica. La excusa para irse ya (una cosa es jugar de amotinados y otra pender lenguafuera del palo mayor). Alguno, amparado en la soledad, conector del rumbo, lambeteó una pipa escondida. Otro menguó la ración general de tocino y azúcar. Cada uno disimuló su huida con rapiñas. Antón -listo para ensartar su remo sin fulcro- atrapó a Pepillo entre la pólvora embarrilada y los moldes para hacer pelotas de pasamuras, falcones y bersos.

Miguel, el grumete soñador, abandonó como todos la reunión de amotinados, dejándolo a Pepillo al borde de ser envergado por el negro Antón Trébedes. El ardor del tiempo corrido se sumaba a la sangre caliente del africano, los cuentos picarescos de los marinos y especialmente la provocación constante del muchachito dual que gozaba nadándole en cueros en torno a la carraca

bajo la mirada ecuatorial del negrazo. Con un dejo de malicia, Miguel se escondió tras unos barriles de anchobas, pero el sacudón del barco hizo caer a Pepillo y Antón ocultándolos a la vista del muchacho. Antón ensartó a Pepillo, quien lejos de aullar de dolor simplemente ronroneó de placer y queja frente al tamaño camaño del otro, que no conforme con el desfloramiento del casi niño cacheteaba brutalmente con sus manazas el culo enhiesto de Pepillo al grito de "¡arre, pillo, arre, trota por mi calle!".

Miguel ya se había estado yendo antes de los gritos y trotes. Cuando cayeron los otros, no pudiendo ver nada, se empezó a alejar, pero las canciones del dúo le llamaron la atención y lo fueron excitando. Sin embargo, como su imaginación ya tenía suficiente, se alejó un poco más y allí comenzó el entrecruzamiento entre la dupla hermafrodita aullante y otro canto alterno masculino que poco a poco comenzó a prevalecer sobre la cantiga sodomita. Miguel se fue acercando a tuntas entre fanegas de harina y pipas de vino, quesos y botijas de miel, cajas de carne de membrillo y tocino añejo, hacia un rincón más hediondo y alejado donde dos voces discurrían con la mezcla de suavidad, sorna y violencia contenida de los sabios. Eran Galo y el indio Trampantojo. Uníalos, como a Pepillo y Antón, no el amor sino la necesidad, que transformaba los signos del amor en grotescas agresiones intelectuales. Miguel habíase excitado notablemente con los arrumacos de Gomorra, quizás dábanle pie y cauce erótico a su febril imaginación, pero las misteriosas disquisiciones de aquellos amotinados de la ciencia irguiéronle durísimamente su verga intelectual. Estaba al borde loco de la masturbación poética. Sus ojos de adentro en blanco gozaban, obnubilados con los pornográficos razonamientos y los zoofílicos axiomas de aquellos brujos de sentina.

Miguel había nacido en Alcalá de Henares, alcaláino de Madrid -decía, como si le fuera en algo. Su padre, médico cirujano, deambuló por toda España con la excusa de la profesión. Y él lo haría por los mares con la excusa de la herencia paterna. Como le gustaba irse siempre, era

tranquilo y bravo. Le daba miedo la muerte y la pelea, pero se enfrentaba a cualquiera precisamente para poder seguir huyendo y viendo.

Un extraño aventurero signado por la mala suerte. Pareciera que todos los que sobreviven andando de aquí a más allá sin siquiera un poco de dinero, los que reciben un pistoletazo a una pulgada de la cabeza son seres signados por la buena fortuna. Sin embargo tenía de niño en Madrid la rara habilidad de llegar un instante antes o después, pegarle al cabrón desapropiado o ganar a las barajas cuando debía perder y desencadenar así casualidades, eslabones, a partir de un naipe tonto, que lo llevaría a una escalera de rebotes donde le caería en gracia al duque o al mismísimo rey. Vaya a saber.

Quizás se embarcara en esta miserable carraca por haber sido desfavorecido por la suerte de obtener uno de los cuatro puestos de grumetes sobrantes. Pero lo que vería en esas tierras prometidas y en ese viaje lo haría ascender mucho más que a la cofa del palo mayor. Es extraño, pero a Miguel no lo movía como al Almirante Fantasmal el deseo de alcanzar el Purgatorio que Dante ubica (decían, oyó, imaginó espionando) en latitud y longitud opuestas a Jerusalem, ni menos aún el burdo afán del oro, ni el deseo de encontrarse con fabulosas hembras tetonas de habilidades prometedorísimas para su entrepierna de pólvora juvenil. No.

Algo le susurraba al oído que cada muerte de seres amados ocurría para que él no muriera aún. Que se le iban e irán yendo seres queridos para que él siguiera deambulando el tiempo con alguna finalidad que desconocía. ¿Sobreviviría hasta que ocurriera qué? ¿hasta que viera, oyera, oliera? ¿hasta guerrear en batallas de espanto? ¿hasta que se sumiera en las tierras patas arriba de Trampantojo, el indio mago, donde las gentes andan con las manos recorriendo extrañezas, donde nada es como es sino lo que no es? ¿hasta que escribiera una tragedia en verso real? Y se le iban muriendo. Desde pequeño tenía la impresión, no soberbia sino ineluctable, fatal, de que debería hacer algo grande, de que estaba signado matemáticamente para realizarlo y que no moriría sino hasta cumplirlo.

A los diez años enfermó. Mirar todo el día el techo de la casa ante un padre médico que regresara con velocidad inusual para trasuntar un rostro preocupado fingiéndole terriblemente que todo estaba bien y evitándole temas y cuchicheándole a cada visita fuera de su cuarto, eran evidentes manifestaciones de gravedad enorme y muerte que se olía en toda Europa. ¿Mas cómo morir si aún lo Grande no había sido realizado? ¿puede hacerse algo grande a los diez años? ¿qué? ¿robar frutas, leer el Amadís a escondidas, nadar desnudo en el río? ¿No sería solamente una triste ensoñación su pretendida obra, y se iría sin más ni más? Y vino, entonces, la primera revelación: en medio de su prolongada enfermedad que lo sorbía como una naranja, su hermanita de tantos meses como el mal, su Isabel toda gordura y pulpa, plena de color de zumos, sana como la primavera, murió. Y en días, inexplicablemente para su padre cirujano, su madre dolorida y quienes venían a dar otro pésame, él dejó ese aspecto de cáscara y hollejo agrio, se levantó y corrió y peleó con sus amigotes. El, el casi difunto.

Y así pensó cuando murió su primo el Juan, compañero de trapisondas. Su primo gordo, fuerte y práctico. Su primo que habría querido ser cirujano como su padre. Inmediatamente decidió embarcarse en esta carraca miserable que era nave celeste según los bandos de los pregoneros.

Su vida seguiría luego sumando muertes de parientes mayores y menores que él, de compañeros saeteados a su vera o justamente detrás o exactamente delante o precisamente donde él había resuelto esconderse o mostrarse o saltar o quedarse. Apariencia de fortuna para su entorno, pero adiciones de dolor para él.

Mientras esto pensaba, el negro Antón seguía con su bujarronada, Galo y Trampantojo discutían de aves mecánicas, y en algún lugar de su patria alguien -sin que él lo supiera aún- se estaba muriendo para que él siguiera viviendo e hiciera lo que debía hacer aunque no supiera qué sería. Quizás lo descubriera en el Purgatorio de las Indias. Pero su temperamento de bailoteo, de apoyarse ya sobre un pie ya sobre otro pie para buscar cuál debía ser su gran obra, para la que tantos morían en su reemplazo, a veces lo paralizaba. Temía acertar con su misión y adiós a esta

vida luminosa. Si lo hacía, si mataba al enemigo indicado, desposaba a la pobre niña que lo esperaba, enseñaba un camino a un peregrino redentor, si escribía el soneto perfecto, si cumplía en fin con su sino desconocido aún, adiós a la dulzura y la aventura del sol y el amor y el miedo y los sueños y la visión del mar y la llanura y los recuerdos de su corazón. Quería cumplir pero a menudo el loco amor a la vida lo llevaba a la inacción. ¿Y si su gran misión no fuera más que el gesto tonturraco de encadenar su propia muerte a la vida de otro que transportara la lumbre?

Pepillo ronroneó más violentamente y Antón Trébedes se despachó en su descarga con un aullidito casi silbido. Sus estertores, a medida que Miguel seguía alejándose de los sodomitas, iban siendo tapados por la discusión de Galo y Trampantojo, también escondidos en la sentina, más hacia proa, entre serones para llevar carbón, espuertas y sacos para el servicio de las naos.

¿Cuál podía ser la Obra? Tal vez se convirtiera en el justísimo rey de una ínsula extraña. Quizás lo examinara un dios tonante o un concejo de ancianos lo pusiera a prueba haciéndole dictaminar sobre criminales e inocentes, madres amorosas y madres fraudulentas que aceptarían partir en dos al hijo en disputa, o tal vez fuera un Amadís ultramarino.

Las ondas causaron más placer a Antón y Pepillo, golpearon y zamarrearon una carraca que se sacudió y saltó como para elevarse y volar. La muerte, pensó en un grito Miguel. ¿La tan mentada dama de canciones infantiles -ay muerte tan rigurosa- vendría a escondidas en el conato de tormenta a cortar el cordón de seda?

Años después, ya hombretón, Miguel temería aún más a la muerte. Pero no sólo por amor a la vida y la luz sino por no haber hecho nada que le mereciera partir. Ahora sí sabía casi con plena certeza cuál era su misión enorme. Debía redondear su voluntad, armarse de sudores y de la tentación mundana alejarse. Ya estaba esbozada la dirección de su mano hábil. Ya cuarentón se preguntará si habrá de vivir mil años matusalénicos sin resolverse a lo grande. ¿O simplemente moriría, en el futuro lejano, sin más heroísmo que tener una hija natural y casi no recordar lo

visto en las tierras locas del indio Trampantojo? Morir sin nada hecho es flotar en estiércol sin deseos de nadar o ahogarse.

Las hierbas raramente conservadas por el Almirante y las máquinas del aire le tenían su mente en una nube. ¿Y el negro revolviendo con su tamaño camaño las cuevas del angelillo gomorro? ¿sabios sonsacándose triperío metálico de aves? ¿un Almirante recitador como fantasma de versos selváticos, ásperos y fuertes?

Para un grumete soñador (que ha visto entorno de sí danzar la muerte sin invitarlo al baile), no es poca cosa que se fusionen en su seso todas a una las imágenes encajonadas dentro de esa carraca, frente a sus ojos solos.

El cegatón gotoso, en su castillo de popa, reabrió el libro y su memoria en los duros tercetos que el florentino escribiera en medio del camino de la historia. Una carraca fuera de las columnas de Hércules, llena de vacas y caballos, científicos y observadores de estrellas, perros guerreros, marinos amotinados, indios de regreso, una cubierta de Babel, maderas necesitadas de calafateo, velas mordidas por la sal requieren un jefe de carne, un timón bien plantado, una mano resuelta a orzar los vientos contrarios.

El Almirante gotoso y fantasmal deambula insomne con los ojos casi en blanco recitando extrañezas. Aunque en esa nao donde hasta las ratas son de lenguas distintas no sorprende su jeringonza sino su monólogo sin ebriedad. Diz que en las noches, mientras camina como flotando cuando todos tropiezan, es posible ver a través de su cuerpo el cielo brumoso del atardecer. La luna ha pasado con su halo de tormentas tras la cabeza loca sin que esta la eclipsara. El Almirante es de bruma y su cabeza la luna, canturrean con miedo los tripulantes. Hasta los más

bravos le temen a este vaho con borde humano que apenas gesticula y sólo mueve los labios en un recitado murmullo bárbaro.

Ni el lansquenete Ulrico, con su gárgara del norte, ni el vizcaíno enrevesado con su verba rocosa que no pudo aprender ni el diablo, desentonan como el Fantasma de Bruma.

Murmuran que estuvo donde las aguas hierven bajo Africa, murmuran que remontó la subida de la tierra regresando a España, murmuran que asesinó para obtener mapas y silencios de quienes estuvieron en estas tierras prometidas de oros y hembras de tetas gitanas como la esposa de Peringo que se casó un domingo. Hasta sospechan que habló en Chíos con Homero, otro cegatón, que viajó junto a Ulises, devorado por el mar enorme, que tuvo amores turbios y dolores rubios. Murmuran y lo espían entre las tecas de su castillo de popa lleno de libros a los que -diz- les ha gritado, les ha pegado, les ha rezado. Les ha impuesto las manos con los ojos al cielo entonando la salve. Su habitación, botica llena de hierbas para la gota y los dolores de cámaras. Un fantasma lector preocupado por sus luces y sus libros.

Mientras todos murmuran él no tiene lengua para lo que leen sus ojos ciegos y como todos también recita seudoverdades. Aquellos deforman su vida, él lo que estudia. Un fantasma que habla español aprendido en Portugal intenta recitar a Dante rememorando su latín genovisco de padre lanero.

El Almirante es un ser no común, los mecanismos de su conducta son más complicados que la torpe bomba de achicar agua, castigo de sentina, y más extraños quizá que esos vidrios curvados de Galo, que acompañan las apariciones fantásticas. Funciona tal vez como la vieja carraca - remodelada mil veces, que sintió aguas ardientes en Guinea, broma en el Caribe y danzas por doquier- salada y calafateada, reclavada con maderas nuevas. El cegatón gotoso ha ido emparchándose de lenguas y de paisajes. Anda con la simplicidad de la nao surcando las bahías mansas y por dentro se mueven cien hombres con sus mil vidas y docemil recuerdos. O anda moviendo siete brazos, a los saltos, con los ojos por doquier y la boca de loco, como los treinta y

dos vientos del mar todos a una en su cabellos y en sus ropas y en sus uñas pero solamente hay un pequeño y simple motor inmóvil en su interior, la idea loca creída a Isaías pero más a Dante de que en el pezón de la pera del mundo está el Purgatorio, escalera al Paraíso, con sus ríos de vino, leche, bálsamo y miel.

El oro estará, seguramente. Con él podrán pintarse auras y bañarse estatuas por todo el plácido Mediterráneo, espolvorearán el vino los príncipes y llenarán sus bolsas los burdos marinos hambrientos.

Estarán las hembras tetonas para saciar las bocas de los desmadrados. Habrá estrellas nuevas para los poetas y para que Galo explique el porqué de esos cometas o los maravillosos ramos de fuego en la mar, como él mismo viera un día de septiembre del año de su enaltecimiento y locura definitiva.

¿Pero para él habrá -duda- la gloria perdida en el esmeril de las cortes y documentos y ansiedades y premuras por esto o por aquello? ¿Crecerá la extraña palma en cuya médula se beba él los premios por sus viajes?

La otra vida lo trastorna en los tercetos del Infierno, amedrenta su sueño ya proclive a lo extraño y ya acostumbrado a la sorpresa de perros mudos y perlas y hombres puros en su desnudez. El horroroso temor a la ciudad doliente, a los círculos que van ciñendo cada vez más el pecado. La enfermedad y los años lo predisponen a veces a dejarse llevar al garete hacia la otra orilla. Su cuerpo curtido en las cubiertas de muchas naos, no sufre en esta carraca donde marinos avezados tiemblan. La tormenta es un plácido acunar con alguien canturreándole al niño. Pero por momentos -como si abriera los ojos saliendo de la semimuerte de la enfermedad- reconoce el mundo luminoso con visión final y, por lo tanto, necesidad perentoria de morir lleno de misas y también de reconocimientos reales.

Su ceguera de sal, creía el Almirante, sería ante los guardianes del paraíso, la prueba de su esfuerzo. Las hierbas de su botica, inobviable ofrenda pagana; sus cartas, sus libros, sus

instrumentos quizá fueran salvoconducto hacia el cielo de la sabiduría, y como muestra irrefutable de su amor a todas las criaturas, ese grupillo de indios que llevó a Europa, paseó por las cortes boquiabiertas y eleva ahora hacia el pezón del mundo para que Dios les imponga la fe.

Pero siempre debía acarrear en sus magnas empresas seres de tal calaña que se hacía imprescindible ayudarles la esperanza con tetas y oros, hierbas frescas aquí y allá cuando el ánimo decae. Hoy un poco de palo con nidos y hasta huevecillos a la hora de la guardia más despabilada. Luego unas flores extrañas que él solo viera en las islas de caníbales. Mientras hierbas de río, cangrejos vivos, alcatraces, pardelas, esperaban el momento del desánimo y motín a puertas o la bendición de anunciar el Paraíso con un olivo en el pico. Se sentía como conchabando lanas, pero bien sabía que es necesario para un buen viaje hinchar pipas del agua imbebible de la mar, cargar piedra y leña para lastre. La muerte parecía llamarlo golpeando esa corteza flotante con los dedos rudos del mar. Una danza macabra con bastonero de olas, llovizna graneada y la sal. ¡La sal! La sal que secaba como la arena de los desiertos que habrá de ver en el norte de Africa. Ahora repiqueteaban diez corvachos su cascarilla de huevo portador de nutrientes.

A oscuras, a los tumbos, empollado por la tormenta, Miguel amotinado dejaba atrás a Pepillo y atrás de él a Antón y se zambullía en un silencio lleno de movimientos bruscos y corcoveos que parecían hacer de las tecas mimbres, cuando las voces de Galo y Trampantojo discutiendo, lo sacaron del terror y el desconcierto con su batel de raciocinios estrafalarios.

Pasó, en su eterno baile, de un pie al otro pie. Atrás quedaron los bujarrones, y la muerte de otros, para dar paso a una nueva visión. Miguel se sumió en la magia de esos hombres sabios. Galo, geométrico, corrosivo, seguro, es quien habla ahora. El indio, encadenado a la base del palo de proa, a cada pregunta del sabio se sume en más silencio mirando los grillos. Galo lo tienta con sus conocimientos y le menciona la paloma mecánica de Arquitas de Tarento capaz de volar, las naos aéreas diseñadas secretamente en las cercanías de Florencia y Pisa... La tormenta

arrecia y hay gritos en cubierta, el bamboleo ensordece a Miguel y le presenta entonces, despojado de los enmarañados arabescos y ornamentos de palabras, de la urdimbre verborrágica de una lógica raramente barroca, una pura escena de mirar. Y mientras observa en las penumbras más sombrías de la sentina la gesticulación enloquecida de Galo y la mansedumbre no menos demencial del indio desconocedores ambos del entorno, sumidos hasta los tuétanos en sus razones y sinrazones sin ver, sin oír, sin padecer una tormenta en esa mísera carraca que el diablo remontaba, en tanto Miguel miraba hasta el dolor de ojos la maravilla de tal despropósito en dos sabios, su mente derivó sin rumbo, arrastrada por vientos encontrados, pero sin perder la admiración mayúscula que le provocan esas imágenes. Esa, sí, quizá ésa era la misión de su vida: OBSERVAR ESTA ESCENA. ESAS ESCENAS. Fue solamente una impresión perdurable en su memoria pero fugacísima en el tiempo ya que arreciaban el temporal y ahora los gritos del capitán ordenando idas y subidas. Se dirigió rebotando entre sacos, barriles, pipas y vacas hacia la escalera para ir a cubierta. A medida que chocaba contra un tonel de agua rememoraba las voces del motín, el mar lo arroja contra unas varas de mecha, calderas y ollas y renace la escena de los sabios mudos, cae sobre faroles y se le desmembra el cuerpo con chinchorros con sus corchos para pescar, anzuelos de cadena, arpones, figas enredándolo, y su cabeza de grumete baila de ideas inmersas en la tormenta. Por fuera y por dentro todo se le mezcla a oscuras y a golpes.

Sin tierra pronta donde surgir, pensó el Almirante, comenzando a tener la mar grande y tormenta, el ánimo frágil de sus marinos de tan poco buen hígado decaería hasta un pozo hondo de miedos de do se sale solamente con motines. Relampagueó varias veces. La mar se hizo terrible y cruzaban las olas que atormentaban la carraca tan mal aderezada. Dio orden de amainar velas y anduvieron abofeteados por las aguas a árbol seco. Las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarazaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entremedias de ellas y quebraban en él: llevaba el papahigo muy bajo, para que solamente lo

sacase algo de las ondas: andaría así tres horas y correría veinte millas. Crecía mucho la mar y el viento: y, viendo el peligro grande, comenzó a correr popa donde el viento lo llevase porque no había otro remedio. Los indios, que en el viaje de ida a Europa habían navegado como a cococho del papacito, comenzaron a golpearse entre sí las cabezas a ojos cerrados y manos alzadas. El cocinero, gordo por lo cercano a los bastimentos, habíase hecho encima por el miedo cerca del grumete que justamente en ese lance asomara su cabeza por la boca de cubierta. La nao se convirtió en un escenario sangriento donde se representaba una comedia de Aristófanes. Todo gritos y temblores, saltos de bululúes, espanto de desterrados. El Almirante gritó una orden y dominó las conciencias; la gran cerrazón y oscurana que el viento y la mar causaban, por un momento parecieron amainar despertando el ánimo adormecido de los marinos, que vieron recuperado el valor ante una mano firme en el gobernalle. Los hombres, inmersos en supersticiones y votos de ir en camisa en procesión a hacer oración en una iglesia que fuese de la invocación de Nuestra Señora, levantaron los ojos para ver al Almirante -todo de bruma, cabeza de luna- dominador de las aguas. Lentamente, pero a empezar del grito, la mar se fue haciendo suave y tornó a ventar muy amoroso y en un par de ampolletas ya llevaban todas las velas (maestra y dos bonetas y trinquete y cebadera y mesana y vela de gabia y el batel por popa).

Desde la boca de cubierta, la cabeza del grumete observa con fijeza de decapitado reciente que pareciera conservar algo de vida: una gallina con el cuello hecho un hilo de un tajo puede correr y cacarear post mortem (lo ha visto en las granjas); él, sólo cabeza para las escenas de arriba, ni corre ni revolotea, está fijo con los ojos llenos de tormenta. Las velas se aferran con desesperación a los palos, ante unos tales vientos que quisieran arrojarlas lejos de la carraca como parches del mar. Los hombres, duros, avezados, se han quedado sin armas, sin ánimo para blandir sus técnicas frente a un espacio todo de océano en danza. La tormenta abre ojos en medio de la oscuridad y refulgen pupilas de crimen, cuchillas de Toledo que tiran su amenaza de aquí

allá, tajos, reveses, fendientes. Los relámpagos amenazan con trozar la nao hasta hacerla gajos. Y el barco huye ciego como perro pateado topándose peor mar en cada esquite.

Desde la altura de los ojos del grumete todo se agiganta: los hombres, aunque disminuidos frente a la tormenta, son vistos por él como torres; las velas como espantapájaros monstruosos, y cuando comienzan a amainarlas se torna la carraca una sucesión de árboles otoñales.

Los ojos de Miguel ya no soportan la magnitud de un espectáculo deformado hacia arriba en ángulo desmesurado. Y en el límite de lo desmedido aparece el Almirante, que pasa a su lado, gigante para los gigantes, e impone las manos al mar, que corcovea y resopla un poco más su furia como para no dejarse domar simplemente, pero esas manos fantasmales acarician su crin con majestad, sin ira, con poder, y la mar hociquea, aplasta el lomo, se deja llevar por la carraca del viejo gotoso.

La idea del motín se la llevó la tormenta. Una vez vuelta la calma, los tripulantes recobraron el amor al viaje en pos de una tierra de metales y mujeres paradisíacas sin necesidad de que una falsa hierba de río o aves de tierra fuesen arrojadas por algún fantasma. Se soportó con estoicismo alejado de la marinería la poca ración de vino (apenas un buche), galleta y arroz.

Con los cielos en quietud regresaron los cuentos y pullas. A -Pepillo, desconsolado por un desaire de Antón, recomendábanle una vieja facedora de virgos para que un nuevo negro creyera florado su culo.

-Recuerda que a virgo perdido nunca le falta marido.

-Si la mujer es puerta del diablo, Pepillo es la puerta trasera.

La vieja restablecía virginidades haciéndolas unas de bexiga e otras curaba de punto con agujas delgadas e hilos de seda encerados, comentaba alguno casi sin malicia rememorando las artes de la física bruja.

-Pero a Pepillo se lo refaceremos con bocacín de colores.

-Lo que después de Antón te queda más se cose con sogas que con seda.

Y otros proseguían: enhebraremos los arpones con linas y las figas con cordeles. Ensartaremos tejos con relingas. Déjame, completa otro entre risotadas, que acabo de inventar una bomba para surcir y ya la tengo presta.

Pepillo a todo esto, con mohín más infantil que femenino, arrojóse a nadar en torno a la nao. No pocos lo siguieron como si fueran vacaciones. Alguno con la evidente intención de calafatear las juntas del gomorro.

Continuaron con la mar muy llana y cuajada de toninas y otros grandes peces. Hasta ballenas, exageraron algunos, si es que eso quiere decir el marino bárbaro con walfish, que tenía un largo de treinta y cinco pasos y que de ella se habrían podido sacar en grasa unos treinta barriles como los barriles arenqueros llenos de grasa.

Y los que habíanse quedado con las ganas de ensartar al angelillo sodomita de las aguas, arponearon una tonina. Iban muy alegres todos después de un almuerzo así reforzado por la carne, unos ajos para mascar y hasta queso de fiesta.

El vizcaíno pasó de la cerrazón a la incontinencia verbal, pero poco se le entendía en su enrevesada lengua, un castellano dado vueltas como las tierras de Trampantojo. Primero hubo burlas, mas la insistencia del vasco puso frenético el oído de alguno que trezóse con aquel a golpes de puños y mandobles como furcas, mientras uno gritábale follón y gafo, el otro replicaba bonitos, sólo entendibles por el gesto y la boca hinchada que no por el sentido. Una verdadera guerra del idioma, con heridas menos durables que etimologías. El jaleo terminó parejo y sin resentimientos, quizá porque ninguno de los antagonistas comprendió los motivos ni los insultos del otro.

A todo esto, Miguel miraba. A cada paso que da se le antepone una escena sola para él. Los otros la ven, pero les pasa como la quilla por este mar. A él le siembra futuros bosques. De la

tormenta, que ha alimentado las pesadillas de todos los tripulantes, él conserva otro costado: no el temor que como todos vivió, sino las manos del Almirante loco pero dominador del mar; ¿y las velas? para otros el dolor de amainar la gavia y el treo y la latina, a él la vida de los paños que se tornaran monstruos más espantables que aquellos del Amadís, gigantescos como los molinos que viera en la Mancha. Y todo a la vez: el poder del cegatón gotoso, la realidad distinta de palos vestidos con furia colosal, y el cocinero gordote cagándose encima como un crío. Una pintura de un mundo plural, que él no discernirá hasta que recorra los desiertos del Africa, pero que se graban al óleo y trastornan sus sueños. Comienza a poblarse la tela de su pintura con indios, bujarrones, almirantes, llanuras espantables. Pero aun quedan inmensos territorios vacíos para completar en el monte paradisíaco de Dante a do los lleva un fantasma; en los grillos que anudan las vidas del indio, el almirante y el grumete mismo, y en las futuras arenas de sal.

Un erial ardiente de Argel no alberga movimientos, no hay formas caprichosas en un cielo sin nubes, la soledad no distrae ni muestra extraños espectáculos. Por eso, recién entonces podrán cobrar estructura las piezas sueltas que va rejuntando en la nao y en Patasarriba.

Si el viaje y las Indias son las historias, las acciones y el tiempo, Africa será la verdad, hija de aquellas pues en esta carraca y aquellas tierras del Edén se alimentará el grumete para parir en el desierto la obra que él no sabe ni siquiera sospecha (pero va forjando).

Dante había sido leído por el viejo gotoso con la devoción que lleva a recordar de memoria si no la docena de mil de tercetos al menos una decena de cientos. Y todos ellos de la primera parte, la que siempre ha sido más agradable por lo próxima a lo humano, El Infierno, y del principio de El Purgatorio. Nada de El Paraíso, salvo el recuerdo borroso de premios que él esperaba recibir premortem. *La selva selvaggia e aspra e forte y un monte bajo quatro stelle non viste mai fuor ch'a prima gente. Oh Septentrión, sitio viudo, que te ves privado de mirarlas!* Y allí se detenía la memoria, fijada en un punto: la selva selvaggia, que en su simpleza alegórica el Almirante

identificaba con las cortes burlonas y los sabios desconfiados de su ciencia, y la desierta playa (que no vio nunca navegar a hombre alguno que pudiese volver) donde se yergue la escalera de su gloria. Memorioso de infierno y purgatorio porque ambos están a su alrededor: el Hades en la España que un día lo recibía con bailes callejeros y otro con grillos que conserva de recuerdo; la isla de la gloria adelante, en la rotosa proa de una carraca que se aventura más allá del equinoccio donde diz que mueren los piojos y toda alimaña.

En los parientes tercetos, el viejo cegatón encontró mejores cartas y portulanas que en los coloridos rollos de Ptolomeo. Vivió de ellos, dio de comer a su triste familia, copiando y coloreando mapas tontos en los que solamente creían quienes se lo compraban. Y moría de ellos, también. Su razón se encegució con la visión exuberante de Las Indias, el dolor de las cadenas y los versos del florentino. Al otro lado exacto de Jerusalén. Su guía le explicó: "tú apoyas los pies sobre una pequeña plataforma que por la otra faz forma la Judea. Aquí es por la mañana cuando allí es por la noche". Calafateó una nao, la cargó de bastimentos, animales, locos y unos pobres indios que no tenían cómo regresar, y partió en pos del Paraíso Terrenal, en el pezón de la pera del mundo adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina.

Dante Alighieri había nacido en 1265 en la ciudad más moderna del mundo. En 1300, medio del camino, compuso la obra en que apoya su testa el cegatón insomne. A los nueve años vio a Bice Fortinari, ella se casó con otro, murió jovencísima y él la convirtió en Beatriz, gloriosa señora de sus pensamientos.

El Almirante conoce con devoción su vida, el destierro, el casamiento con otra, un deambular por lugares de toda catadura pero lejanos de la patria. El ha emparentado sus peripecias con las del florentino. Si la corte fue su destierro y Xios su Rávena, este viaje al Paraíso Terrenal lo concibe como idéntico en sus avatares a la gloria póstuma de Dante, los honores, el ascenso

inviolable de una fama que no puede retroceder, como la propia, en medio de befas, escarnios y grilletes.

Allá verá de nuevo las estrellas. Espera incluso ver estrellas nuevas. Al final del mar océano lo esperan las playas del justo premio. Sus torpes marinos, criaturillas carecientes de ideas superiores, seres asentados en la carne y el metal, también habrán su recompensa: su oro salvador, la carne celeste de las hembras ultramarinas, el bocado espontáneo de la natura, la cura del burdo morbo galo (sabe el viejo, aunque no lo diga Dante, que en aquellas tierras abunda el guayacán, crece como la hierba junto al arroyo, y sana el doloroso mal inconfesable).

"El Almirante está loco", murmuran los que se subieron a una nao para satisfacer pasiones carnales en el Paraíso. El viejo ha enloquecido, comentan. En lugar de mapas se guía por un libro de versos, dicen. El Almirante es de bruma y su cabeza la luna, cantan soto voce. Ríen con temor, míranlo de lejos, sospechan que no existe, ¿alguno lo ha visto? ¿algún marino ha hablado con él? ¿quién recibió una orden suya? ¿Durante la tormenta realmente lo vieron y calmó las aguas o el embrujo del miedo y la ceguera de la sal maltratando ojos-cuero-músculos creó una bruma como el cometa de Galo, como el ramillete de estrellas que otros vieron alguna vez caer sobre el mar, o como el muerto que verá deambular Miguel? Quizá la mano bondadosa de una doncella protectora sostenga estas cuatro tecas llenas de broma y faltas de pez, para que sus hombres no mueran; quizá la misma hada haga que los marinos, necesitados de mando, vean lo que no es, crean en una imagen surgida del aire espeso del atardecer.

Uno asegura que los escaramojos alentadores fueron arrojados por la borda de las manos boticarias del cegatón tramposo. Otro asegura que en el castillo de proa dormita sobre un libro con los ojos en blanco y la boca llena de murmullos rítmicos. Aquel se encoleriza afirmando y jurando que lo ha visto deponer con enormes dolores y arrojar su producto sin decir agua va. Todos saben y no saben. Nadie vio, todos lo chocaron sobre las crujías de cubierta y en las alturas de la cofa y entre los vahos hediondos de orines de ratas de la sentina.

El Almirante es de bruma pero sus manos pacificaron las aguas. De su cabeza de luna a veces surgen gritos.

Mató a su propio suegro por unas cartas con islas del diablo, estuvo en los confines brumosos de Ultima Thule, bebió un extraño vino traído por Erik el Rojo de tierras donde surge frenético sin necesidad de pisotones o fermentaciones.

Todo esto dicen que saben, que vieron o inventaron. También el Amadís vio hadas y dragones. También las Escrituras mencionan gigantes que nadie palpó pero es palabra de Dios. En medio de tanta sal de mar un poco de sal de lengua le da sabores al viaje loco de ponerse patas arriba o caerse de este mundo del que diz que es una esfera.

La carraca tiene su misterio (y tendrá su crimen). Por momentos, en las noches quietas, la suavidad de la mar-océano es tan dulce que se eleva por sobre las olas y comienza a ser nao del aire. Carraca de las estrellas y del ramillete que otros vieron un día de septiembre. Pareciera que la embarcación se pone de quilla al cielo y lo surca con buenos vientos y a todo velamen, mientras allá abajo (¿arriba?) las estrellas se reflejan en las aguas y la luna nada en la oscuridad líquida y profunda.

¿Será porque al descender la panza del mundo, el cielo se hace piso y la mar, aire? ¿Va uno bajando por la curvatura, va deslizándose como por una cuesta, como por un barranco, hasta un punto en que o bien caemos de cabeza al vacío de los astros o bien ponemos la nao boca arriba para equilibrar el espacio extraño?

¿Quién puede entonces llevar la carraca a buen puerto? ¿qué piloto mayor será capaz de dirigir el gobernalle, de interpretar las agujas de marear, de medir la arena escurridiza y fugitiva de las ampollas sino un Almirante fantasmal y loco que abandona los mapas en beneficio de las indicaciones de un poeta que descendió a los infiernos guiado por otro poeta que hizo descender a un guerrero piadoso con la rama dorada que requiere la hermosa Proserpina?

¿Cómo convencer a los Reyes de semejante empresa sino con oros y perlas para la guerra?
¿cómo arrastrar a marinos ásperos y jóvenes deseosos de aventuras sino con la promesa de tetas
formidables y árboles milagrosos que curan el mal francés?

Ante la posibilidad de un Almirante inmerso en mundo tan extraño, uno prefiere negarle
existencia para borrar junto con su carnadura la de este mundo loco donde las aguas son aire y las
nubes la espuma. ¿O prefiere uno asumir que está todo patas al cielo y esperar los grandes senos
y los espejos de colores?

Si el Almirante cree a pie juntillas en la isla dantesca del Paraíso Terrenal, los nueve indios ya
lo han visto. De las pobres islas sin espadas, rodeados de gente carnicera que les arrebató trozos
de sus cuerpos, a montar las gigantescas naves de los venidos del cielo, a cruzar un mar inmenso
y -especialmente- a ser recibidos por extraños hombres que danzaban, gritaban, hacían sonar
músicas (los comercios cerraron, todos fueron paseados en andas) y ser mostrados a reyes en
palacios imponentes. De aquellas desnudeces a estas traperías de colores hubo para los nueve
indios una escalada al paraíso terrenal y más aún a las mansiones de los astros. Las nueve bocas
se mantuvieron abiertas y los ojos descontrolados: esos seres no dormían en hamacas sino en
monstruosas camas y necesitaban cubrirse el cuerpo para defenderse de un extraño enemigo
completamente desconocido para ellos, el frío. El frío era hermano del terror y de la muerte. Los
cuerpos adquirían en sí mismos la tesitura de los cadáveres. El miedo a los caribes provocaba
dolores de vientre, ardor de labios, sudor en la manos, un mear constante; como el frío. Estos
seres del cielo, estarían con vida? ¿esas temperatura exóticas, esa manos heladas de muertos, esas
caras sin sol? Quizás el mundo de ultratumba y el mundo de los dioses y el mundo de estos
hombres fuera todo el mismo mundo helado sin fuerzas del sol, con cuerpos invisibles, en camas
blandas como tierra de hojas, lejos del aire de las voladoras hamacas.

El décimo indio conocía, en cambio, el dolor de dientes y la necesidad de ropa. El décimo indio
no dormía flotando sino escondido. Trampantojo, el décimo indio, conocía los fríos y la piel

blanca, y sabía que aquellos hombres del supuesto cielo eran demasiado mezquinos, muy envidiosos, grandemente soberbios para ser dioses, por más pieles, sonrisas, coronas de oro, comidas a toda hora. El décimo indio había mantenido su boca cerrada, los dientes apretados y los ojos abiertos pero no de asombro. Galo, ahora lo conservaba oculto y encadenado, sabedor de que ese gesto torvo y esas razones sin razón encubrían un feroz enemigo de su mundo ordenado.

CAPITULO SEGUNDO

Es que Ratisbona está llena de brujas que coleccionan miembros, y yo, hermanito, quiero mucho al mío, a mi adorado ariete que me ha abierto portales de toda índole. No me resigno a que una maga ratisbona me hurte el perico durante el sueño y lo guarde junto a otros egresados en un nido de pájaros inalcanzable o dentro de una caja... está bien que las malditas no te lo dejan morir ya que lo mantienen alimentado y gordín a pura cebada y alpistes y lechugas y trocitos de carne y el guapo va creciendo como persona para deleite de la horrible vieja y sus endemoniadas amigas, pero a mí me basta con mi gurrumín, pequeño pero bravo como un picante y aquí en su sitio para ir donde yo lo mande. A qué lo quiero grandotón y lejano metido en un frasco, más me vale así periquito y saltando a interiores. En mi Ratisbona un anciano hizo tratos con una famosa bruja de allá, porque al pobre, casado con una niña, no le bailaba ya el trompo y la astuta bruja díjole pues venga hombre que le daré una pócima que le levantará el vetusto puente levadizo y por un poco más de dineros, ya que estamos, le podemos pegar una crecida al muchachillo cogote de tortuga. El viejo se fue de un viaje a la casa de la tal bruja con una hostia robada, envuelta en un pañuelo, unas malas hierbas de pantano y a la hora de la luna precisa. La horrenda se hizo

mostrar el herido, que ya estaba más bien muerto que agonizante, y en un birlibirloque le durmió la memoria al tío y le arrebató el colgajo. El triste volvió sonámbulo a su casa, se acostó y a la mañana siguiente hinchóse e hinchóse cada vez más al pasar las horas porque el líquido no hallaba acequia para su cascada. La esposa, niña que te he dicho, desesperóse por los terribles ayes y contorsiones del anciano y acudió al médico quien apenas viéndolo dijo esto es cosa del párroco y vino Enrique a mirar qué era todo aquello. A tí te han metido mano!- dijo al observar el vacío que dejara el ausente. ¿Has tenido algún raro negocio? A tí te han hecho demoniada.

El viejo estaba muy avergonzado, no largaría prenda, pero el dolor lo enloquecía y confesóse. Inmediatamente el médico, ante las indicaciones del inquisidor, pudo darle un unguento que algo le calmó y fuéronse en comisión hasta la casa de la bruja. Atrapáronla por fuerza y el sacerdote tras unas oraciones de exorcismo abrió el sorprendente cofre donde anidaban cientos de viborones y lombrices de las más variadas especies. Busca la tuya, sacúdela con fuerza para alejar sus males y arrójatela con violencia hacia su sitio de siempre. Hízolo el viejo, mas no cogió la propia, menudita y arrugada, sino una campeona que casi no podía sostener. Entre la emoción, el alivio y las previas sacudidas los ojos se le pusieron en blanco. El párroco y el inquisidor explicaron que era un efecto de la beatitud reconquistada y con la venia de estos la niña esposa, ansiosa por cuidar de su amantísimo marido según dijo, llevóselo de una carrera a la casa.

De acuerdo con lo que contaban en el pueblo el exorcismo fue muy bueno porque a par de aliviar al viejo de sus hinchazones, la joven mujer cambió notablemente su carácter, que había sido hosco y agrio, convirtiéndose ella en cantarina y bailaora. No tal fue la suerte del herrero, que había mantenido en secreto su pérdida brujil, recuperando ahora una mustia lombricita pálida.

Otros más casos hubo en mi Ratisbona que me espantaron, amigo, como el de la hija adúltera de Jacobus el escribano, que mantenía relaciones con un demonio, un íncubo que le dicen, y

trincaba y trincaba la ardiente con el tal Pequeño Maestro del que se había prendado en una negra fiesta. Sabes que lo llaman y viene y danzan espalda con espalda, hácese el cabrón besar el culo, juramentársele, entregársele en cuerpo y alma, y luego ya lo tiene adentro, al demonio digo, y esta fornicaba con él sin que nadie pueda espiarlos ya que el íncubo está adentro de ella y de ahí mismo la ensarta, la verdad que no sé cómo será. La cuestión que la muchacha hija adúltera empezó a notar hinchado su vientre y supuso que estaba embarazada del maldito. El vientre dilatábase cada semana más hasta hacer indisimulable la gordura. Las mujeres del pueblo murmuraban, que les cuesta, los hombres ponían cara de qué barbaridad mírenla a la muy puerca lo que le va de andarse revolcando, como si ellos fueran santos varones y ellas devotísimas vírgenes que el que menos le ha dado con dos, y la pobre inflábase como vejija como ubre como el vientre del viejo que te conté antes impedido de orinar. Recuerdo que para la época del calculado parto hubo un gran viento huracanado. No era embarazo aquello sino un empacho de aires densos producidos por el íncubo y que en forma de parición se expelen como flatulencia violentísima, que por gracia de Dios, elimina al inquilino. Los caminos del Señor son realmente extraños, amigo. Y el demonio que te digo seguramente padecía algún mal o peste porque al huir aventado del vientre de la hija adúltera dejó una jedentina que ni en la fonda, que parecía pegada a las paredes como pintura.

Tantos casos hubo de brujerías particularmente relacionadas con el bajovientre, que espantéme y decidí salir de la ciudad de Ratisbona, aquella perdida plaza encanto de los sentidos, laberinto de mi alma, y me vine paso a paso hacia el sur, mas en cada sitio do me detenía pensando allí asentarme ocurría algún caso demoníaco, que una sustracción del mocete, una obstrucción, o cualquier otra acción, todas ciones malas para un hombre joven y con muchos deseos aún de erizar al perico y asaltar trincheras.

En París, recuerdo ahora, me contaron el caso de una mujer embarazada que no parió humanos sino palos, espinas, piedras, espadas sin herrumbre. Imagínate, créemelo, hermanito, que en el

distrito de Lombardía, en los dominios del duque de Austria, el Inquisidor de Como hizo quemar a más de cien brujas en un año, y a pesar de ello seguían los maleficios y de tal envergadura que espantan al más heroico. Las mujeres de aquel sitio, especialmente las bellas y jóvenes, fueron alcanzadas por un terrible maleficio que hacía crecer en sus vaginas dientes, puntas de flechas, anzuelos. La necesidad sumada a la continencia de los varones provocó en algunos locura, en otros éxodo y en ellas un frotón tribadismo. Hubo algunos casos aún más atroces de jóvenes que apremiados del ardor tenían relaciones con viejas horribles, que no tenían dientes en ningún lado pero tampoco provocaban placer.

Aquí también, en tu ciudad, hay de todo un poco. Del miedo que me ha entrado te digo que solamente encuentro hermosos a los mancebos porque de ellos no pueden esperarse mordeduras en el sustancio, a no ser que te lo hagas lamber. Por eso me he alistado para este viaje a las Indias, compañero; me han dicho que allí no hay embrujos ni conjuros malignos ni corre peligro el andarlo metiendo, si hasta para el morbo gálico hay un milagroso árbol que tiene remedio allá. Y más que si llegamos, como prometió el viejo, al Edén, no hay allí posibilidad de demonios. ¿Qué crees?

Diz que allá los monstruos son efectivamente monstruos, no como estos endriagos disfrazados de hembras tiernas que por acá quieren arrebatarlos con magias o dientes a nuestros queridísimos.

Te piensas que solamente en tu Ratisbona se encuentran semejantes satanaces? Aquí no os vamos en zaga, hombre, que tenemos nuestros viejos descoñados y púberes robonas. Fíjate que cierto conde casó con una noble niña pero tres años después de la boda pasaron sin conocerse carnalmente debido a un encantamiento que se lo impedía. El leve conde consolábase volteando a cada una de las criadas y vecinillas un par de veces al día, incluso más, pero al intentar en su tálamo con su legítima realizar la comunión de los cuerpos, una como obstrucción, una especie de hechizo impedíale soltar amarras. Pero finalmente descubrieron el mal: en el fondo

del pozo yacía en una cerrada arca un sapo enorme y una culebra muertos, negros, ejerciendo su poder sobre el infausto. Incineradas que fueron estas malignas piezas, el dicho hombre recobró la fuerza y logró darle amor a su joven y carenciada consorte. A pesar de todo, criadas y vecinas otrora felices mudaron el rostro, quizás, hermano, producto de otro maleficio o pérdida.

¡Aprende esto! cuando el miembro no se conmueve de ninguna manera y no puede ejecutar el acto del coito, ello es ciertamente signo de frigidez de la natura; en cambio cuando el alegre se yergue pero no puede ejecutar es un signo de brujería. Es seguro que hay mal arte hecho con hierbas frías que impiden el aflujo de la esencia vital a los miembros donde reside la energía motriz, cerrando los canales seminales de modo que no descienda a las vías de gestación o retroceda de ellas, o no se proyecte de ellas, o en alguna de muchas maneras fracase en su función. Lo mismo ocurre por mano del demonio con la mujer que puede ser nublada de tal modo en el entendimiento que considere a su esposo tan repugnante que por nada del mundo le permita acostarse con ella. También pueden los malos actuar en forma indirecta ocasionando una lesión en un órgano para lo cual se valen o bien de una piedra o mejor aún de una culebra, que son de lo más fácil de pervertir y utilizar para el daño...

No tanta duda, amigos, que aquí donde me veis yo era afortunado y rico, más que el Turco, pero los tejes y los destejes de unas perdidas, y la envidia aguijona de una mala hembra me convirtieron en pobretón y enfermo. La salud, deo gratia, recobraréla, mas del resto, na. Que todo lo corre el río. Hube joyas, sedas, oros, una finca con más olivos y frutales que moscas hay en Castilla, animales tuve a montones, cabras, vacas, regios caballos que me elogiaban los propios moros; y qué? na! Me hicieron maleficio. Una famosa bruja gaditana, pagada luego con porción de lo que de mí obtuvieron, convirtió mi pichón implume en aire.

Sí, hombre, que primero me asaltó un frenesí de abajo. Todo el día, todas las horas se me iban con el sotabraga como badajo que no se hastiaba de las campanas, golpea y golpea, suena que te resuena, repica, y el badajo como sordo que no había música que lo calmara. Diez, no me creerán

amigos, diez y hasta a veces quince me echaba en una jornada, y con tal rendimiento cada uno que agotaba de una sola movida a la más viajada. Claro es que la voz corrió entre las hembras e hicieron cola a la espera de su turno. No me daban tregua y yo lo más feliz disparando flecha tras flecha. Pero se vació el carcaj. Me ha dicho un galeno, de los cientos que me trataron, que lo mío se llama priapismo y que los hombres tenemos ya asignados de la cuna la cantidad de municiones que podremos disparar, y en cuanto se agota la batería, no hay tu tía. Gastéme dineros y más dineros hasta secar la bolsa, pero el avispon ya no picaba. Y un mal día, hace de esto cinco semanas, el pájaro voló. Digo que al tentar bajo el ombligo, como hacemos los hombres al despertar (las niñas juegan con las muñecas, nosotros con el muñeco), encontré solamente el recuerdo, había allí una casa abandonada, hombre, que la cueva quedó sin la fiera.

Al ver mi cuerpo liso empecé, que digo empecé, confirmé mi sospecha de sortilegio. Fuime sin blanca ni negra, a beber un vino a la taberna para despejar el seso y resolver qué haría, o marearme hasta el olvido de mi triste situación. Entré en conversación con una mujer que allí estaba, que me reconoció agradecida por los favores que una mañana dichosa le había brindado, y ya por querer sacarme de nuevo el jugo o para consolarme en mi indisimulable sufrimiento, sentóse conmigo. Le hablé de la causa de mi estado y le expliqué todo. Mostréle que ya no tenía nada para mostrarle. Como era astuta inquirióme si no sospechaba de alguien, si alguna hembra había sido abandonada por mí, o malquerida. Fue mi manceba, me dije. Antes de mi fiebre habíala abandonado por hastío y ella volvió a mi casa una noche y con súplicas y ruegos quiso reeditar nuestros encontronazos, me negué, primero dulcemente y luego con más aspereza, y ella pareció finalmente entender y aceptar el caso, díjome que tenía yo razón, que si se había enfriado uno de los amantes terminabase el negocio y pidióme que le regalara alguna prenda mía y un mechón de mis cabellos, para recuerdos,dijo. Le hice ambos obsequios, pensando que no era desmedido lo que me solicitaba, y fue a los pocos días que comenzó mi desusado vigor y mi brevísima fortuna que me llevó al vacío en que me encuentro. Vedme si no creéis. Un fraile me

aconsejó hacer penitencia. No pude hallar ni a la marrana ni a la bruja de Cádiz, pero el fraile me dijo que con sacrificio quizá conmueva a los ángeles. Diz que en las Indias hay un árbol que cura los males venéreos. Pongo mi esperanza en que sea buena medicina para mi mal. Contáronme que el almirante o el capitán, uno de ellos, acarrea hacia aquellas costas el morbo gálico y que espera encontrar guayacán para sanarse. Tal vez del otro lado del mar esté la panacea y me devuelva a mi crío, que mucho lo extraño a mi hijito, mil lágrimas me cuesta su desaparición, es triste muy triste y pesado para el corazón el exilio de un miembro tan destacado de mí mismo.

Ha visto hombre, ¡ha visto! no lo decía yo que toda esta tierra está llena de malas hembras, brujas, endemoniadas que te roban o te matan la mesana. No puedo disimularlo, ni sufrirlo: oye que no sólo a tí te lo han birlado, yo tengo aquí el mío, compañero, pero está inerte, desfalleciente, que ha perdido la risa, que ha perdido el color. Hace días y meses que no se conmueve.

A mí me pasa otro tal. Escuchen, que no es maleficio hecho de a uno, estoy creyendo que toda este mundo está enfermo del mal. En las mujeres que amamos, en los vinos que bebemos y la comida que nos alimenta hay alguna peste, algún maleficio de la tierra que convierte a los varones en seres desarmados, sin ardor. Sospecho que esta carraca que abordaremos mañana está repleta de hombres que no somos tales. Investiguemos si nuestro daño es solamente de nosotros tres o el resto de la tropa ha quedado también sin cabalgadura.

O se ha volado el pájaro o ha quedado sin picoteo o como es mi caso, compañeros, se ha llenado de una tal cantidad de brotes cárdenos que me han valido el nombre de Pisporro entre las putarracas del pueblo que no han podido más que otearlo y usar de mofa. Diz que Sócrates y Augusto hubieron estas bubas y mirad a do llegaron aún rascándose. ¿Sabíais que un tal Castillejo compuso un poema en alabanza del palo de las Indias, estando en la cura de él? Diz que es milagroso el palo santo, guayacán, guayucum officinale, fortísimo y pesado y tiene el

corazón casi negro sobre pardo. La principal virtud de este madero es sanar el mal de bubas tomando un cocimiento de sus astillas desque ha desmenguado el agua las dos partes o más.

Oigan amigos, bachiller tenemos en la carraca de los descamados.

"Guayaco, si tú me sanas y sacas de estas pependencias, contaré tus excelencias y virtudes soberanas dulcemente, no por estilo elocuente ni en lengua griega o romana, sino por la castellana que es bastante y suficiente; de celebrar con razón la virtud de un árbol que da salud do se tiene por perdida, y a las veces vuelve en vida el mal de la juventud."

-Sí, hombre, sí, que me lo vuelva en vida.

- Y a mí que me lo vuelva.

- Vuelve, vuelve, corazón, que todo te lo perdono.

-Habemos la suerte de Sifilo que acusó al Sol de una sequía y el dios le envió nuestro mal. Luego, compadecido de la suerte de su hijo hizo brotar en el Edén un árbol que cura. Que nuestro Señor sea servido de hacernos escapar estos trabajos, de esta falta de azada con que rotular la madre tierra. Amigos, ¿nos han expilado los cañones sólo a nosotros o toda esta armada no es tal sino batel de vírgenes? ¡Sin espolón, los mochos, brindemos por el Paraíso!

¿Y a ellas, cofrades? A mi desposada se le cerró el canal. Hízosele piquera do no entra ni el soplido. Estaba condenado al ataque pigal. Ella sin pimpollo y yo sin espingarda, maldito esponsorio. Ni a las putas de mi pueblo les quedó tajo. Solamente viejas conservaron zanjilla. Hombres sin brazo, hembras sin manga, ¡pobre negocio!

Pero atiende, socio, que en mi pueblo quedó una joven con la suya en orden, sólo una, y fue tal el revuelo y revoleo que venía gente de lejos a mirarla como espantajo monstruoso traído del oriente.

Si esto me falla, si allende el océano no recupero el vigor, me meteré a cura o misionero, no, mejor a cura de ciudad grande do más se come y se puede holgar. Con hacer voto de castidad me

libero del de pobreza, que tiene también lo suyo. ¿Y qué riesgo de quebrar promesas correré sin aquello? a no ser que comience a atacar de retaguardia...

Y vale! mira que aquí le tenemos a un tal Pepillo, un jovencito hermoso como mujer, a quien aún le brilla la lanterna y el muy desgraciado no la usa, prefiere apagar las luminarias ajenas.

Sí, es increíble, pareciera que sólo los manfloros conservan la virilidad.

¿Qué haremos no ya para gozar sino para tener hijos con nuestras esposas? ¿Es que no irán a nacer más críos? ¿serán paridos por los animales, germinarán en repollos, los traerá un rayo montados en aves exóticas? ¿Y cómo se hará la guerra dentro de treinta años, quiénes nos darán de comer, de dónde crecerán los nietos? Nos iremos muriendo de viejos entre viejos.

Basta de llanto bachilleril, que en cuanto vuelva la cosquilla se olvidan los dolores.

Duele despedirse. El pobre padre se desgarró y no termina de ratificar su decisión de embarque pero, si dejar hembra y cría es de llanto, peor quedarse en estas tierras secas donde los hombres parecen querer devorarlo también a uno y a su prole. Sube de noche y bajo la lluvia al barco dando la espalda a los suyos; tantea como escondiéndose en cada madera; piérdese en el interior de la inmensa carraca. Pasan segundos. Gimotean los que quedaron abajo, pestosos y hambrientos, jadean silbiditos de soledad y miedo; míranse, amontonándose en torno, debajo, encima de la sola madre como hipando, la zangolotean sin alejarse un tomín, levantan los ojos acuosos hacia el mastodonte de teca de Malabar que le vendiera al Almirante un judío mercachifle de especias orientales, antes barco robusto ahora lamentable broma, miran los pequeños y ella también aguza en la oscuridad sus carboncitos castellanos. Finalmente asoma el pater familiae y los de abajo se paralizan de expectativa. El baja equilibrista y cuchichean a medio camino los progenitores mientras los seis o siete pequeños esperan revueltos. Ella

desciende, él regresa al interior. Se oyen pasos en el muelle y corren a esconderse, pero el ruido se aleja haciendo innecesario el refugio.

El padre se asoma nuevamente, chista a la hembra, y definitivamente embárcanse todos en fila, primero la madre, luego los críos. Vuelve el que pareció alejarse por la orilla y se apresura la familia instada desde arriba por el padre que solamente asoma el hocico como oliendo el peligro más que viéndolo.

El muchacho que pasea su soledad bajo la oscuridad y la garúa parece no ver a los polizontes, ensimismado como está en su naufragio personal, o tal vez distraído; quizás disimule para no verse obligado a alguna acción punitiva contra el grupo desesperado.

Ha venido atravesando llanos plagados de moscas y bandidos. Dejó atrás a un padre sordo, médico pobre, y a varias hermanas y hermanos. Es el menor de ellos, el más mimado, es simplemente una buena persona, un muchachito humilde que aún no ha desarrollado del todo ese humor grato que caracterizará su vejez calmosa. Viene por el muelle a oscuras con la idea fija de un destino preciso y una obra a realizar, trae la comprobación de que es inmortal hasta tanto cumpla con sus talentos que aún no descifra. ¿Tal vez la guerra lo eleve como un valeroso y arrojado héroe, quizá el claustro, el arte intangible? Sabe, intuye con claridad, que es necesario lanzarse a alguna lid para que su contorno se marque con nitidez, sin los claroscuros actuales. Ha dejado atrás un hermanita muerta que le legó su vitalidad cuando ya nada parecía demorarlo sobre la tierra. Verá luego en las Indias, en Africa, en el Mediterráneo cómo caen otros para dejarle espacio a él entre los vivos, para donarle sus propios días en pos de un tiempo que él aprovechará en beneficio de todos.

El padre de familia toma sus recaudos. La hembra no necesita recomendaciones, pero los críos con esa vitalidad desconocedora de la muerte... Si los hombres ya se han comido a sus semejantes en otras ocasiones (el hambre, antes y después, llevó a la ingestión de zapatos, bacas,

correaes, hermanos), quién temerá en medio de la zozobra de la tormenta engullirse a un grupo de polizones que han retrepado a la carraca entre noche y lluvia por una sog a estribor. Es cuestión de vida o muerte andar con cautela porque al menos uno puede ligar un palazo, una pedrada en el morro, un pistoletazo mutilador en la cola; cuando el alcohol y la soledad y el miedo a las aguas negras marean a los de abordo se descargan los temblores con violencia sobre los más indefensos, pequeños. Ir con velocidad, sin ruido, de uno en uno para que la desgracia que pudiera sobrevenir no se convierta en hecatombe. Ventear el aire siempre porque el peligro se adelanta al peligroso. Buscar escondrijos, oscuridades, ocasiones. Hay alimento bajo cubierta y la familia vivirá allí durante día y noche hasta que se llegue adonde podamos convivir el lobo y el cordero, nosotras y el hombre.

El muchacho las ha visto. Sus pensamientos de fondo desaparecieron distraídos ante el movimiento sombrío de la familia en el muelle. El notó que se movían unas manchas ágiles y nerviosas junto a las amarraduras. Escuchó el cuchicheo, percibió una despedida, una decisión de conjunto de abandonar estas tierras muertas. Allá está todo, aquí las tumbas. Los oyó hablar o lo imaginó. Pero, de todos modos, él siempre cree lo que imagina hasta el punto de no poder discernir los límites de ambos mudos. A menudo se le hace más tangible un sueño que un muro. Y las ve cuchicheando y corriendo, retrepando cuerdas, tanteando los peligros de la carraca, y esta escena de familia lo distrae de dolores profundos. Los polizones grises y pestosos, llenos de pulgas y carroña se le tornan simpáticos, amables, y decide ocultarse para no comprometerlos con su presencia. Claro, si él prosiguiera caminando por el muelle, arrastrando su sinsabor como sombra, se vería obligado a arrojarles alguna piedra, a dispersar histéricamente a palazos al grupo que huye por los tirantes ante sus pisadas y regresa después de muchos segundos de a poco, con un sistema que las ha salvado en la historia humana: se asoma alguna, pasa raudamente, regresa, tantea con la cola, el aire se mete husmeado por su hocico, refulgen sus ojos, huye como silbido nuevamente aunque no haya peligro, deja pasar un período de tiempo menor, repítelo todo,

regresa finalmente tras menos segundos que antes y al cabo súmanse todos ahí en la posición inicial. El padre desde arriba llama con un chistido y todos, de uno en uno, hembra y críos se incorporan a la tripulación de esta nave de locos.

Es más o menos fácil ser bueno con las avecillas del campo, pero muy pocos, como él, son buenos y comprenden como suyo el sufrimiento y el miedo de una familia de ratas pestosas. ¿Es más que ellas aquel que pertenece al género humano, hábil en toda clase de aberraciones? Pero el grumete bueno no se hace planteos abstractos, simplemente posee la virtud calmosa de echar hacia su entorno una mirada de piedad y ternura, un ojo blando y bueno que no le cae encima a quienes son observados, sino que los acaricia, los peina a favor del pelo porque aspira a ser tratado con la misma dulzura y mimo, por la misma proximidad comprensiva. Estamos por partir, despedámonos entonces con un beso y un abrazo aún de aquellos que nos miraron con mal ojo y nos trataron con mano mala.

El grumete bueno las ha visto removerse inquietas en las maderas húmedas y resquebrajadas del muelle, se ha escondido tras unos barriles que serán cargados de madrugada y ha escuchado a las pequeñas ratitas hablar: "Hermana, murmura un crío a otra, óyote hablar y sé que te hablo, y no puedo creerlo por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza". Se mueven, él presta oídos, observa.

-Así es verdad, hermano, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos sino en que hablamos con discurso, como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal al hombre es la razón.

-Todo lo que dices, hermanita, entiendo, y el decirlo tú y el entenderlo yo me causa admiración y maravilla. Bien es verdad que en el curso de mi vida pocas y ninguna vez he oído decir grandes prerrogativas nuestras, al menos tal le he oído decir a nuestros padres.

-No es tan así, hermano, que mucho se ha dicho de nuestra astucia. Yo he oído encarecer y alabar nuestra prudencia, nuestra memoria, nuestra velocidad de Aquiles. Tanto que hay un poema del

ilustre ciego en que tal como tirios y troyanos aparecemos lidiando con nuestros eternos enemigos las ranas y los sapos.

-Sin embargo, por mi parte, solamente insultos he recibido y escuchado repetir: nuestra supuesta suciedad, nuestra condición rastrera y cobarde.

Así, olvidado de sus pasados sucesos y presentes desgracias, oyó hablar, estuvo con atento oído escuchando, por ver si podía venir en conocimiento de lo que hablaban. Y en medio de la plática ratuna para asegurar sus creencias recordó que los tordos, picazas y papagayos hablan aunque más no sea todo de memoria las palabras que aprenden. Recordó también sus cercanos tiempos de canciones y leyendas en boca de su madre que referían historias del tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, o el de Isopo, cuando departía el gallo con la zorra y unos animales con otros.

-Subamos ya que adentro hay alimentos a granel y escondrijos por doquier.

-Rápido, hermana, corre por la sogá hacia la salvación.

-Verdad dices, hermanito, que si solo con acercarme a esta nave ya obtuvimos habla y razonamiento, qué no recibiremos allá al llegar a destino? Nunca aquellas cuevas serán tan miserables como estas y hasta es posible que en las mentadas Indias nuestra lamentable fama presente y pasada se trueque en renombre y consideración como ocurre aquí con el león rey, el toro bravío o las aves, que en verdad tienen tantas o más pulgas que nosotros y siempre son consideradas, sin embargo como entidades angélicas frente a nuestra carátula de ruines, traicioneras y sucias ratas del demonio.

-Ea, calla, y subamos de una buena vez a esta nueva arca de Noé salvadora.

-Sube, subamos, ya habrá tiempo de hablar y recuperar el discurso perdido.

El hambre es buen acicate para embarcarse a las Indias, refugio y amparo de los desamparados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los homicidas, pala y cubierta de los

jugadores a quien llaman ciertos los peritos en el arte, añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. Cargando su matalotaje, o mejor decir pulsándolo de tan liviano, el joven grumete discurría que si de hambruna un ser racional era capaz de tal crucero que no cruzada, qué menos esperar de los tristes y acosados animalejos como aquellos que recién venía de ver. Otra espina lo movía a partir, pero también las paredes sin estuco y estrechadas de un estómago sin uso tiraban del carro. Sin hacer represa hubo más de una vez recorrido su casa en un credo en pos de un resto de mendrugo. Pero la mucha familia y la pobre bolsa paterna menos de nada aportaban a las ollas, de continuo tumbadas por no haber cómo pararlas. Se vivía mal en todas partes, y no menos en una casita baja contigua a la huerta de los Capuchinos donde un pater familiae avejentado de penar y sordo sin pena que no pudo estudiar en la facultad médica más que lo empírico, tomar sangre, gobernar con tablillas un brazo roto, topiquear y cataplasmar, todo por mandato de doctores; un oficio triste y de escaso lucro en un pueblo sano donde solamente se padecían fiebres tercianas y cuartanas que no necesitan del cirujano menor; y una madre más inclinada a la oración y los consejos, sobrellevaban la vida con convicción de ser éste valle de lágrimas o llanura de llanto y resignación. El rubio alcalaiño había visto, y verá, en sus viajes la opulencia de los cresos vecina de las miserias últimas, sus padres lo han llevado de aquí allá tironeados por la zanahoria del burro. De niño se ha curtido en el sufrir y el tolerar, y el hambre más que ennegrecerlo le ha provisto de una mirada comprensiva a todo, una piedad que va del hombre a las cosas, a todas las cosas, incluidas las ratas del puerto. Las continuas mudanzas han sido digeridas por el grumete marcándole un desapego casi franciscano por la tierra, y un amor por la patria que no está adherida como mugre a un rincón sino presente y enhiesta en cada piedra, arroyo, hierba.

Vio las ratas y se recordó luego, escribiendo ficciones de perros parlantes y caballos en vuelo, y sonrió, pero inmediatamente oyó ruidos de armas que eran cargadas en la embarcación y sintió - sentirá- un dolor en el costado, un fulgor previo, una herida, la fiebre y el hospital. Inmerso en los

dos destinos futuros de una vocación sin resolver regresó al presente "¿las armas o las letras?" La acción o el pensamiento? ¿De dónde provendría la gloria de la que él estaba convencido? En el Paraíso del Almirante encontraría la respuesta.

Iba y venía en el tiempo que allá adelante duraba años y aquí sólo las horas que lo separaban de la partida al mar tenebroso.

En el norte de Africa las arenas son distintas. No puede estar soñando, esto que ve ocurre pero no ahora. Como un indio que cree montar un raro insecto metálico en ciudades futuras, con luces que arden sin fuego y termina de espaldas a la tierra, boca arriba camino al sacrificio durante la guerra florida, así se ve él, sí es él con su rostro aguileño, cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas, pues las tendrá este lampiño que es ahora, las barbas de plata, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes pocos que no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies por las calles de Madrid volviendo a su casa, su habitación casi hecha despojos, su cuerpo cada vez más corvo y menos fuerte pero el mismo brillito de sus niñas, igual gesto bueno a pesar del padecimiento, la sed hidrópica y el corazón apretujado que me hacen doblar sobre el lecho puesto ya el pie en el estribo con las ansias de la muerte. De allí en un salto imposible por su estado, inmerso se ve ahora, no se ve, está en el dichoso día que siniestro tanto fue el hado a la enemiga armada cuanto a la nuestra favorable y diestro. Corfú, la isla homérica de los Feacios, lo enferma de cuartanas y él cae con fiebre, acurrucado en un rincón de la galera (¿hará otro viaje por mar o será este mismo, mañana? imposible, en su fiebre hay más remos que velas), está envuelto en una frazada, tiritando entre chinches y ratas en la bodega. Arriba, ¿es ahora o después?, hay gritos, estruendos, explosiones. "¡Arma, arma!" se oye, "¡Mi hora y mi gloria!" piensa y pensará. Se pone en pie, siempre corvo y menos fuerte a causa de las fiebres, el mal de estómago. La galera

se sacude, tez amarilla y piernas flacas, el arcabuz arde en su mano y en la otra todavía se mueve el deseo del combate. Llega penosamente a cubierta, aquí y allá la muerte airada con su furia insana con priesa discurriendo. Confuso son, estruendo espantable y los gestos de quienes entre el fuego y el agua iban muriéndose. Las galeotas enemigas arrojan espolones a las propias para acercarse y abordarlas, se embisten dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas no le dejan a él -hecho soldado a fuerza de cuartanas- más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón y con todo esto viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, con todo esto con intrépido corazón, cargado corazón de sinsabores y sabores lo sumirá más luego en el lecho final, se pone a ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario y por rara magia de la razón y la sinrazón en aquel instante del mañana que hoy vive aquí el grumete lampiño, se le aparecen al hombretón de barba de oro imágenes de todo su pasado: la niñez junto al padre sordo y los muchos hermanos, la carraca esta de aquí-ahora entre familia de ratas con ansias del Paraíso y otros mañanas que el grumete verá y el hombretón estará recordando en el instante previo a ser herido en el pecho por dos balas de dos mosquetes, triste está y cayendo casi con una mano asida a la espada cada vez más corva y menos fuerte y de la otra manando sangre, por mil partes ya rompida. Siguió tronando la artillería, lo cegó el fuego y el humo y se desvaneció como si cayera en un hueco y pasara a otro lado, tal vez una cárcel deshonrosa o al menos mazmorra vengativa. Engrillado, con pie de amigo, le arrojan los niños bolas de barro a la cara, escupitajos, insultos en jerga extraña, brutal algarabía, las plantas de los pies arden de cadenas y de arena ardiente. Le darán dos mil palos en el vientre y en las plantas de los pies, lo empalarán. Se ve el grumete ahora escribiendo "Vida es esta, Señor, do estoy muriendo, entre bárbara gente descreída la mal lograda juventud perdiendo".

-Alguna calamidad grande, hermana, amenaza a las gentes.

-¿De dónde vienes a inferir esto?

-Ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Caballos que han estado junto al cadáver de su amo guerrero muerto o cubriéndolo con su propio cuerpo, sin apartarse de él, sin comer, hasta que se les acabara la vida.

-Es cierto. Aunque nada de eso se cuenta de alguna hermana nuestra.

-Allí voy. Ha habido y habrá portentos entre los animales, no has oído hablar acaso de un caballo volador, de otro habitado por guerreros astutos, de perros maravillosos y superiores provistos de capa y vuelo, de jimios trapecistas, organistas, malabaristas?

-Bien dices.

-Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona.

-Exacto.

-¿Por qué entonces semejante portento se ha producido con nosotras, viles y despreciadas ratas pestosas malqueridas por todos y maltratadas de todos? Atiende a lo que sospecho: he oído hablar en la taberna en la que morábamos hasta venir aquí, a un grupo de marinos (avezados unos, improvisados los más) acerca de los males que aquejan a los humanos.

-Ninguna historia novedosa, según creo.

-Oye y verás, que no hablaban ni del hambre ni de las bulas sino de extraños cambios ocurridos en sus cuerpos. Atiende a esto, querida hermana que te sorprenderá, la mayoría o todos los que allí parlaban y también aquellos a los que decían conocer habían perdido su miembro viril o, si le conservaban, vivía como muerto sin pulso ni aliento ni mirada, completamente inútil.

-No es tal magia aquello, que bien sabemos lo que ocurre en la senectud.

-Ese es el caso, no hablaban ancianos sino hombretones. Uno de ellos además, después de prolongadas libaciones, púsose de pie y salió, tambaleante por el aire y olvidado por el vino a

orinar. Seguilo en la oscuridad. El triste, beodo, quiso desenfundar y estuvo un tiempo

hurgándose en la inconciencia de su estado. Sin éxito optó por quedar en pelotas completamente, que es un decir porque nada de aquello había, hermana, que la región hallábase peluda oscura y lisa como nuestro lomo. Digo que quedábale la bolsa sin dinero, la celda sin cautivo.

-¡Cosas se ven que no se cree!

-Olvidábaseme decirte que en la taberna los hombres, o lo que fueran, atribuían su estado pelón a encantamientos y brujerías hechas la mayoría dellas en la ciudad de Ratisbona.

-¿Ratisbona, has dicho? Allí, según oí decir cierta noche ha tiempo a nuestros padres, estuvieron ellos, con nosotros muy pequeños y se vinieron poco a poco de aldea en aldea hasta esta región. Nunca pregunté por qué motivo pues no se me daba mucho en el caso. Mas ahora me trae sospechas.

-¡Oyeme! ¿que no seremos humanos vueltos en este estado por alguna alquimia ratisbona? ¿que alguna maldita bruja no nos habrá tornado en la condición rastrera actual? ¿serán tal vez nuestros parientes, vecinos y semejantes, humanos vueltos roedores?

-Podría ser, querida hermana, pues he observado mucho a las personas desde las vigas de los techos y los agujerillos de las tablas, desde abajo de los muebles y atrás de los arcones, y he creído reconocer gestos, resabios, recuerdos de su condición anterior similar a la nuestra actual. La mayoría de ellos procede como ratas asustadas, salvajes y estomacales.

-¡Calla, espera, silencio! Alguien viene.

-...

-Ya. Cambiemos de escondrijo para poder seguir en paz la plática.

-Eso. Aquí bajo estas pipas, con las viandas al alcance del bigote podremos continuar y tomar refrigerio, algo que se pegue al riñón mientras anda y gira la lengua.

-Sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no, haya magia o encantamiento, hayamos tenido antes forma humana o gatuna, hoy embutidos en estos cuerpos duros tenemos el habla.

-Y el raciocinio.

-Eso! ¿y para qué más?

-Por ahora aprovechar el don, provenga de do proviniere, que lo que el cielo tiene ordenado que suceda no hay diligencia ni sabiduría humana que le pueda prevenir; y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué razón o portento hablamos; mejor será que este buen día y buen viaje la metamos en nuestra casa, y pues la tenemos tan buena entre pipas y delicias, y no sabemos hasta cuándo seguirá el tal don, aprovechémonos de él y hablemos todo el tiempo, sin dar lugar al sueño que nos impida el gusto, de mí por largos tiempos deseado.

-Y aún de mí, que desde que tuve fuerzas para robar un quesillo o mordizquear una bota de cuero tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria y allí de antiguas y muchas, a pesar de mi corta edad, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero ahora, que tan sin pensarlo nos veo enriquecidos deste divino o maligno don del habla, pienso que estamos obligados a gozarle lo más que se pudiere.

-¿Tendrán, hermana, nuestros otros hermanos el mismo regalo de arriba (o de abajo que lo mismo da)?

-Mira, que siempre me he entendido bien contigo, ya de antes de la palabra en tiempos del chistido y el tacto, en cambio con aquellos ha habido un muro, o un vidrio pues están en el eterno presente de la sensibilidad y nosotros en el devenir de la idea.

-Eres muy sensata y sabia, pero deja ya las teologías y embutamos estos panchos. ¡Comamos y bebamos que mañana ayunaremos! ¡Anda, trinca, hinca, roe, bebe y luego cantaremos!

-Sea, hermano, agotemos estas viandas en honor a un viaje al Paraíso que empieza en este barco del Edén.

Oyó todo sin asombro. Al menos sin más asombro que el que experimenta a cada paso frente a cuanto hecho, objeto, situación, carácter lo rodea. Como todo le provoca asombro, pareciera que nada lo asombra, aunque vive boquiabierto. Las ratas callaron y él registró todo en su memoria.

Recordó a su tío Rodrigo que construía animales de trapo para divertir a los sobrinos y sacaba una voz graciosísima del estómago, de los ganglios, vaya a saber de qué entraña, y mentía los disparates más disparatados. Recordó que reían hasta el moco y el ahogo, él y sus hermanas y hermanos y algunos primos. Gatos con puntas de capas, ratones con pañuelos triangulados y hechos nudos, animales extraños o inexistentes llenos de cuernos, varias colas, plumas, trompas que él decía haber visto en las Indias, do nunca estuvo, armados con miguitas de pan que luego sabían exquisitas: una tarde devoróse tres toros, un perro, un ave de plumas gigantes y colorinches, víboras y moscas de miga. El tío Rodrigo las tomaba levemente entre dos dedos y las hacía volar entre nubes supuestas hasta su boca, fingiéndole ladridos, gruñidos, rebuznos, piopiós con su ridícula voz entre nasal y hepática.

Ahora hablaban dos ratas pestosas, antes parlotearon las migas con formas diversas... no había entre todo eso diferencias para su asombro, simplemente la certidumbre de que tras el aspecto más horrible, despreciable, frágil o distinto, podía esconderse el tío Rodrigo, o cualquier otro tío también merecedor de su afecto.

Otra vez, de un salto pasó por el hueco del tiempo, dio un tan larguísimo vuelo hacia adelante que casi lo hace toparse consigo anciano en la cama, desdentado, pálido, pero aterrizó unos pasos antes en medio de un voz que más que cantar desencajaba unos gruñidos entre patéticos y grotescos, un gallo y un graznido, era la bruja triste de doña Isabel de Ayala con hábito de beata imposibilitada de asustar a nadie, que vivía en los desvanes entonando -es un decir:

"¿cuándo nos encontraremos de nuevo

con lluvia, tormenta o trueno?"

mientras recorren los pasillos de las casas de vecinos los aromas a pescado, chismes para sobrevivir, envidias para justificar, criados para acarrear espionajes, niños forjadores de batallas, mezclados amancebados deseosos histéricos gritones hombres y mujeres que le aporrean sus

orejas buenas ya curtidas de estrépitos, de cañones y chillidos o retos o súplicas de hermanas, sobrinas, hijas, mujeres todas en torno. Mientras cada inquilino es derrotado por la vecindad-conventillo, él sale victorioso de aprendizaje y afectos: cada acorde de los gritos, todos los matices de los aromas de comidas que se mezclan, unos y otros enemigos, los que acechan por las cerraduras, las que se venden, quienes rezan, quienes gritan, lloran unos, juran todos voto a tal y así aderézanle sus páginas de guerrero en reposo y le acarician una espalda que se ha ido encorvando piadosamente para escuchar las voces del mundo y mostrar al cielo -cada vez más próximo- la cabeza gacha.

¿Acá de nuevo, en su presente? ¿o como siempre? Bajo cubierta semidespierto casi dormido muy silencioso por oír la plática de las ratas de Ratisbona que le mueven la mano en la oscuridad borroneando apuntes en el marcapacio donde se asientan con precisión más que palabras impresiones. Ante sus ojos cruzan caballos y balas de cañones, suenan tambores, aterrizan flechas emplumadas. Desde su puesto bajo cubierta solo en la noche previa a partir rumbo al Edén en la carraca del Almirante fantasma no ve un aleph, está viviendo desde su alfa hasta su omega, atravesando innumerables huecos, agujeros-puertas a todos lados del tiempo y del espacio: regresará hasta antes de ser, avanzó hasta después de estar. Boca arriba en la noche de la nave, boca arriba mientras la luna se asoma al final de la escalera por la embocadura de cubierta, déjase asombrar por el espectáculo de una vida, la suya, apenas entrevista sin detalles, en confusión de nombres e imprecisión de instantes, pero que lo ahoga en la intensidad de eventos trágicos o lo transfigura cuando acaece la comedia. No tiene tiempo para reflexionar sobre lo que está sucediendo. Simplemente se deja llenar. La acción, el extraño espectáculo del que es protagonista, extra, espectador, testigo acaece ya morosamente ya en vértigo. Por momentos está blandiendo la espada con la mano chorreada de sangre, se ve tullido, se ve tramando escapes de los turcos corsarios, alentando a sus amigos, salvando a su hermano de sangre y de credo, por momentos alcanza la cúspide heroica mas se encuentra en seguida abandonado, él y la numerosa

tropa triunfante, a la inacción y las intrigas palaciegas, al hambre y la picaresca. Los valerosos lejos del estrépito de la muerte, son arrojados a una femenil espera cobrando tarde, mal y nunca. Los héroes dejaban de ser Aquiles para devenir Guzmanes de Alfaraches o Estebanillos González, mientras los jefes que encandilaban en el combate, como Juan de Austria, caían en la intriga cortesana y dependían del crédito y del Papa. Se ve en el hospital, herido, con dolores; se vuelve a ver -todo es recurrente- en la proa frente al Turco gloriosamente mutilado. Se ve ahora el grumete con los estigmas divinos de su herida bélica convertidos en manchas para la mofa de sí mismo. Otra vez héroe inútil en cautiverio; dos argollas aprisionan sus muñecas, sendas ajorcas de hierro sus tobillos, oprime su garganta una cadena, el piedeamigo, impidiéndole mirar dónde pisa. Se ve escupido y azotado por pelotas de barro que arrojan muchachitos. Vislumbra muchas voces, mujeres pintadas con alheña, algarabía de Argel. Los niños le cantan "Don Juan non venir, Don Juan non venir, non rescatar, non fugir. Acá morir, perro, acá morir, Don Juan non venir". Desde un balcón una mora le envía un mensaje vía cordel, se traman fugas y se entretejen ardides en los baños, hartos de esperar rescates. La hambre y la desnudez podían fatigar a veces al grumete ya hombre y otros muchos caballeros y gente principal que allí prisioneros estaban, mas ninguna cosa los fatiga tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que el amo usaba con los cristianos: cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquel; y esto por tan poca ocasión y tan sin ella que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, el tal ex grumete llamado Miguel, el cual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás dio palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra.

Se ve allí a sí mismo después de hoy, al pie de una caña con un mensaje sólo para él. Se ve con sus compañeros jugando a pasar el tiempo interminable saltando las cadenas, y una blanca mano que asoma sin cara desde una ventana o balcón -no distingue bocarriba en la sentina- pescando

un cristiano: uno fue a ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban, o lo que hacían; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron a los dos lados, como si dijeran no con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornaron a bajar la caña con el lienzo atado en su remate blandiendo y moviendo como si hicieran señas de que otro fuera a tomarla, y así se hizo, uno a uno, mas todos son rechazados del mismo modo. Viendo el grumete esto no quiere dejar de probar la suerte y así como llega a ponerse debajo de la caña la dejan caer y da a sus pies dentro del baño. Dentro del lienzo vienen unas monedas de oro y un mensaje. Desde aquí el grumete se mira allá con el mensaje de una dama cautiva en la mano pero no puede desde la carraca leer lo que dirá veinte años después en su prisión argelina y asómanselo en su nube de alfaomega ahora unos papeles también indescifrables desde aquí donde mucho tendrán que ver los turcos, la sangre, la posguerra y el Edén.

En esta noche del barco, o mejor ni noche ni día sino entre dos luces, en este claroscuro de la hora y el lugar, sus jóvenes ojos duelen de esfuerzo por ver papeles escritos, ajenos y propios, que no distinguirá hasta luego. Unos, en la ciudad de Argel, gomía y tarasca de todas las riberas del mar Mediterráneo, puerto universal de corsarios y amparo y refugio de ladrones que desde pequeñuelo puerto salen con sus bajeles a inquietar al mundo, pues se atreven a pasar el plus ultra de las columnas de Hércules y a acometer y robar las apartadas islas que, por estar rodeadas del inmenso mar océano al cual él mismo será ahora arrojado, pensaban estar seguras, a lo menos, de los bajeles turquescos. Papeles tal vez de amor, quizá de libertad, podrían ser ambas emociones, escritos por mano femenina blanca, escondida, mora o cautiva. Papeles perfumados con la lujuria. "Prisionerito, mi amante en Argel, ¡Jesús qué doloooo!" Se excita el grumete acá de las esencias embriagadoras y los mensajes de ¿Aixa, Fátima o Muriel? que lo enamorarán en Argel. Tres morillas tan lozanas, tres morillas tan garridas. El, que ha juntado papeles de

las calles para leer, esfuérase ahora hasta la ceguera por ver una montaña de papeles escritos por él, que parecen estarse copulando y reproduciéndose y henchiendo la tierra de sus historias, ¿sueño o verdad? Papeles que le acompañan a par de las armas, papeles que luchan con los puñales y dagas que escriben páginas memorables, ¿cuál es él mismo, el de los papeles y más papeles o el de la sangre heroica?

Papeles, su enfermedad. El los ha juntado en la calle para mitigar la fiebre de sus ojos, los ha leído ansiosamente, los ha pedido para seguir al Amadís de Gaula, a Tirante el Blanco, a caballeros de pro y damas de dulces nombres y virginales vidas. El los ha recorrido con fruición viendo a su través el mundo lleno de espadas, adargas y hechos gloriosos que no siempre brinda el mundo real. Vio todo lo visible y lo invisible por estos papeles. Y él generará a su vez papeles que se multiplicarán indefinidamente en montañas de aires puros a do buscar refugio y consuelo. Cumbres de papeles que harán olvidar su amor y predilección de las armas por encima de las letras. Papeles que le harán la fama luego, casi cuando no lo sienta, después del Paraíso, Argel, batallas y penurias, papeles que le darán un claro nombre elevado por encima de todo nombre. Papeles, también, que duelen. ¿Cómo no preferir en vida las armas que visiblemente despachan enemigos y marcan la diferencia entre el valiente y el ruin? ¿cómo ahora no añorar la sangre que se palpa y se carga en la conciencia cuando es ajena y en un dolor más visceral cuando propia, estos papeles que no dan más que mofa y escarnio? Recostado boca arriba en la sentina desta nave de locos, rodeado de humedad y ratas parlanchinas, mira su vida entera, o al menos la vislumbra entre las pipas, los toneles, jamones y miasmas, y se ve gloriosamente sangrante en un barco que no es este, y vergonzosamente preso con unos papeles que no logra leer. Los ve, sabe lo que dicen, lo que dirán -mejor dicho-, recorre cada curva de cada signo pero es como lectura de un sueño, como escritura en el agua que se desdibuja apenas esbozada, que es devorada por la dulce tersura del líquido y el aire. Y en su visión se ve muerto, enrollado no en la bandera sino enmomiado en tiras y más tiras de papeles.

Para no morir, salió de su casa. El edificio de construcciones apiñadas del convento carmelita donde quedaba una hermana, sor Luisa de Belén; el palacio del Arzobispo; portales. Aspirarlo y seguir. Quedarse en la contemplación llorosa de su estado no era propio del joven grumete. Muchos habían permanecido mirándose y revolviéndose, automirándose; él sabía que los ojos recibían luz de afuera, de afuera venía el canto y la risa y el llanto y la música, de afuera los perfumes y el frío. El mundo estaba helénicamente afuera. Para no morir iba a atravesar el muro, no quería ser otro ladrillo más en la pared.

Aquí se queda Manrique llorando la muerte de su padre, contemplando cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte, tan callando. La pesada cáscara, aceitosa, farinácea que impide chorrearse de jugos dulzones, agridulces, que te guiñen los ojos, yace aquí por todas partes con su olor mohoso de cosa vieja. El sale, sin dejar nada, sin abandonar a su madre, sus amigos, a nadie, que todo lo lleva en su cuerpito desgarbado. Sin dolor, porque están en él. Infantilmente, se va.

De la angostura a la llanura. Con la inteligencia en celo, buscando la otra mitad, que es una indefinición matemáticamente extraña de millares de mitaditas que conforman su enorme mitad, su mitadaza, y cuanto más grande sea ella, más grande él. En busca de luz, por el aire, entre los olivos del Betis, las moscas y el calor que tras las raras sierras lo esperan en la manchega llanura de molinos, azafrán, mulas campanilleras y cantos entre yuntas que se doblegan bajo los airecillos de voces monótonamente corales, un verso un surco, un surco un surco un verso y cuatro panaderos, entran en tu casa, que el uno lo cierne, que el otro lo amasa, que el otro lo coge y lo mete en el horno que el otro lo saca... ¡y yo me lo como! Todo es castaño, rojo y púrpura. Todo es color de la paja. Todo es blanco, todo es de todos los colores pero ahogados de amarillo y arena que le traen como un recuerdo de algo que verá en Africa mucho después de ahora.

"A Dios, dije a la humilde choza mía, a Dios Madrid, a Dios tu prado y fuentes, que manan néctar, llueven ambrosía." Anotó en sus papeles para no morir. A Dios, Madrid; sin pasar ahora por Madrid.

Por no verme ante tus puertas muerto

hoy de mi patria y de mí mismo salgo.

Salió, por no morir. Toda Europa se estaba saliendo, derramándose hacia afuera de los muros que la cercaran durante la Edad Media. Como el hervor de una fiebre que no se puede contener dentro del cuerpo, Europa se transpira, se licua de su centro. Ya no la detiene la visión de las torres ni el sonido de la campana; se ha acercado al borde y la tierra seguía y había que asomarse más. Antes las gentes danzaban en círculos mirándose, ahora juegan de espaldas.

Metete en su bolsa los juegos de la hermana mayor, el beso de la madre, la envidia del padre sordo, papeles borroneados, el Amadís y hasta le queda lugar para el olor del pan y el vaivén de las hojas cayendo sin brisa de un árbol tan alto. Hacia el SUR es más cerca extramuros, el norte está lleno de Europa. Primero el terruño polvoriento donde es necesario protegerse los ojos con antifaces. Como una cámara de aire que aletarga la salida. Vencer la presión de esta vastedad de polvos y chaturas que empequeñecen el mundo es labor ímproba. Luego se yergue la montaña; alegre y misteriosa la Sierra Morena da paso a miradas pícaras y risas cantarinas, el aire comienza a llenarse de sal, de pescado. ¡El mar! Apunta el mar amaneciendo de la tierra por el oeste con su bruma y su ola, su espuma y su mástil. Se vislumbran los otros. Ya se percibe la presencia de árabes y africanos, arenas; y de marinos exóticos que vieron allende. Aquí los raros aires del mar de las tinieblas compiten con el mar doméstico de adentro, adonde es el morir y van nuestras vidas, allí los ríos caudales, allí los otros medianos y más chicos. Esta mar de adentro es el morir; está la vida mar afuera.

Y entre dos aguas venteando la sal y la risa está Sevilla. Recién aquí se atraviesa el muro. Ahora se empieza a estar fuera del cerco. Acá el algo de niño que quedaba al grumete se vuela

ante el espectáculo de la ciudad. No es necesario que un ciego le aporree contra el toro de piedra para que abandone la infancia, basta con ser observador, como lo es, y estarse atento al espectáculo de las gradas de la Catedral donde se dan cita vendedores de toda laya, mendigos, ciegos rezadores, almoneros, pregoneros, artesanos, habilidosos, soldados inactivos, niños hambrientos y despabilados de tan hambrientos que inventan a cada salto una manera distinta de birlar una moneda o pinzar una bolsa. Para patear estas tiendas, Cristo hubiera necesitado cien pies. Prestamistas y banqueros de menudeo, hamponcillos por todos lados. Corridas y puñetazos más algún tajo al aire. La ciudad hierve de humanidad, como en un cuadro de Brühgel se mezclan niños jugando, las muecas de un ahorcado, una bruja emplumada y un señorito de la corte que ocioso de guerra busca peripecias. El reino de picardía. Ni los perros son aquí como en otros lados. En este lugar sirven de guía a un ciego cantor, de avanzadilla y resguardo a un banda de ladronzuelos o se reúnen en pos de unos restos a platicar sus cosas y planear sus asaltos nocturnos. A las cabezas empicadas, las hondas infantiles les hacen puntería en los ojos. Aquí no hay puerilidad, que es necesario moverse para ganar el mordisco. Y él ve en Sevilla muy marcadas la opulencia y la miseria, las perlas y el oro de Indias que estallan las galeras y la buba, el muñón, la peste y hambre. Por doquier el hambre. Las llagas. La aspereza. Todo lo ve como ve todo, con dolor, comprendiendo el dolor, haciéndolo suyo pero sin refocilarse en él, pintándole enseguida una mirada de ternura y canturreo. Entre los ayes se oyen canciones, alrededor de los robos y los ladrones está la caridad de compartir lo agenciado con el que padece lo mismo. Y observa amoríos nocturnos y escaladas de muro; serenatas y billetes. Manos que se aprietan entre verjas inviolables. La lúgubre campanilla de los animeros municipales ("¡Recordad las almas del Purgatorio, recordad las ánimas penantes!") no espanta a los enamorados; el fuego de allá no doblega al de hoy. Y salen los jóvenes embozados a saltar paredes y enredarse a estocadas. Una noche se pasa a la intemperie, más aún con la algazara carnavalesca del desgañitado. Durante toda ella se oyó a los carpinteros martillando en los tablados del cadalso. Ya al amanecer

la muchedumbre llenaba la Plaza Mayor. Los vendedores instalaron temprano sus puestos. La disputa por los precios y la calidad de las mercaderías se mezcla con las risas de las jóvenes, los gritos de los chiquillos, alguna corrida de un bajamanero que es salpicado de tolondrones. Sacres que picotean en medio del amontonamiento y la emoción porque ya suenan los tambores y trompetas, la procesión se acerca. Pasa el heraldo multicolor, soldados con armadura, el criminal sobre una mula y un confesor a la par, nadando todos en la marea humana que intenta ver, tocar, oler una muerte que se viene al paso del cuadrúpedo. Es el momento de pinzar bolsas y pellizcar mozas. Las madres levantan a sus críos para que vean al verdugo. Todos miran al centro, ya para llorar, ya para robar; él se deleita con la contemplación de las gentes; esas narices que ventean a la Igualadora, esos ojos que guardan y graban para conversaciones que durarán un mes, las bocas entreabiertas, manos crispadas. Un enorme silencio como una nube de yunques aplasta las gargantas y la brisa. El hacha cae. La muerte pasa, casi imperceptible. Y con un requiescat in pace, Ameeeen, se cierra el espectáculo.

Pues aquel gran Condestable, maestro que conocimos tan privado, no cumple que de él se hable, mas sólo cómo lo vimos degollado. Sus infinitos tesoros, sus villas y sus lugares, su mandar, ¿qué le fueron sino lloros? ¿Qué fueron sino pesares al dejar? Tantos duques excelentes, tantos marqueses y condes y varones como vimos tan potentes, dí, Muerte, ¿dó los escondes y traspones? ¿Qué nos va pues de tener y guardar? ¿No es mejor dejar hacer, dejar pasar? ¿Y si todo lo que amamos y tenemos, lo perdemos? Hoy comamos y bebamos y cantemos y folguemos, que mañana ayunaremos.

El día también se pasó. La ciudad fue desprendiéndose de fiesta y retornando a la rutina, con el dejo amargo que sucede a toda celebración. Pero otra noche al sereno ni un grumete joven y necesitado de aventuras podría soportar. Fue necesario buscar posada.

En las afueras de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, a la hora que anochecía, entró un caminante sobre un hermoso

cuartago extranjero; no traía criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo, se arrojó de la silla con gran ligereza. Pidió al huésped que le diesen luego un aposento y que, si fuese posible, fuese solo. Le respondieron que no quedaba libre más que uno y tenía dos camas. El caminante pagó por ambas, con un escudo de oro, para que a nadie diesen el lecho vacío. Encerróse en la habitación y los demás se reunieron a cenar, es decir, la huéspeda, el huésped, el mozo de mulas y el grumete. Todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto. Tanteáronle la edad en dieciséis o diecisiete años, y en eso estaban trayendo y llevando, yendo y viniéndole cuando entró otro huésped aproximadamente de la misma edad e igual gallardía. Solicitó cena y cama. Le dieron de lo uno y excusáronse de lo otro, pero el joven ofreció dineros y ya se sabe que estos tuercen torres y derriban montes. Le explicaron el caso y dijéronle que esperara a que el otro se durmiese y entrara quedo a ocupar la cama libre. Así se hizo. A punto estaba de dormirse cuando de la cama vecina surgieron ayes y quejas y suspiros. El recién llegado se quedó en silencio, escuchando. El otro era otra: una desdichada doncella que dejó de serlo por las mentiras de un fermentido hombre, quien con promesa de casamiento se aprovechó de mí para luego dejarme en espera. Por no ver sufrir a mis padres y hermano tomé dineros de casa, me disfracé de varón y salí a buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que lo desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen "Es Antonio esposo de Teodosia". El joven, apenas escuchado esto, levantóse y encendió las luces. Confirmó su sospecha al ver a la joven que por su posición todavía no lo había visto a él, se le acercó abrazándola y le dijo: No me reconoces, hermana, soy Rafael.

Ella echóse al piso llorando. "Toma, señor y querido hermano mío, haz con esta espada el castigo del pecado que he cometido". Pero él no hizo tal, sino que con rostro agradable y semblante pacífico la levantó del suelo y la consoló lo mejor que pudo. En eso estaban hermana y hermano cuando llegó a los oídos de todos los que despiertos estaban en el barrio una voz de

hombre que, sentado sobre una piedra, frontero de la posada cantaba con tan maravillosa y suave armonía que los dejó suspensos y les obligó a que le escuchasen hasta el fin este romance:

¿Dónde estás, que no pareces,
esfera de la hermosura,
belleza a la vida humana
de divina compostura?

-¿Oíslo, mujer?

-Sí, esposo, que es seguramente Tomás Pedro, quien despechado por la gitánica hija del Corregidor, busca ahora nueva pobre ilustre.

-Buena pieza el tal. Podría irse nomás a Salamanca a estudiar, como cree su padre que está haciendo, en lugar de mezclar amores con pesca de atún.

-Llaman. Dan voces. Alguien a la puerta.

Las once serían de la noche, cuando de improviso entróse el Corregidor, preguntando si tenían allí una hermosa doncella a quien llamaban por todo el pueblo la fregona ilustre. Respondieronle temerosos que sí, que Constancica se llamaba. Hiciéronla venir, miróla el Corregidor de arriba abajo diciendo: "Huésped, esta no es joya para estar bajo el engaste de un mesón. Desde aquí digo que en punto a belleza, no ilustre, sino ilustrísima deberían llamarte, Constanza. Solo es para su hermosura y gallardía a la de una gitanita que no era tal sino hija de un Corregidor de Barcelona, que de niña fue robada a sus padres y devuelta ahora".

La huésped callaba. Constanza se retiró. El Corregidor preguntó:

-Huésped, ¿es parienta vuestra esta doncella?

-No. Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años y un mes que llegó a esta posada un caballero, que al cabo resultó señora disfrazada, sola, hermosísima, de cuarenta o pocos más años, enferma y descolorida. Mandóme llamar al médico de más fama desta ciudad. Vino el doctor de la Fuente y atendióla durante una semana al cabo de la cual, la señora dio a luz una

hermosísima niña, Constanza, me explicó que procedía de amores mal habidos, dejómela con doscientos escudos de oro para su mantenimiento hasta tanto la vinieran a buscar. Fuese en romería a suplicar perdón a su pecado y al regresar veinte días después, con mejor color, ya casi sana, me dio una cadena de oro y también cortó un blanco pergamino a vueltas y ondas, a la traza y manera como cuando se enclavijan las manos y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer y después de apartadas las manos queda dividida la razón, porque se dividen las letras, que en volviendo a enclavijar los dedos se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente; digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y todo lo tengo esperando el contraseño hasta ahora.

La huéspedada mostróle entonces el pergamino donde estaban escritas estas letras: ETELSÑVDDR.

Entraron a la posada cuatro fornidos mozos acompañando a una muy gentil señora. Dijo esta necesitar comida y reposar un rato porque venían fatigados de asenderear caminos. Tras recobrar el aliento preguntó al huésped si esa era la del Sevillano. Al alboroto de la conversación presentóse el Corregidor.

-¿Habita aquí una joven muy hermosa de unos quince años, llamada Constanza?

-Sí, dijo la huéspedada, entrando y cayendo casi en desmayo. Y quién, si es usted señora gentil, es quien lo pregunta.

-Isabela es mi nombre, pero eso no interesa como este pergamino con una señal que traigo aquí. Dijo esto y presentó el documento. Tomólo el Corregidor y trenzólo con el que viera unos momentos antes. Enclavijándolos como corresponde se leyó "Esta es la señal verdadera".

A los ruidos de gentes desmayadas, grandes suspiros de alegrías, saludos y cantos de los cuatro acompañantes que a todo esto bebían y cantaban, todos los que estaban en aquella posada reuniéronse en torno a la mesa.

Isabela, en cuanto entró Constanza, corrió a abrazarla sin necesidad de que le dijeran que era ella. Eres igual, decía llorando copiosamente, el vivo retrato, la copia fiel, la gota gemela de mi adorada y desgraciada hermana Inés.

Constanza, sin comprender qué ocurría, miraba sorprendida a la huésped, a quien quería como madre, y al Corregidor, a quien respetaba como autoridad. Las sonrisas de ambos la tranquilizaron. Sentáronse e Isabela contó su historia. Inés se entregó bajo promesa de matrimonio a un vecino de su ciudad, Cádiz, un joven Rodolfo quien desapareció luego como por encanto. Inés, a medida que el tiempo transcurría y el amado falso no retornaba y el vientre se hinchaba, tomó la decisión de abandonar su casa por no ver sufrir a sus padres por lo que ella creía su culpa. Vino hasta aquí, según sabéis, y enfermó de camino. Dio a luz a Constanza, fuese a peregrinar, dejó el pergamino y a poco irse de aquí murió víctima del dolor de la pena. Mientras tanto Rodolfo, la noche anterior a cumplir su promesa de matrimonio, se vio envuelto en la calle en una pelea por defender a un caballero atacado por cuatro truhanes. Fue herido, perdió el sentido, lleváronlo a una casa a donde le hicieron las primeras curaciones pero no recobró jamás el sentido ni la cordura, creyéndose a partir de entonces tan frágil como de porcelana o vidrio y temiendo que cualquiera lo tocara y rompiera. Perdido el rumbo de su seso, se hizo al viaje en Barcelona adonde llegó por tierra inmerso en innúmeros avatares y desventuras como la de ser cautivo del renombrado Guitart. Finalmente logró su libertad, pasó en galera a Nápoles donde se hizo famoso por su triste locura y fue conocido como el Doctor Vidriera por su manía de aconsejar y temer por su integridad. Tanto hizo con su locura que unos jóvenes, por reírse más de él, le asestaron una piedra, no se rompió, pero estuvo inconciente unas jornadas al cabo de las cuales recuperó el perdido sentido, la memoria, el recuerdo de la promesa matrimonial. Embarcóse en una galera que a España iba pero frente a las costas galas fueron atacados por una docena de naves turcas al mando de Arnaut Mamí, el corsario. Aunque pelearon con fervor y valentía fueron hechos prisioneros y llevados hacia las tierras del Turco. A poco estaban de llegar

al norte de Africa cuando naufragaron. Rodolfo casi pierde su vida salvando a pobres mujeres que iban también prisioneras del pirata. Nadó ayudándolas a sostenerse de unos trozos de remos restos del navío hasta que salió el sol y con él divisaron una embarcación sin banderas ni señales que la identificaran. Subieronlos a bordo, eran ingleses que pirateaban también en el Mediterráneo, ya fingiéndose turcos, ya italianos genoviscos según la ocasión se pintara. Al ver la gentil disposición de las damas y de Rodolfo, tomaronlos por no menos de condes y duquesas, hijos de reyes y otro tal y lleváronselos a su tierra deseosos de pedir rescates. Una vez en Londres, Rodolfo fue entregado en custodia a una familia de comerciantes que vivía lindero a otra en la que moraba una joven española que habiendo sido cautiva en la entrada de los británicos a Cádiz fue protegida de una familia secretamente cristiana. Cierta vez viola Rodolfo y por poco no muere de emoción y sorpresa. Era Isabela, hermana de su adorada y prometida Inés. Ella también lo reconoció, cruzáronse billetes con una caña contándose sus desventuras. Durante dos años, tanto trabajó Rodolfo, tanto luchó, se humilló, calló que finalmente consiguió con la generosa ayuda de la familia que la protegía, la libertad de Isabela, quien tras un rápido y feliz viaje llegóse a Cádiz, su tierra, donde se enteró del recado de su hermana y su sobrina perdida poniéndose inmediatamente de camino para recuperar a la ilustre fregona.

Copiosas lágrimas lloraron todos mientras tía y sobrina abrazábanse y besábanse amorosamente para delicia de los que a su alrededor estaban.

Rafael y su hermana, la engañada Teodosia, se disponían a salir de la habitación cuando se abrió la puerta de la posada dando entrada a un joven vestido con ropas de soldado que utilizaba su espada de báculo y denotaba por la amarillez de su rostro y la flaqueza de sus piernas venir enfermo de gravedad. Los cuatro mozos que acompañaron gentilmente desde Cádiz a Isabela, corrieron a sostenerlo porque este apenas ingresó cayó desmayado, sudado terriblemente, y con aspecto de echar el último suspiro. Teodosia salió entonces del cuarto seguida de su hermano como disparada por una bombarda, la color demudada y los ojos llorosos a socorrer a su

prometido Antonio, que tal era el flaco soldado. Este, sudado pero frío como muerto, los ojos en blanco, la boca entreabierta con una voz salida de una caverna comenzó a hablar muy quedo, tanto que fue necesario que el Corregidor, allí presente, acercara su oreja hasta los labios del moribundo. Antonio refirió la historia de sus desdichas, cómo había sido asaltado una noche por unos gitanos que le robaron y cómo al resistirles fue vilmente golpeado y apaleado y acuchillado hasta dejarlo casi sin sangre en una callejuela de donde fuera llevado por algún alma caritativa hasta el Hospital de la Resurrección, que está en Valladolid fuera de la Puerta del Campo, donde recuperóse de las heridas pero contrajo unas bubas que lo hicieron sudar por un tiempo que no lograba medir. Apenas pudo tenerse malamente en pie cuando salióse del hospital ansioso por cumplir con la promesa de matrimonio hecha a su cielo su todo su amor, si los delfines mueren de amores, ¡triste de mí! ¿qué harán los hombres que tienen tiernos los corazones? ¡triste de mí! ¿qué harán los hombres?

Corrió entonces Teodosia, bañada en copiosas lágrimas, hasta el desvanecido Antonio. Bésame y abrázame, marido mío, y daros he en la mañana camisón limpio. Yo nunca vi hombre vivo estar tan muerto, ni hacer el adormido estando despierto. Andad, marido, alerta, y tened brío; y daros he en la mañana camisón limpio.

Finalmente, y para completar el cuadro, Constancica acordóse con el Tomás Pedro y celebráronse ahí mismo en la taberna varias bodas. El grumete, a todo esto, tomó notas apuradas para novelar estas historias, pero el trajín de los enlaces y el amontonamiento de gentes casaderas: Rafael también casóse con alguna moza, la gitanilla o similar, incluso los cuatro caballeros que acompañaran a Isabela e Isabela misma, y hasta el huésped y la huéspeda después de veinte años de convivencia; semejante guiso de matrimoniantes mezclóle un poco las peripecias pero quizá el artificio beneficiará la obra literaria.

El muchacho pasó en Sevilla unos días más, durante los cuales enteróse de la extraña vida de una joven enclaustrada casada con un viejo que había vuelto de las Indias, celosísimo y muy

desconfiado que en un barrio principal de la ciudad, que tenía agua de pie y jardín con muchos naranjos construyó una casa sin ventanas que miraran a la calle, dándoles vista al cielo; en el portal de la calle hizo una caballeriza para una mula y encima della un pajar y apartamiento donde estuviese el que había de curar della, que fue un negro viejo y eunuco, levantó las paredes de las azoteas de tal manera que el que entraba en la casa había de mirar al cielo por línea recta sin que pudiesen ver otra cosa; hizo torno, que del portal respondía al patio. Compró cuatro esclavas blancas y herrólas en el rostro y otras dos, negras bozales, y encerróse en ella con la casi niña de su esposa.

Según le contaron al grumete, un virote, un mozo soltero, asestó a mirar la casa del viejo celoso y viéndola siempre cerrada le tomó gana de ver cómo era la famosa muchacha que vivía dentro, y resolvióse a expunrar, por fuerza o industria, fortaleza tan guardada. Finalmente consiguiólo con la ganzúa de la guitarra y el canto:

Lástima tengo de veros,
la blanca niña,
pues el cielo os ha guardado
tal desdicha.

Mal haya quien os casó
con tal velado,
pues en él tan mal se emplean
vuestros años.

Mal lograda mocedad,
y sin ventura,
si ha de entregarse a la tierra
esa hermosura.

¡Ay, cara de rosa,

ay, niña hermosa,
la desgraciada,
la mal lograda,
viuda os vea yo
a la madrugada!

que los acordes derriban puertas y escalan muros, la música extremada traspasa el aire todo, el alma navega por un mar de dulzura y los sentidos se despiertan:

-Bella dama, bella dama,
con usted durmiera yo.
-Suba, suba, el caballero,
dormirá una noche o dos.
-Lo que temo es su marido,
que tenga mala intención.

-Mi marido es ido a caza a los montes de León, para que no vuelva nunca le echaré una maldición: "Cuervos le saquen los ojos, águilas el corazón, los perros de mi rebaño le arrastren en procesión". El virote le cantaba y ella por un sevillano, rufo a lo valón, tengo socarrado todo el corazón; por un morenico de color verde, ¿cuál es la fogosa que no se pierde?

El viejo extremadamente celoso juntó a los muros sin ventanas y los tornos sin puertas una cornamente sin pequeñez porque marido marido guardas me ponéis, si yo no me guardo, no me guardaréis. Dicen que está escrito y con gran razón ser la privación causa de apetito: crece en infinito encerrado amor, por eso es mejor que no me encerréis, que si yo no me guardo, no me guardaréis.

Supo de otras historias más, de enamorados, desencuentros y encuentros, engaños y dobleces, de pícaros asociados en una cofradía que gobernaba el robo en la ciudad; y de todo ello guardó

noticia para luego, para que las maretas le mezclaran los argumentos y personajes, duques y míseros, usureros y caballeros, y se le fueran forjando pequeñas novelas, pastoriles relatos, truhanescos episodios de garimas en las almadras de San Lúcar de Barrameda donde desembocan el Guadalquivir y todos aquellos que quieren recibir el grado de maestro. ¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos, lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre pícaro! bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes; allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería! allí está la suciedad limpia, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pependencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como las bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribo, la poesía sin acciones. Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí van, o envían, muchos padres principales a buscar a sus hijos y los hallan, y tanto sienten sacarlos de aquella vida como si los llevaran a dar muerte. Algunos padres, que el médico sordo no tiene tiempo ni motivos para ir en pos de su grumete que todo lo mira, huele, palpa: el amor y el robo, ¡y las perlas y el oro y el viaje a las Indias! De aquí salen galeras rumbo a Nápoles, de aquí botequines rumbo a las islas allende el mar tenebroso donde el mundo de Amadís no se asienta en las páginas de los libros sino entre las ramas espontáneas de frutas y las tierras de gomias y endriagos, sirenas que vio el Almirante, más mares, árboles, pájaros parlantes, hembras tetonas que manan miel, perros mudos, indios sabios, y un sol que salta sobre las sienas sobre los sesos sobre la suerte.

Hay un pregonero que anuncia el viaje y hay ya un grumete que no quiere más que ser grumete y ver y oír historias para sus historias y enemigos para su espada y todo para montar su fama sobre las otras famas. Pues él sabe y se lo repite, que algo grande, verdaderamente grande, está llamado a ser o hacer.

Acepta y lo aceptan para la carraca que el día siguiente partirá. Pero esa misma noche paseando por el puerto ve venir una galera que a tierra quiere llegar, las velas traía de seda, las jarcias de oro torzal, marinero que la guía diciendo viene un cantar pero él no puede oírlo, y ve también amarrada su carraca a donde unas ratas suben y él decide también subir a esperar el amanecer bajo cubierta. No tiene donde dormir y allí le espera la visión de su vida, del alfa al omega, en la sentina, entre ratas que hablan de embrujos de Ratisbona y recuerdos de mañana que le saltan a los ojos desde algún lugar arenoso de Argel, un barco -otro- donde recibe famosa herida, la vejez mansa entre papeles y se duerme ahora o luego por una fatiga de imágenes que le envuelven las telas del corazón hasta que con la luz nueva aturden los ruidos de los marinos cantando sus cantos y cargando la vieja nao que se aventurará, según oyó, hasta el mismísimo Paraíso.

CAPITULO TERCERO

Bajo la lluvia cargaron la carraca durante el amanecer. Bersos, falcones, lombardas gruesas y pasamuras, coseletes con sus armaduras de brazos, espalderas y capacetes, petos con sus barbotes y casquetes, ballestas, saetas, escopetas, dardos, gorguces, lanzas, picas, chuzas, astas de lanzas, ovillos de hilos para las ballestas, esmeril para limpiar las armas, varas de mecha, pólvora embarrilada, pelotas de fierro y de piedra, moldes para hacer pelotas, planchas de plomo. Que van al Paraíso, sí, pero atravesando el mundo.

Dos ollas grandes de cobre, dos calderas de cobre, un horno de cobre, una caldera que pesó 27 libras; bizcocho, vino, aceite, vinagre, pescado seco, bastina, tocino añejo, habas, garbanzos, quince celemines de lentejas, dos pipas de harina, 47 ristras de ajo, 189 quesos, 12 botijas de miel, almendra con casco, 68 barriles de anchobas, tres jarras de sardina blanca para pesquería, 15 arrobas de pasas de sol y legía, 50 arrobas de ciruelas pasas, cinco seras de higos, 100 libras de azúcar, 34 cajas de carne de membrillo, cinco jarras de mostaza, una jarra de alcaparras, 70 libras de arroz. En el Edén la naturaleza brindará sus frutos espontáneamente, pastarán las ovejas junto a leones y lobos, la miel se derramará sobre las bocas abiertas tendidos al sol y no existirán allá estas dos palabras de tuyo y mío. En el Edén será, mas aquí hay que cortarles la cólera a los marinos de una nao de noventa toneles de porte que le salió al Almirante la bagatela de 100.000

maravedises. Tal su estado lamentable. Hubo que carenarla en Sevilla, se la dotó de velamen y anclas, cables, ayustes y orinques y se la habilitó con artillería. Tenía una obra muerta alterosa en cada extremo de popa y proa del buque y las llamaban castillos. Cargáronle también los sufridos una caldera grande de cocer brea que en verdad la llevó sin ayuda el negro Antón de Trébedes, en clara ostentación sexual; carretadas de leña; cucharas, cuchillos, linternas, tenazas, barrenas, ganchos de batel, una fragua con su aparejo, lonas, sebo, brea, sierras; medicinas, ungüentos, aceites, aguas destiladas, cosas todas de botica; libros blancos para tener la cuenta de los gastos; banderas, instrumentos, mercaderías para rescate.

Se resistieron a subir mucho más las vacas que los caballos, quizá sabedores de la libertad e historia que allá los esperaba. Las vacas ponían su cara de nada pero empacadas en medio de la plancha mientras los grumetes se divertían y los encargados de hacerlas subir berreaban y bufaban con las venas hinchadas y las medidas también hinchadas. Tras innumerables votos y coños lograron apesebrarlas. Sobre la costa ante la ciudad una ballena que tenía un largo de treinta y cinco pasos, de la que se había sacado en grasa unos treinta barriles como los barriles arenqueros llenos de grasa, les anunciaba a las vacas su destino.

La impetuosidad del viento no fue causa de demora y la carraca partió temblando y crujiendo como si le retorcieran el tortor hasta el final, y dando pesados saltos de mole llena de gentes, cosas y broma de todos los mares. De la ciudad de San Lúcar, esto es desde Sevilla veinte leguas de camino, hasta tres islas que están juntas las unas a las otras y la primera se llama Tenerife, la otra se llama Gomera, la tercera La Palma; y desde la ciudad de San Lúcar de Barrameda hasta estas islas hay doscientas trece leguas.

Como en un juego de niños, primero hubieron deslizado el barco por el río en medio de las gentes del pueblo que saludaban, se alejaron lentamente. A lo largo de los meandros y en aquellas praderas cenagosas en que pastan los toros, la gente camina junta a la vieja carraca casi ilusoria, como llevándola a la sirga, en procesión hasta el mar. De allí a San Lúcar de Barrameda,

donde se aprovisionaron de vivos y muertos, gambeteando por el río de cañas y juncos marismeños. En San Lúcar, a la vista del castillo y entre olores y redes pesqueras, siguieron subiendo hombres y jovencitos hasta henchir las viejas tecas. Las vacas patinaban, resbalaban, caían por la plancha queriendo no subir en un miedo infrahumano. No tuvieron que esperar los vientos favorables y se evitaron por ello innumerables misas e innumerables confesiones que la mayoría no habría hecho de todos modos en la suposición de que con beber un poco de sus aguas, besar un poco de sus tierras y también bastantes hembras del Edén prometido salvarían el alma, o en caso contrario conseguirían holgar y solucionar con el aire paradisíaco y la infusión de guayacán la merma, desmayo o desaparición que ha hecho presa de casi todos los miembros de los miembros de la tripulación.

Se hincharon prontas las velas y salieron entre mocos reales o fingidos de las amadas, que ya les tenían hinchados con preguntas de cuándo volverían, cuántas perlas traeríanles y con qué disposición subumbilical. Como parásitos, rémoras, pesados los pescadores y algunas hembras cargosas los acompañaron unas pocas leguas más en sus barquichuelos. Finalmente se dio orden a los bombarderos de disparar una salva de despedida (e incluso para amedrentarlos) y al fin solos con el mar.

La inconciencia no se asusta y el miedo llegó primero a los más avezados marinos al ver desaparecer la costa. Ellos saben que la estrella y la línea de tierra han de estar siempre a la vista, y este viaje les depararía un gran mudamiento de los cielos hacia el austro, una infernal excursión a las aguas hirvientes que se extienden leguas al sur de las Islas Afortunadas donde los hombres se vuelven negros por el sumo calor, la mar ardiente quema las tecas más duras y mejor carenadas y los rayos solares se desploman sobre los vivos como piedras del astro. Conocer es temible. Podía en cubierta trazarse una línea que separara a la tripulación: de un lado las sonrisas y los ojos extasiados de aventura de los que por primera vez se hacían a la mar como el africano,

los grumetes, varios fugitivos y un sabio, del otro lado los dientes apretados y las orejas alertas de los duchos.

En las islas plagadas de pájaros canores hubo que hacer bajar a las tristes vacas y a los caballos para que pastaran y se movieran unas horas antes de lanzarse a la mar entera y meterlos en el viejo cascarón.

Pero las horas se hicieron días, no había vientos favorables, y la gente aburrida comenzó a temer que los atacaran los portugueses, que la derruida carracona se fuera a andar por los fondos del agua y, lo peor con la inactividad se sopesó seriamente el riesgo de lanzarse a lo desconocido por más paraísos y oros, tetas, drogas curativas del morbo gálico que allí hubiere. El tiempo corría y los bastimentos caían bajo los pocos dientes de los muy famélicos hombrones. Finalmente soplaron unos suspiros y salieron lentos. Las murmuraciones que corrían por tierra se amontonaron sobre cubierta: si con vientos favorables y en bajada del mundo crujían ensordecedoras las maderas saltándose los clavos, astillándose los palos y cuarteadas todas las velas incluso el treo, si barloventeando no resistía la nave, qué iría a pasar al regresar repechando la curva de los mares y las tierras. Aunque, se decía, si efectivamente está allá abajo el Edén, para qué volver a aquel desierto de moscas, tullidos y hambrunas y muerte. Y si a pesar de toda aquella dicha quisiéramos regresar, no será difícil en tierras de manjares, riquezas y salud, que halláramos algunas fibras mágicas, algunos árboles imperecederos, alguna pez inviolable para armar naves volanderas o directamente aéreas como dicen que alguien prepara secretamente en Florencia.

La nao comenzó a hacer agua favoreciéndose de este modo la tranquilidad, pues no hubo persona embarcada que no viera alejados sus ocios propicios en leyendas y reemplazados por la paz del agotamiento físico. Hubo mucho que bombear, la mar se puso gruesa y dio mayores trajines a los pilotos y grumetes que corrían, acarreaban, trepaban, izaban, zurcían, sin más tiempo que el mínimo para embuchar una ración de vino y bizcocho. El trabajo encegueció a la

tripulación que parecía arrojar por la borda no solo sus heces sino también los miedos. Algunas ramas, perfumes y pájaros preanunciaron tierra. Llegaron a la isla de Santiago, que es una de las de Cabo Verde, y allí desembarcaron y nuevamente bajaron vacas y caballos. Los marineros sabidores insistían en que no se detuvieran pues parece ser que bajo el agua hay ratones que roen los cabos de las anclas y que hay en esta isla mucha enfermedad. Pero no se les hizo caso pues era imprescindible remediar el agua que hacía la sufrida embarcación, para lo cual fue necesario bajar a tierra hasta la última galleta y el postrer garbanzo.

La isla tiene muy malos puertos, hubo que esperar la marea alta para atracar la carraca anciana en un lugar propicio, manteniendo los cascos a plomo o ligeramente inclinados mediante escoras. La nave semejaba un títere al revés, con el mar por cielo y viceversa. O un bufón balanceándose en zancos hechos de árboles que hubo que talar en los bosques alejados de la costa y acarrear bajo una lluvia torrencial de soles y soles. Los buzos eran todos, se arrojaban, caminaban, retrepaban los zancos cambiando maderas llenas de la broma de todos los mares, la podredumbre de aquella penosa conquista se había adherido por afuera con la sangre y la sal, por adentro con la perla, el oro, el robo.

Finalmente se la enderezó sobre las aguas por centésima vez. Volvieron a subirse los bastimentos, que ya traían más viaje del barco a la tierra y desta al barco que por las aguas. Nuevamente los tristes caballos, las tristes vacas, los hombres tristes retreparon a la nave y esta vez con buenos vientos se hicieron, ahora sí, al océano desconocido, escalofriante.

Sin embargo con el sedoso correr del tiempo sobre la mar plana bajo innumerables bandadas de pájaros que oscurecían el día y retemplaban los oídos de los marinos, con la visión a lo lejos de islas maravillosas que no eran terrosas sino multitudes de aves retozando, con toda esa natura que les anticipaba la vista del Edén, más la maciza carraca convertida en mágica alfombra que parecía no tocar unas aguas dulcemente templadas, los ánimos mejoraron: los marinos comenzaron a entonar sus cantos, la Salve en coro, coplas profanas, romancillos y balandronadas.

Los grumetes, casi niños, saltaban por la borda en cueros nadando en torno a la nave como en un riacho de su pueblo ante la mirada divertida de unos y lujuriosa de otros, especialmente el negrazo Antón del Trébedes que al parecer no podría contener por mucho tiempo sus ardores. Los pájaros iban y venían, posábanse a veces en los palos y los muchachos les arrojaban piedras sin mayor suerte, salvo uno, Miguel, quien una tarde estando en la cofa oteando el horizonte en espera de algunas tierras arrojó una piedra de las que usan las bombardas y le acertó.

Las noches eran de Galo y de la sombra del Almirante. El científico hacía extrañas mediciones y observaciones con aparatejos y artefactos que escondía de los legos. Cilindros, espejos. Se lo oía refunfuñar, hablar solo, alegrarse extasiado contemplando las estrellas con un raro tubo que -decían- acercaba mágicamente los astros, hacía aparecer luces donde sólo se veían oscuridades y ponía a un codo de distancia nomás a un grajo que volaba a una legua. Se adelantaba en el tiempo -decían- pues veía a la madrugada islas a las que llegarían al mediodía. De noche, su nariz de oro y plata dominaba con su brillo la cubierta, había perdido el puente en una pelea en su tierra, seguramente producto de la tozudez que no podía ni quería disimular, y alguien o él mismo -era muy industrial- se la reemplazó por unas piezas de metal. Los marinos decían que el Almirante lo llevaba a Galo porque podría oler el oro y la plata aún antes de verlo desde lejos con su máquina ocular. Si se había reído públicamente de Aristóteles, si había asegurado -y no a escondidas- "sé más que todos los cardenales juntos", no se podía esperar de él que dirigiera siquiera la palabra a rudos navegantes e imberbes grumetillos. Una quintaesencia de silogismos sutilmente destilados no es fácilmente digerible por quien tiene como máxima aspiración vital el oro, un remedio y mujeres tetonas.

"Me parece haber observado -dirá Galo, luego, a raíz de esto- que la condición humana es tal, en torno a cuestiones intelectuales, que cuanto menos se entiende y se sabe de una cosa, tanto más decididamente se habla sobre ellas; y al contrario, que la cantidad de cosas entendidas y conocidas, hace más lento e indeciso el sentenciar sobre alguna novedad."

Quizá por eso hablara poco, aunque los hombres de la carraca lo tenían más a desprecio que a sabiduría. Si era estrictamente imprescindible que Galo le hablara a alguno, lo hacía con sorna, sin mirarlo y rayando en el desprecio. No se humanizaba ni para comer, prefería el ayuno a dialogar con aquellos que según él no llegaban ni a la categoría de pobres alumnos de un enorme maestro. Fue, todos lo recuerdan, el día de la Isla de los Pájaros. Anunció Galo con su perspicillum, hijo o telescopio, según llamaba a su artefacto, que a babor encontrarían una isla y hacia allá fueron ansiosos de observación aventurera, ansiosos de hollar un piso firme, beber y comer. Galo se acercó al piloto y sin mirarlo -su nariz brillaba- vaticinó "A babor, en un par de horas, podremos descender". Pero la isla resultó un maravilloso amontonamiento de millares de aves extrañas. El piloto señalóle al maestro la supuesta tierra diciéndole que descender podrían pero hasta el fondo del mar. Quienes lo rodeaban echaron a reír con violencia. Galo, púsose rojo, su cuello y su frente se hincharon de sangre pero en poco tiempo controló su lengua y mirando un poco hacia arriba como si hablara con una divinidad o un antiguo sabio dijo algo que los hombres no entendieron acerca de la superioridad del intelecto sobre el estómago, la propia ciencia sobre heces marinas y demás. Los hombres siguieron por el resto del viaje tomándolo a risa y distancia (exceptuando los momentos del crimen del Almirante), y él siguió sobrevolándolos desde alturas astrales sin contaminarse y hablándoles con profundo desprecio.

De todos modos la mayoría de los marinos lo miraba con una envidia rencorosa que significaba a todas luces reconocimiento de su valía intelectual. Sabían que desde muy joven había sido profesor de matemáticas en la ciudad de Pisa, por influencia del duque de Toscana; sabían también que había dejado boquiabiertos a todos los facultativos con un experimento realizado desde la torre: arrojó una bala de cañón pesada y una más liviana y con ellas cayendo juntas había aplastado a Aristóteles. Y los hombres también valoraban sus agallas pues no había doblado la cerviz ni ante el mismísimo Santo Oficio. También algo de temor sentían hacia quien murmuraba

que su inteligencia iluminaba más lejos que la Biblia. Varones creedores de leyendas, cómo no aceptarían que con sus espejos Galo les podría hacer el mal a voluntad.

Los libros sagrados enseñan cómo ir al cielo, pero no cómo van los cielos. El universo es un grandioso libro, escribirá, que está continuamente abierto ante nuestros ojos. La filosofía está escrita en él, pero no se puede descifrar si antes no se comprende el lenguaje y se conocen los caracteres en que está escrito. Está escrito en lenguaje matemático, siendo sus caracteres triángulos, círculos y otras figuras geométricas sin las cuales andamos a tientas en un oscuro laberinto.

Hacía sus cálculos con frenesí, a veces a oscuras o -lo que es peor- con la luz bamboleante de una linterna, rezongándole siempre a algo a falta de alguien a quien acusar de su ansiedad por comprender o llegar al final de un razonamiento. Si una persona, rara vez, le pregunta algo o lo distrae exclama "¡ay de mí, sigo sin reparar en el paso de las horas, y sigo perdiendo mi tiempo en torno a estas puerilidades!" No acepta las fantasías, llamaba -después del fiasco de la Isla de los Pájaros- ilusión, monstruo de una nube, vapores de ebriedad a cada isla que vislumbraran o abordaran. Justamente él.

No os dejéis persuadir de semejantes quimeras, las islas no holladas son entidades huecas, inflamaciones del aire provocadas por el movimiento, el roce, la fricción, el calor.

Ayer, lo vieron todos, pasó a un tiro de ballesta una gran torre llena de caballeros que iba por la mar adelante, como nave con próspero viento, a la conquista de la Insula Firme. Algunos, los de mejor vista e ingenio, hasta distinguieron a Amadís al frente del castillo, y pocos pasos detrás de él a Oriana y Briolanja disputando fuertemente y tirándose de las hermosas cabelleras donde el sol se miraba como podía porque entre el traqueteo del mar y el revoleo de las ninfas, los pelos iban de aquí allá, de la cabeza a las manos y la boca. Galo no quiso prestar su telescopio ni siquiera al capitán y se recluyó bajo cubierta como suele hacer desde el comienzo del viaje.

Algunos arrojáronse arrobados a las aguas en pos del castillo y a su regreso, con los ojos rojos de sal, dieron más detalles de lo que para el científico -bien lo sabía- había sido solamente ilusión: las brillantes armas, la piedra de los muros. El vizcaíno trajo un puñado de pelillos del mar de la dulcísima Oriana que muchos quisieron comprarle y que finalmente se puso en un hermoso jarro adonde iban en reverencia los marinos más enamoradizos.

El grumete se había asomado y dudaba de arrojarse hacia el Castillo náutico de Amadís, que ya se perdía de vista, cuando sintió desde bajo el barco que una voz tristísima le decía: "Tú, caballero, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, arrójate porque si así no lo haces no verás los maravillosos castillos y hadas que aquí yacen". Arrojóse sin entrar más en cuentas consigo y se halló en unos floridos campos, con un cielo más trasparente, rodéalo una apacible floresta llena de dulces cantos de pajarillos, un arroyuelo, menudas arenas. Descúbresele de improviso un vistoso alcázar cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes y las puertas de esmeraldas y rubíes dejan salir un buen número de doncellas que lo tomaron entre sus manos, lo introdujeron en el Castillo, lo desnudaron, lo bañaron con templadas aguas, untáronlo con olorosos unguentos y se refocilaron con él una a una, a cual mejor y más ardiente y maravillosa hasta que el exceso de placer lo sumió en un profundo sueño y no sabe cómo retornó a la carraca.

El de la voz tristísima, seguramente, especulaban, sería el padre de todas aquellas ex doncellas o algún mago Merlín que se les fue del Paraíso hasta ahí para adelantarles las bondades de aquel monte y aquellos ríos, riquezas, mujeres, eterna juventud. Les espera el Edén y no las ominosas Islas de los Lagartos do se destierra a enemigos, malvados y condenados.

Los ojos les reventaban de islas. Otro día, ¿ayer, antier, hoy al alba? ya no importa, una isla agradable y fértil más que ninguna otra, antes no vista por ningún hombre y de muchos nombres: Perdida, Aprositos, Encuberta, Non Trobada, Inaccesible, de Salandrán, de Borombón, de San Brandán adonde el santo un milenio atrás llegó tras hacerse a la mar en una embarcación de

mimbre forrada con pieles curtidas y bien embetunadas acompañado por dieciséis cofrades. Está cercada con un muro de oro de diez pies de alto y dos de espesor, dentro del cual pastan ovejas grandes como terneras, cubierta de frutos, sembrada de piedras preciosas, iluminada por un día sin término, ¿la isla de las Delicias? ¿la Tierra Prometida de los Santos? no lo saben. Una espesa niebla la envolvió como una túnica y se fue de ellos dejándolos sin frutos ni oros ni aguas salvíficas.

La saloma es constante ahora:

¡Isla, isla, señor capitán! ¡Viva, viva nuestro Rey por mar y por tierra! Quien le diere guerra le corten la cabeza, quien no dijere amén, que no le den de beber. Isla en buena hora, quien no la viere que no coma.

No todas son tierras de flores y oros pero necesitan menos de la sal y más de firmeza, aunque esté plagada de monstruos como los de esta tarde. Era una isla toda montaña que echaba fuego y lava por su boca, bajo ella yacía un gigante, un Polifemo, un Polibotes, un hermano de Hipólito y Gración, un Alcineo, Porfirión. El temible titán bramaba sobre ellos disfrazado de alto monte. Pero las oraciones los fueron alejando una a una de aquel rosario de islas, los misterios dolorosos escondidos bajo la lava y el fuego. Agrio y Toante querían hacerles retroceder arrojándoles rocas y tizones como si fueran olímpicos y tuvieran el casco de la invisibilidad de Hades; Efiáltes enceguecido quería postrarlos; pero todo era nada comparado con la isla de Tifón: sus manos de serpientes sacudían los palos de la nave, su cabeza de asno los ensordecía a rebuznos desde las convulsionadas estrellas, la noche los sorprendió bajo sus alas y en medio de la oscuridad solamente sus ojos de fuego brillaban. Paralizados en oración se dejaron hacer hasta que como un ser de la bruma del atardecer, el Almirante, tendió las manos sobre las aguas y estas se llevaron a Tifón de regreso a su cárcel bajo el Etna y la mar se puso en calma y los cielos hizo amainar. Se hizo la noche tersa, las velas se combaron henchidas de preñez y pudieron descansar todos,

excepto Galo, quien aprovechaba la calma nocturna para hacer sus observaciones, manipulación de espejuelos, y esquivar a los ignorantes.

Las aguas, tras la tormenta, resultan tersas, enervadas: tanto que hasta el más tosco nadador puede considerarse en ellas un punto más alto que el peje Nicolás (quien cruzaba, según el cocinero, de Sicilia al continente y luego de vuelta, y pasaba más tiempo en el agua que en tierra). Los brazos se robustecieron, también las piernas se fortificaron, las aguas elevaban en lugar de tragar los cuerpos; nadadores y carraca eran conducidos con ternura de madre primeriza por una espuma que quitaba el hambre y el sueño. Todos atribuyeron a la cercanía del Edén tales maravillas marinas.

Poseidón y Eolo están con nosotros.

Llegaron a unas islas plagadas de brillos y canciones eróticas. Las olas hospitalarias los conducen a una playa cuyas arenas son polvo de oro, los árboles pierden sus alturas más allá del primer cielo invitando a construir naves gigantes e indestructibles, mil vírgenes de piel más blanca que la nieve blanca y más dulce que el timo ¡Galateas! salen seductoras al encuentro, inmersas en un canto, que hubiera abierto sin dolor las puertas del Infierno, que hace tiritar los pastos, enciende la sangre y todos los jugos interiores. Una densa nube de irisados colores se desmorona sobre las narices, un como vapor de flores que rodea la isla con su playa y su mar hasta la carraca que en medio de tal atmósfera no es ya la vieja nao hecha carroña sino un extraño vehículo alado como el que construye un sabio florentino. Las ninfas conducen a un palacio al lado del cual los del Oriente semejan tiendas ajadas, dan de beber, comer, sorber de una exquisita cánula. Gozan de sus cuerpos angelicales inconteniblemente durante un prolongado tiempo sumidos en extrañas visiones. Llenan luego la carraca de sabrosos melones, piedras balass enormes, ambrosía; pastas curativas que pueden, en siendo cortado un hombre a lo largo, volverlo a la vida con sólo juntar ambas mitades con el tal unguento. Ahíto de tanto placer y

gozo emprenden el regreso a la carraca. Los cielos poco a poco se van despejando de la nube vaporosa de flores. Algunos comienzan a tener dolores insoportables.

¡Hemos sido envenenados!

Mas nadie muere. Ya a un tiro de ballesta de la nave notan que no es vehículo alado sino mamotreto informe, no hay aquí tamaños árboles de oro, ni playas con perlas ni aromas agradables. Una rara brujería se ha cernido sobre sus cabezas sumergiéndolos en delirio. Las piedras balass no son tales sino trozos de rocas, non hay melones ni ambrosía y el famoso ungüento curalotodo es estiércol de bestia carnífera, de algún pulgoso cerdo o mugroso roedor gigante.

Aquí no hubo más que fantasmas. ¿De quiénes habrán gozado si es que realmente gozaron? ¿qué ascos serían los supuestos manjares? ¿es este realmente el camino al Paraíso? ahora, los ojos bien abiertos, guardémonos de cantos de mortales sirenas.

"Y en ciertas épocas hacía que a diez o doce de esos jóvenes se les administrara un poco de opio, y cuando estaban medio muertos de sueño los hacía transportar a distintos departamentos de los palacios del jardín. Al salir de ese estado de modorra -agrega Marco Polo- sus sentidos eran heridos con todos los deliciosos objetos y cada uno se veía rodeado por admirables damiselas que cantaban, tocaban instrumentos musicales y atraían sus miradas con las más fascinadoras caricias ofreciéndole también delicados alimentos y exquisitos vino hasta que intoxicados por el exceso de gozo, entre verdaderos arroyuelos de leche y vino, llegaba a creerse realmente en el Paraíso..."

¿Tal vez el Almirante, conocedor de El millón les suministre con el buche de vino alguna poción mejoradora de estas podridas tecas y este mar del demonio? ¿quizás cuando las fuerzas comienzan a desaparecer y los temores a manifestarse en gritos y motines alguien con mano sabedora de artes mágicas suministra un vapor de flores?

-Cata que tengo todo esto además a mal agüero pues por la noche, en la oscuridad se oyen extraños ruidos: rebuznos, chillidos, mugidos, maderas que se golpean, inexplicables gritos; algunos aseguran haber oído hablar verdaderas palabras a un par de ratas bajo cubierta. Es una nave enloquecida con un rumbo cada vez menos paradisíaco. Las brujas agitan y confunden los elementos con la ayuda del diablo y crean terribles tormentas de granizo y tempestades. Más aún confunden la mente de los hombres, los empujan a la locura, a un odio insano y desmesurados apetitos. Algún diabólico hechicero viaja con nosotros.

-O al menos, bachiller, ha echado su maldición a esta nave.

-Prueba de ello también la muerte de nuestros miembros. Dice el Sabio que cuando no se conmueve de ninguna manera, y no puede ejecutar el acto del coito ergo sum, ello es signo de frigidez de la naturaleza, pero cuando se conmueve y se yergue y sin embargo no puede ejecutar, es signo de brujería. Y tal cosa es la que a algunos de nosotros nos pasa: tenemos erecciones repetidas veces, con el miembro enhiesto y guerrero mas desfallece en el campo de batalla. En esta triste nave, no cabe duda, alguien tiene malos poderes y los usa contra nosotros.

-Tal vez Galo... porque los magos suelen observar los astros para ponerse en contacto con los demonios. Ese aire maldito, esa distancia soberbia que el de Padua tiene. O quizá el indio Trampantojo, aherrojado en la sentina haya tramado la venganza de los suyos y sus dioses enemigos de la Fe sobrevuelen la carraca para destruirla. Probablemente ambos estén unidos por un círculo maléfico pues las más de las noches las pasa el matemático platicando con el hereje. Seguramente los grillos del salvaje son una estratagema para disimular el contubernio que ambos han entretejido para tomar posesión de nuestras pobres almas abandonadas a la locura de un mar desierto aliado del demonio y sus potencias.

-Oh, el Martillo de los brujos deberá caer sobre sus ennegrecidas cabezas.

-Deberíamos arrancarles los intestinos o en alguna maldita ínsula provista de cavernas asfixiarlos, estaquearlos hasta que se les revienten las entrañas.

-Ponerles botas de aceite hirviendo en los pies sobre un gran fuego o atarlos juntos a ambos y atravesarlos de una sola y misma estocada.

Cuánta razón tienen quienes erigieron las gigantescas estatuas de cien codos de altura, en las Islas Canarias. Son como fanales para dirigir los barcos: sus brazos apuntan a Europa y dicen VOLVEOS, A MIS ESPALDAS NO HAY NADA. Sabios eran los que lloraban de miedo al perder de vista la tierra. Y más sabios que Lepe los que temen al hervor de las aguas y al fuego líquido del astro, ratones comesogas, hombres ennegrecidos como panes olvidados en el horno.

¿Y si en lugar de alcanzar las tierras del Paraíso, con su oro, tetas y eterna juventud, quedan varados en la Isla de la mano de Satán, oprimidos hasta la asfixia en las garras del Malo? Diversos y variados caminos pueden desbocarlos, arrojándolos a las tierras de los Cinocéfalos furiosos que entre ladridos gigantes los desmembrarían de una sola dentellada.

El Océano que rodea al mundo nos llama.

Bogamos hacia los campos benditos de las islas

Afortunadas, donde cada año la tierra de Ceres

da sus frutos sin ser cultivados.

¿Sí? ¿y si en cambio sopla un Siroco hundiéndonos en marisma poblada de gentes semblantes de bestias que desayunan cuerpos de parientes y vecinos? Quiera Dios que nuestra proa descienda sin trabas en la dorada y verde y azul costa del delicioso Edén adonde nuestro ariete restablecido no dé tregua a mil vírgenes. Que, armados como caballeros de la mar, arribemos en la Insula Firme donde una Oriana sin mácula devenga nuestra esposa fiel; donde el caldillo de guayacán derrote al mal francés; donde el oro espontáneamente salga saltando y bailando de las entrañas de la tierra y se esconda presuroso en nuestros arcones. Que tengamos más suerte que los almagrurinos y alcancemos el Drogeo, la Anteilha y las Siete Ciudades de los Siete Obispos por la Mar Verde, que no topemos con la Mar Fétida de los Sargazos, que nos lleve un buen Merlín de la mano a la Isla de los Justos, los Campos Elíseos, el Jardín de las Delicias.

El Almirante, con quiénes está, de qué bando. Un viejo cegatón reumático no puede conducir una carraca mohosa por este piélago a la región de las bienaventuranzas. Hemos visto a la Luna a través de su contorno, invasora de su ánimo perdida en libracos, cartas y poemas. ¿Dónde se ha visto en los tiempos presentes o pretéritos la conquista de un mundo nuevo armado de papeles y tintas e islas dibujadas con colores. Nadie ha podido aún estrecharlo al viejo, palparlo, verle en actitud humana; que siempre es una sombra descalza, como monstruo de nube, imagen del espejo con grilletes que dicen les hubieron sido colocados otrora tras su gloria y ahora los arrastra como emblema o blasón. Ajeno a las velas y los maderos, extranjero del mundo real, recita una letanía italiana que, diz, nos lleva en línea recta pese a gigantones e islas de fuego e delirios a las sacras playas do se eleva el monte del Purgatorio y por allí de escalón en escalón al primer cielo de la Luna y así hasta el Empíreo.

¿En qué peldaño moran las aguas de juvenicias, en cuál anidan virginales hembras pezonas y montañas de oro? ¿Tanto halló el viejo brumoso en ese orbe ultramarino a do viajara antes? ¿esa tierra de papagayos y perlas y muy templada y de hombres y mujeres sin malicia, esa tierra do no existen las dos palabras de tuyo y mío, esa rara tierra tiene la carnadura nubosa del Almirante o la fortaleza de la carraca atarazada y con broma? ¿Por qué no esquivar aquel pezón fatal de la pera del mundo donde las estrellas guías mueren y aparecen otras fantasmales como el soberano embeleco de la Bruma, y poner proa a tierras probadamente ricas? ¿abandonar una bandada de pájaros llenos de piedras preciosas que tenemos en las manos por un extraño y lejano pajarillo etéreo que se debate frente a los tifones? Derechamente de las Canarias está el Cipango de la especiería, las islas de pedrería preciosa, el continente del ruibarbo, la seda. Una buena cosecha estamos desperdiciando en pos de un mal sueño de un viejo loco que no existe, en pos también de un soberbio Galo que por mirar raras estrellas con su raro hijo sería capaz de sumirnos en las fauces de tragos y tarascas del confín.

¿Y el indio Trampantojo qué más puede querer, qué menos puede tramar que dirigirnos a una celada, al orificio del orbe, a la fetidez de la mar vil?

Es imprescindible descabezar esta empresa y dar el gobernalle a un piloto no poseído por la embriaguez de los libros y los trastos. En la sentina, bajo cubierta, a oscuras, los hombres verdaderos acordaremos el nuevo rumbo antes de que estas pobres maderillas se conviertan en lanzas y nos ensarten contra el fondo deste océano sin fondo.

Pese a las arengas bachilleriles y a los cadáveres de piojos, la idea de motín será soplada por la tormenta. Se calmarán las aguas, Antón ensartará a Pepillo el gomorro. Habrá silencio para que Galo y el indio discurren sobre Arquitas y palomas mecánicas.

El cielo está gris y el mar como un vasto cristal azogado lo refleja. El techo del mundo es una espada sin brillo, sin la fuerza de la sangre ajena deslizándose por su plano hasta teñir los dedos y vitalizarlos por la presencia del fulgor, ya que la sangre es el oro de la guerra. Mas la mar yace plana y vacua, triste llanura infértil para hombres que vienen de plantíos y olivares. Opaca, flácida como la modorra de una siesta sin amor. El cielo gris es una mosca que se nos posa en los ojos, la garganta y la puntita de la nariz. Tediosa la carraca parece un olmo seco hendido por el rayo y en su mitad podrido, una cruz vacía en medio de algún montículo arcilloso, tal vez un mal concierto monocordo y poco vivace, una respiración de dormido profundo, una calma sin alma.

La mar está gris y el cielo como un vasto cristal azogado la refleja. El piso del mundo es una plantación de hierba seca, de yuyales vencidos por la sal de abajo. Una masa arcillosa, adobosa seca pero blanduzca aún. Dios todavía no ha creado este mundo hoy aquí, ha ido a descansar y ha dejado en reposo los tristes materiales que habrá de insuflar mañana tal vez, cuando esté con más ganas de trabajar.

La nave recorre nada a velocidad constante.

El gris del mar-cielo agrisa los ojos y llena de cenizas las caras, las manos, los torsos. Los hombres han sentido que su osamente fue reemplazada por varillas mimbrosas de pesado tedio que les inclina la voluntad y no sostiene ningún deseo y mitiga todo ardor y toda temperatura y toda tibieza.

La vieja carraca ajada no navega, se va deslizando imperceptiblemente por la curva tonta de la tierra muerta. El cielo cercano y denso se mete entre las tecas y convierte todo color en mortecino: las vacas los caballos víveres bastimentos se confunden con la pólvora húmeda de la sentina.

Tanto los sonidos como los olores han adquirido también la neutralidad del gris. Algo como agua que no moja se pegotea a cada uno. Por qué no hay hierbas, palos tallados, algún trozo de leño boyando en torno, dónde se han ido todos los pájaros todas las aves todos los silbidos y graznidos, solamente se oye el chistido mortecino de un viento que no está.

Lejos, el Paraíso. Este es el preludio gris del negro Averno. Ya no se hinchan las velas ni rezongan los maderos, ya se ha muerto incluso el único amor que aquí Antón y Pepillo sostenían. El Fantasma de la Bruma se ha hecho invisible en la bruma y Galo no aparece por las noches porque entró la nave en una zona de todo crepúsculo sin sol ni luna ni estrellas ni ramilletes de fuego cayendo sobre la mar como algunos vieron en algún setiembre.

El mundo se ha deshabitado; los frutos de todos los reinos han muerto, han huido o no han sido creados aquí. ¿Será esta la tierra previa? Tal vez la carraca gire extemporánea por la región anterior a todo soplo. Aquí no ha sido separado el cielo de la tierra, aquí el espíritu divino no ha sobrevolado las aguas, no hay figuración color ni nombradía. Esto no es. O es un lugar fuera de lugar, ajeno al tiempo y la emoción, separado de lo existente. El mar de las tinieblas, mare tenebrarum, el mar de la materia sin tornear ni amasar ni hornear.

Tierra inane y vacua, faz del abismo, sin firmamento en medio de las aguas, sin dividir las aguas de las aguas.

¿Dónde está entonces la tierra, la seca? Se ha perdido todo lo firme para apoyar el pie y la familia y los pueblos. Este es un sitio de masas nómades, sin hierba verde que dé simiente, y sin madera pomífera. Aquí nadie puede decir que esto es bueno, que esto es malo, pues esto es hueco, inerte, sin ánimo. Por estas aguas no se va a ninguna parte, zona ruin, vil e cativa.

Más adelante de este lugar sin, las aguas parecían abrirse en canal antes del cual no fue creada ninguna cosa sino lo eterno y eterno el canal permanecerá. Todos los que lo atravesen deben abandonar toda esperanza.

Desde el castillo de popa el Almirante vislumbra las palabras de sentido tan duro: per me si va ne la città dolente, per me si va ne l'eterno dolore, per me si va tra la perduta gente. ¿Entre la gente perdida o a través de ella, dejándola a babor y estribor, hacia la gente salvada? Hemos llegado al lugar donde yo te he dicho que tú verías la gente dolorosa que ha perdido el bien del intelecto. Sospiri, pianti e alti guai resonaban por el aire sin estrellas que tiene aletargado a los marinos y conmovido de entre sorpresa y temor al Almirante. Diversas lenguas, horribles blasfemias, palabras de dolor, acentos de ira, voces altas y roncadas y sonidos de manos hacían un tumulto en aquel aire sin tiempo, como la arena arremolinada por el vendaval, como la nada previa a la creación excitándose y removiéndose por exceso de vacío.

"Y yo: ¿Maestro, qué es lo que oigo y qué gente es ésta, vencida así por el dolor?"

-Este mísero modo tienen las almas tristes de color que vivieron sin infamia y sin alabanza. Están mezclados con aquel coro de ángeles esclavos que no fueron rebeldes ni fueron fieles a Dios, pero fueron para sí. Los echan los cielos por no ser bastante buenos y el profundo infierno no los admite.

-Maestro, pregunté yo, ¿qué dolor tan grave experimentan que los lleva a lamentarse tan fuertemente? Respondióme: Estos no tienen esperanza de morir y su ciega vida es tan despreciable que envidian cualquier otra suerte. Vegetan sin cerebro y sin la posibilidad de que alguien los separe definitivamente del no ser.

Y yo al mirar vi una bandera que ondeaba corriendo con tal rapidez que parecía desdeñar cualquier reposo. Detrás venía tan gran muchedumbre de personas, que nunca hubiera creído que a tantos hubiera destruido la muerte. Puesto que había conocido a algunos, vi y reconocí la sombra de aquel que hizo por cobardía la gran renuncia. En seguida comprendí y estuve seguro de que aquella era la setta de'cattivi, a Dio spiacenti ed a'nemici sui. Aquellos desventurados, que nunca vivieron de verdad, estaban desnudos y los aguijoneaban moscones y avispas. La sangre que les recorría todo el cuerpo era recogida en el piso por fastidiosos gusanos".

El Almirante de Bruma eleva los ojos grises desde el infierno y ve la mar llana, toda cielo. Los versos dantescos han emprendido un vuelo breve para no abandonar los ojos de cegatón gotoso que sigue mirando la nada a través de los tercetos desterrados. Espera como en otros tiempos más gloriosos ver una lumbre como una candelilla de cera que se alzara y levantara. Espera liberarse definitivamente de las cadenas e grillos que sus enemigos malos y envidiosos le han echado encima malquistándolo con los Reyes. A él que duplicó la tierra ascendiendo hasta cimas no previstas en lo que a gloria se refiera; a él que llenó de oros, perlas, frutos a sus Señores, lo despreciaron, lo degradaron, lo hundieron en el lodo por intrigas palaciegas aherrojándolo como a criminal, devolviéndolo a España como monstruo de las antípodas, como bestia infernal. Una lumbre veré, piensa. Y con esa nueva enorme luz del Edén se borrarán las huellas mancillosas de los herrojos.

Mira desde el castillo de popa la desolación, la tierra inane, la mar toda cielo gris sin vida, con el convencimiento feroz -como siempre- de estar transitando el preámbulo del Gran Libro de la Vida. Como Dante, piensa ahora, de la selva áspera y fuera de las endiabladas y perdidas cortes al Cielo Mayor, por el infierno y el purgatorio. Estas zonas previas son el afuera vomitivo y tibiión, ¡la Entrada está cerca! La aguja noruestea un tanto y eso es indicio cierto de estar próximos al gran monte, pezón del mundo, escalera del Purgatorio. Tras este dolor sin definición de quienes no merecieron ni vituperio ni alabanza venimmo poi in sul lito deserto che mai non

vide navicar sue acque omo, che di tornar sia poscia esperto. Sí, como mi guía florentino, llegaré luego a una playa desierta donde nadie navegó y volvió para contarlo. Mundo sin habitantes que se encuentra siguiendo el Sol. Ulises, lo cuenta Dante, volvió la popa hacia el oriente e inclinándose siempre hacia la izquierda hicieron de sus remos, alas. Vio brillar las estrellas del otro polo. Pero una enorme tormenta hundió la pobre barca del pagano. Este es un viaje para tiempos de Cristo. Y el Almirante no hace sacrificios a Plutón sino que promete mil misas a la Virgen y miles de oros a los Reyes, y miles de placeres a los rudos marinos.

Dante ya sabía algo. Noticias tenía de aquellas tierras allende la mar inmensa. Quizá los fenicios hayan llegado otrora, o el pueblo de Dios, tal vez alguna expedición romana. No me contaron acaso en el norte lejano acerca de viejos príncipes vikingos que traspasaron Ultima Thule? Mas todos esos pueblos buscaron por el septentrión, sitio viudo; y lo conveniente es dirigirse por la zona austral. Unicamente Dante conocía por algún saber cerrado y secreto de la existencia de aquellas tierras donde ubica el Purgatorio, en cuya cima se yergue el terrenal paraíso do moraron nuestros primeros padres y donde el oro cae del cielo cercano como la nieve, el granizo, la garúa según la estación; donde la fruta benéfica tuerce el árbol con su peso; las aguas purifican el cuerpo de todo mal, sacan el maldito dolor de dientes apocalíptico, borran las bubas, la debilidad que los griegos llamaban arrostema, la pestilencia, la angina, la convulsión o espasmo, la apoplejía, la epilepsia, la pulmonía, la indisposición cardíaca, la hinchazón, el cólera, la insania, la cefalea, el catarro o flujo, la hidrofobia o temor al agua producida por la mordedura de un can furioso, la bulimia, el asma, el dolor del hígado, la contracción del bazo, la diarrea, la disentería, el tenesmo, la lienteria, el cólico, la hidropesía, la nefritis, la litiasis, la estranguria o goteo de orina, la isquiuria o retención total de orina, los cálculos, la gonorrea, el priapismo, la ciática, la artritis, la podagra, la parálisis, el impétigo, el fuego sacro, el escleroma del útero, el escirro del útero, las nueve enfermedades del cabello, las ocho clases de fracturas de la cabeza, las tres afecciones de los ojos que son flemón, flujo y ulceración, el sarcoma, el carbunco, el

quiste del tofo en el ombligo, el estiramiento del glande del miembro genital o hipospadias, hasta -según algunos sabios- la menstruación es curada por la sola ingesta de frutos o sorbos de agua del Edén. No será necesario ya estudiar a Galeno, ni a Hipócrates, tampoco leer el Canon de Avicena o De re medica de Celso. Y Dante envía hacia allí, por el mar tenebroso a Ulises, quien pierde de vista nuestras estrellas y es devorado por el torbellino. La Tierra es una esfera, arriba está Jerusalén, por donde el maestro ingresa ad inferos, al este el Ganges, al oeste las Columnas de Hércules y allá abajo en las antípodas de la tierra santa el monte del Purgatorio: "Tú apoyas los pies sobre una pequeña plataforma que por la otra faz forma la Judea. Aquí es por la mañana cuando allí es por la noche."

I'mi volsi a man destra, e posi mente
a l'altro polo, e vidi quattro stelle
non viste mai fuor ch'a la prima gente.
Goder pareva il ciel di lor fiammelle:
oh settentrional vedovo sito
poi che privato se'di mirar quelle!

Cuatro estrellas del otro polo, hacia el que vamos, rigen el cielo de aquella pequeña esfera austral. Cuatro estrellas, cuatro luces santas solamente vistas por nuestros primeros padres, ¿cuatro estrellas?

¿una cruz, una cruz que indica el sitio donde el paraíso terrenal se levanta? Dante lo sabía! Dante sabía de la existencia de estas tierras que allí, del otro lado de Jerusalén extienden sus escalones rumbo a los frutos y el agua salvadora.

Pero cuánto resta aún para llegar allá? Tendrá razón en sus cálculos Tolomeo (un quinto menos), o Eratóstenes quien hace de esta esfera un octavo mayor que el tamaño que eligieran Dante para su obra y yo para amedrentar menos a príncipes y marinos? El cálculo de Eratóstenes rige mi razonamiento, pero mi corazón palpita con los números más humanos de Tolomeo. De

cualquier modo estamos cerca. Si todo esto no se derrumba, si toda esta construcción de mi voluntad contrariada tantas veces por la envidia y la incomprensión no se desmorona como una casa construida sobre la arena, si este castillo mío que dolorosamente he levantado piedra a piedra, madero a madero está hecho sobre base firme y durable ya estamos a las puertas del cielo, debemos despejar los ojos de todo velo para que la luz fulgurante de las cuatro santas nos indique el tesoro de la gloria y la salud para mí, y también en su medida para ellos, pobres hombrecillos movidos por el deseo y la desesperación como quizá todos los mortales, qué otra cosa hay en nuestros actos que ansia arrolladora hacia delante y huida vertiginosa y medrosa de quienes ciernen sus garras y se arrojan sobre nuestras espaldas ¡A todos nos espera el Edén! ¡Dios nos dé buen viento y firmeza de estómago!

CAPITULO CUARTO

Aquí estoy, aquí, en ninguna parte, porque todo lo he absorbido como un gigantesco agujero oscuro. Soy debería decir, pues el tiempo sigue su curso a pesar de la falta de espacios. Las cosas se han ido introduciendo en mí, las he ido devorando con mi ansiedad de adolescente metida en cuerpo de anciano achacoso. Los tristes marinos, cuanto bastimento llevaba la nao: vacas, ovejas, caballos, aves, conservas... todas las armas, todos los regalos me fui tragando como un Manduco. Me he comido las ganas y las almas, los celos y otros furores, ilusiones, deseos, miedos. Pudo digerir mi estómago barbas, enfermedades, cuchillos, gritos, insultos, peleas. Nada lo indispone. Sólo la pérdida de la gloria y el destiempo de la muerte afectan mis tripas, todo lo demás ha

caído en mi cavidad, todo mi siglo lleno de sus libros y sus delirios, sus apetitos de riquezas, las necesidades de aventura. Pero aquí estoy, en ningún lado, al borde del mundo y la edad; atrás ha quedado la seguridad del orbe conocido, las ciencias precisas de los Galos y los Toscanellis, las estrellas de siempre y las gentes; al frente lo ignoto, la furia, el claroscuro, estrellas extrañas. Me quedan las tecas de un barco ataúd. Me quedan mis manos que crean una miniatura de esta carabela mohosa, con sus velas y virgas, castillo y sentina, mas no logran reproducir mi imagen para preservarla de los días. Solamente objetos creo: la ya dicha embarcación, unos nuevos mapas, cartas a nadie, un dibujo con mis ambiciones de siempre, hasta alguna línea de poema. Pero mi imagen no se repite para que la observen con envidia y deleite los hombres futuros. No logro atravesar un cerco que crucé raudamente en el pasado, allende el cual me esperó el oro del cielo y la lluvia de dones. Como vino se fue sin que, torpe de mi destino, el Dios me secase con un rayo, prolongando mi brillo de ese momento hacia adelante. Y no como ahora que mi fulgor es cosa del ayer, que ya no está salvo en el recuerdo nublado y peligroso de alguna memoria.

En mi interior reina la pasión. Afuera nada. Adelante espero tormentas, un gran mudamiento de los cielos. Que todo, incluida mi pestosa suerte, se ponga de cabeza; quizás en un lugar, fuera de todo lugar, donde lo de arriba esté abajo y lo de abajo arriba, recupere o alcance mi merecido puesto, la ubicación que me corresponde. Qué se puede esperar de las tierras a mi espalda, donde el necio es poderoso y tenido por sabio, donde interesan más las cartas y papeleos que la experiencia y la intuición. Yo sé lo que hallaré aunque no lo vea ni tenga testigos, qué más se requiere, ¿el sello papal? Furia. La palabra es furia pero no dice todo lo que siento: Una enorme sensación intraducible, deseos de evaporar las aguas con el aliento, aplastar a golpes toda la tierra hasta convertirla en arenal fino y luego soplar grano a grano hasta la luna y los demás astros. Un ardor incontrolable que me permitiría puñetear tronos y tiaras, morder libros y masticar vivas a las bestias. Siento que mi cuerpo anciano y gotoso y cegatón flamea como las bonetas al puro ventarrón de los treintidós puntos cardinales de la mar. Romperlo todo, arrancarlo, pisotearlo y

saltarle encima reiteradas veces hasta quedar agotado y feliz, sin estos brincos en el pecho donde el corazón está por afuera de las carnes gritando su ira, lleno de bilis no de sangre, multiplicando las injusticias que me han hecho, martillándolas con furor de atamores a todos los cielos, espantando las aves y los peces. Furia, furor, ira, deseos de destrucción, espuma en la boca, vidrios en los ojos, en los oídos cuchillas, en toda la piel miles de insectos que me hieren impulsándome a saltar. Un tifón hay en mí, aflora a veces extrañamente, inesperadamente, como en un cielo sin nubes una manga negra dibuja el horror a lo largo de los campos y las aguas. Y luego pasa dejando destrozos y un cielo nuevamente límpido y azul como si nada.

Bajo la sentina Galo florea su verba frente a un indio oscuro encadenado a un palo. Trampantojo lo mira con ojos de ultramar y sigue masticando su pan y su cebolla. Galo se enfurece, luego se controla; discursa soberbio e inobjetable. A él, justamente a él, el mayor sabio de su siglo y de los siglos, no puede descontrolarle las argumentaciones un pobre moreno prisionero. A él, que con su telescopio ha visto lo que hasta entonces nadie, NADIE había podido observar: estrellas nuevas que nacen de la oscuridad de la noche por primera vez, movimientos no previstos, astros inimaginados, montañas en la luna...¿O acaso fue ese torpe expatriado quien descubrió los cuatro astros que acompañan a Júpiter, Planetas Médiceos? ¿Tal vez has sido tú, pensaba Galo, quien escribiera el magno hallazgo del movimiento de la Tierra y la quietud del Sol con pruebas irrefutables en un anagrama que al cabo de este viaje de estudios sidéreos descifraría:

"Haec inmatura a me iam frustra leguntur o. y." (Por el momento estas materias son excesivamente recientes para poderlas interpretar)

Galo se pasea, increíblemente erguido, sobre un piso patinoso y en constante movimiento. Le da la espalda, eleva la voz en tono doctoral, gesticula con parsimonia, dicta cátedra; mas

bruscamente se da vuelta, abandona su derecha de palo mayor, se le acerca con los ojos encendidos hasta estar a distancia de beso o mordisco y le espeta, silabeando:

"CYNTHIAE FIGURAS AEMULATUR MATER AMORUM... -pausa teatral-¿acaso no comprendes la lengua de la ciencia..? ¿Quizás -burlón- te resulte más simple en romance: "La madre del amor imita las figuras de Cintia"...? ¿Qué os ocurre, indio, tampoco así? Eres el primero que oye mi enorme descubrimiento, que pondrá de cabeza a mis inicuos detractores jesuitas, te lo sirvo en bandeja de oro y no comprendes. Por qué debo perder mi tiempo en minucias... Escucha, ser de ultramar, pretendido sabio y poeta, pobre ignorante de la ciencia nueva, desconocedor absoluto del libro de la naturaleza, atiende a la revelación de los siglos, disfruta la digestión del saber, paladea esta prueba de mi triunfo sobre quienes allá en Europa negaban y perseguían mi nueva lectura de los cielos: Venus, madre del amor, tiene las mismas fases que la luna. Lo he visto, yo, el criticado y vilipendiado por las pequeñas y medianas inteligencias: En la Luna, indio, hay defectos, montañas, cráteres; en el Sol, manchas.

Rígido en una carraca bamboleante revuelve las cuartillas que atesora en su diestra (notas, frases, gráficos que certifican inobjetablemente sus afirmaciones). Oh -descubre-, ya Lucrecio en De rerum natura lo ha dicho: "En otra parte existen de materia otros conglomerados semejantes a los que aquí se dan y a los que el éter con un ávido abrazo aquí retiene... es preciso admitir que en otros sitios orbes terrestres hay y diferentes razas humanas y ferinas clases". Y también el maestro Giordano -revisa y no encuentra, revuelve con ansiedad los pliegos-, en Londres, ha dicho -glosa simulando leer- que existe un infinito campo y espacio continente, el cual abarca y penetra el todo. En él hay infinitos cuerpos semejantes a éste, de los cuales el uno no está más en el medio del universo que el otro, porque dicho universo es infinito y, por tanto, sin centro y sin límite, aunque tales cosas (el centro y el límite) correspondan a cada uno de los mundos que están en él. Existen ciertos, determinados y definidos medios, cuales son los soles y los fuegos, en torno a los que giran todos los planetas, las tierras y las aguas, así como vemos girar en torno

al que está próximo a nosotros estos siete cuerpos errantes, y cada uno de estos astros o mundos, dando vueltas alrededor del propio centro, produce la apariencia de un mundo sólido y continuo que arrastra a cuantos astros se ven, pueden existir y giran en torno a él, como centro del universo. De manera que no hay un solo mundo, una sola tierra, un solo sol, sino tantos mundos cuantas lámparas brillantes vemos en torno a nosotros, las cuales están en un único cielo, lugar y ambiente, tanto como este mundo, en el cual nos hallamos nosotros, está en un único ambiente, lugar y cielo... Es imposible que un espíritu racional y despierto pueda imaginar que carezcan de parecidos y mejores habitantes los innumerables mundos que se revelan tan magníficos o más que éste, los cuales o son soles o no reciben menos que el sol los divinísimos y fecundos rayos que tanto nos revelan la felicidad de su propio sujeto y fuente como hacen dichosos a los circunstantes que participan de tal fuerza difundida. Son, pues, infinitos los innumerables y principales miembros del universo, que tienen igual rostro, aspecto, prerrogativas, fuerzas y efectos. Los astros, estimadísimo e ignorante mago indio, son como nuestra tierra, y por eso pueden contener seres como nosotros.

-¿Cuando dices "nosotros", incluyes a mis hermanos?

-Si yo condujese el arado, apacentase un rebaño, cultivase un huerto, remendase un vestido, nadie me miraría, pocos me tendrían en cuenta, raros serían los que me reprendieran o replicaran como tú, y fácilmente podría complacer a todos. Mas, por ser delineador del campo de la naturaleza, preocupado y ansioso de la cultura de la mente y artesano experto en los hábitos del entendimiento, he aquí que quien es mirado me amenaza, quien es observado me asalta, quien es alumbrado por la divina luz de la inteligencia que desciende sobre el pálido fulgor de una vela mortecina me muerde, intenta devorarme. No es uno, no son pocos; son muchos, son casi todos. Si queréis saber cómo ocurre esto, os diré que la causa es la generalidad de la gente que me disgusta, el vulgo que odio, la muchedumbre que no me agrada, y una cosa que me tiene enamorado: aquella por la cual soy libre en la esclavitud,

alegre en la pena, rico en la necesidad y vivo en la muerte; aquella por la cual no envidio a quienes son siervos en la libertad, siente pena en el placer, son pobres en la riqueza y están muertos en la vida, pues tienen en el cuerpo una cadena que los constriñe, en el espíritu un infierno que los abate, en el alma un error que los enferma, en la mente un letargo que los mata; no habiendo magnanimidad que los libre, ni longanimidad que los levante, ni esplendor que los illustre, ni ciencia que los reviva. Ocurre, por eso, que yo no vuelvo atrás, cansado el pie del arduo camino; ni, desganado, sustraigo los brazos a la obra que se presenta; ni, desesperado, vuelvo las espaldas al enemigo que me ataca; ni, deslumbrado, aparto los ojos del divino objeto, mientras siento que la mayoría me considera un sofista, más deseoso de mostrarse sutil que de ser veraz; un ambicioso, que se preocupa más por suscitar una nueva y falsa secta que por confirmar la antigua y verdadera; un engañador, que se procura el resplandor de la gloria, echando por delante las tinieblas de los errores; un espíritu inquieto, que subvierte los edificios de la brava disciplina y se convierte en constructor de máquinas de perversidad. Así, los santos númenes alejen de mí a todos los que me odian, así me sea siempre propicio mi Dios, así me sean favorables todos los que gobiernan este mundo, así los astros me adecuen la semilla al campo y el campo a la semilla, de modo que aparezca al mundo útil y glorioso el fruto de mi trabajo, despertando el espíritu y abriendo el sentido a quienes están privados de luz, pues yo, muy ciertamente, no simulo y, si yerro, no creo, en verdad, errar, y cuando hablo y escribo, no discuto por amor a la victoria en sí misma sino que por amor de la verdadera sabiduría y por deseo de la verdadera contemplación me fatigo, torturo y atormento. Esto lo han puesto de manifiesto mis argumentos demostrativos...

- "Nosotros" eres tú, solamente.

- Oh, serías más sabio que Aristóteles si no fueses una bestia, un pobre diablo, mendigo, miserable, alimentado con pan de mijo, muerto de hambre, engendrado por un sastre, nacido

de una lavandera, sobrino de Pancho el remendón, hijo de Momo, mayoral de las putas, hermano de Lázaro que hace zapatos para los asnos. No propongo al vulgo ni a magos oscuros sino sólo a los sabios que pueden tener acceso a la comprensión de mis razonamientos. Oye, poeta, mago y sacerdote, debes saber que los teólogos no menos doctos que piadosos jamás han obstaculizado la libertad de los filósofos y que los filósofos verdaderos han fomentado siempre las religiones porque saben que la fe es necesaria para la conducta de los pueblos rústicos, que deben ser gobernados, y las demostraciones para los contemplativos que saben gobernarse a sí mismos y a los demás. Por eso llevamos en esta carraca nuestras armas superiores a las vuestras, nuestros caballos, nuestros perros y algunas cruces, para que os sojuzguéis a ellas y nos dejéis las ciencias a nosotros.

-Nosotros significa vosotros.

Cuando Galo marchó a Roma, con libros, apuntes, su telescopio y gran ardor juvenil, a intentar convencer con argumentos y experiencias (bastaba simplemente mirar a través de su *perspicillum*) a los sabios jesuitas de que el sol se estaba quieto y la tierra le danzaba en torno, comenzaron sus males y agraváronse su soberbia y su agresividad. Los maestros lo recibieron brindándole una espléndida acogida: cuanto decía el toruñés, cuanto mostraba el presunto hereje y veían aquellos sacerdotes vigilantes de la recta doctrina era cierto, mas no innegable, pues contra esas evidencias se abalanzaban las palabras de la Biblia: Josué, en un determinado momento, mandó al Sol a detener su carrera, prueba irrefutable de que el Sol se mueve. Galo, controlando penosamente su furia adujo que en todo caso la Biblia enseñaba cómo ir al cielo pero no cómo iban los cielos.

Volvió entristecido a su tierra junto al Vístula, su madre moría esperando la última visión del hijo áspero y severo, ella, dura mujer también, no necesitó nunca antes un rasgo de ternura o simuló no necesitarlo, estaba hecha a la visión del río helado y el paisaje helado,

no podía esperar más que un hijo cubierto de nieve cuyo fuego hervía dentro pero no se manifestaba más que en furia y tozudez, pero ahora sintió que la muerte venía, lo notó en su reblandecimiento que necesitaba una caricia, un beso y una lágrima. Galo no llegó a tiempo. Su madre se fue evitándole educadamente un gesto de aparente debilidad. Lloró en privado el sabio. Lloró la muerte de su Katja, llanto potenciado por la ira ante la injusticia, la convulsión nerviosa frente al no reconocimiento de su superioridad intelectual.

Poco tiempo después aparecen en el cielo tres cometas. Ptolomeo no había hablado de ellos pero de todas formas estaba todo previsto por Aristóteles y la Escolástica: si los cometas se mueven libremente por el espacio y al cabo de un breve lapso de tiempo desaparecen es porque se trata de cuerpos corruptibles e imperfectos que se encuentran en el mundo sublunar y no más allá donde todo es puro, celestial y perfecto. Sin embargo, cuando Galo enfoca su telescopio hacia el primero de ellos y hace las mediciones pertinentes comprueba que se mueven por encima de Cintia, la Luna. No hay, pues, tal perfección en el mundo supralunar, como no la hay evidentemente entre sus opositores los jesuitas, quienes inventarán una explicación: también tienen telescopios y saben utilizar el paralaje para medir la distancia de un cuerpo a la tierra, miran, miden y comprenden que no pueden defender a Aristóteles. Entonces adoptan una solución intermedia: la Tierra seguiría siendo inmóvil, a su alrededor giran la Luna y el Sol. Los cometas serían cuerpos celestes que girarían alrededor del Sol, por encima de la Luna, pero la cabellera del cometa no es una imperfección -inconcebible- sino un caso de refracción de los rayos solares.

Regresa raudamente a Roma, casi sin mirar los caminos, como si se guiara por la imagen del cometa en el fondo de su telescopio.

Al enterarse de la estratagema clerical propone una hipótesis en la que no cree pero ya que no puede repetir la verdad por temor a ser acusado de hereje, al menos se opondrá con lo primero y mejor que se le ocurra: los cometas bien podrían ser un fenómeno óptico como el

arco iris o la aurora boreal y al no ser cuerpos reales ni el telescopio ni el paralaje podían dar explicaciones sobre ellos. Mientras discute y replica en sus escritos desliza otros descubrimientos y hace tiempo; si tiene razón, si los siete planetas giran en torno al sol, Venus deberá tener fases como las de la Luna. En el sistema ptolemaico el epiciclo de Venus está encerrado entre la Tierra y el Sol y por lo tanto Venus siempre muestra fases crecientes, no pasa nunca detrás del sol y no puede mostrarse plenamente iluminada.

Su vehemencia, su furia verbal, le indispuso aún más con las autoridades eclesiásticas. El Santo Oficio pendía sobre él. Huyó hacia las tierras del norte de Europa donde eran mejor recibidos los científicos, especialmente si se mostraban claramente anticlericales. En octubre dirigió su *perspicillum* hacia Venus, que en ese momento estaba en su fase convexa. A primeros de diciembre, cuando el planeta había disminuido hasta una pequeña media luna, adelantaba su descubrimiento en un anagrama. Sin duda eligió esta forma velada de darlo a conocer para tener tiempo de estar seguro de su descubrimiento; Venus podría hallarse siempre detrás del Sol, en cuyo caso volvería a otra fase convexa. Con esta estratagema Galo salvaguardaba también la prioridad del descubrimiento, puesto que otros podían andar muy cerca de él, o robarle la idea (como siempre estaba dispuesto a creer).

No había para ellos palabra de honor, cómo habría palabra de sabio. Para estos falsarios sacerdotes estaba permitido mentir, jurar en falso, matar, desear la muerte paterna para heredar. Lo había escuchado de boca de un notable jesuita: "Uno puede jurar que no ha hecho una cosa, aunque uno la haya hecho efectivamente, diciéndose a sí mismo que no la ha hecho tal día o antes de nacer o en cualquier otra circunstancia similar. JURO QUE NO HE ASESINADO hoy... Tampoco obligan las promesas, cuando uno no tuvo intención de cumplirlas". ¿Qué confianza podía tener entonces en aquellos que le aseguraron no tomar ningún tipo de represalias contra quien vertía hipótesis (¡demostraciones!) opuestas a la escolástica, a Ptolomeo, a Aristóteles?

-No aceptamos vuestras opiniones, la Biblia demuestra irrefutablemente lo contrario. Pero valoramos vuestro amor a la sabiduría. Podéis quedaros en Roma para continuar con vuestras observaciones.

Al anochecer huyó. Sabía que en Amsterdam la sabiduría y la verdad se colocaban por encima de los mareos de creencias obtusas. Pese a la oscuridad, las actitudes solapadas, el frío, la fama del Santo Oficio y la tortura, el poder de sus enemigos, la inseguridad que lo esperaba, se sintió poderoso con su telescopio colgado al hombro como un arma invencible, con sus comprobaciones y sus cálculos que lo ubicaban por encima del torpe vulgo y lo hacían invulnerable a las falsedades vaticanas, por la expectativa también de encontrarse con otros hombres sabios que supieran valorarlo, endiosarlo ya que no era para menos. Holanda, paraíso para los intelectuales que huían de la censura y control del pensamiento que se ejercía en el resto de Europa, país de la tolerancia por las opiniones heterodoxas. La Universidad de Leiden le ofrecería una cátedra a Galo: "sabemos que fuisteis recientemente censurado por los inquisidores de la fe y que vuestras opiniones sobre los movimientos de la tierra y los planetas, las fases de Venus, la causa de las mareas fueron condenadas por heréticas..." serían las palabras de recepción. Pero Galo no llegó al pequeño país gentil, en su camino se interpusieron trabas y peripecias que lo desviaron, aún no se sabe si para mal, de su ruta premeditada.

Había estado en contacto epistolar durante toda su formación con el maestro holandés Qwerty -en primer término- y luego con su casi homónimo Qzerty, intercambiaron información, experimentos, datos, observaciones. Los holandeses se sorprendían carta a carta de la velocidad, capacidad, memoria del toruñés, nunca un pecado contra la lógica, nunca un error de sintaxis, por eso le abrieron todas sus vías de acceso. Ambos eran íntimos amigos del influyente Cluster quien lo enlazaría con las autoridades de la Universidad, apenas el polaco se resolviera a establecerse con una cátedra allí. Nunca le quitaron su

protección a Galo, de manera que era prácticamente imposible que se borraran sus hallazgos. Por eso pensó, ante la amenaza jesuita, huir hacia Holanda; pero aún en su huida lo hostigaron, y cuando se vio amenazado en su ruta al exilio, intentó hacer una pausa, pero de inmediato debió cancelar la idea, en caso de alcanzarlo la infección que lo perseguía lo borraría, le alteraría todos sus archivos, se insertarían en sus hipótesis hasta alterarle su memoria, su sistema de operar (tenían metodología para ello, para convertirlo en un ser irrecuperable, para darle un nuevo formato que hiciera desaparecer en segundos lo que le había llevado años). Galo, intuyendo la proximidad del peligro, decidió hacer una copia de seguridad, un anagrama con sus últimas mediciones, y enviárselo a su amigo el mathematicus y lógico Qwerty, ejemplo de orden de pensamiento y razón, y desviar el rumbo, dejando pistas falsas.

Pagó a un mendigo para que utilizara sus ropas y emprendiera el camino hacia Leiden. El triste no sabía que lo esperaba una horrible muerte a manos de los inquisidores quienes confirmaron en la mutación de la cara de Galo su brujería. Galo sí lo sabía, pero entre un sabio que transformará a la humanidad y un pobre hombre no hay opciones; torció hacia el sur y llegó al delirio de Ratisbona de donde la población huía aquejada de impotencia y esterilidad, donde los miembros entrepernetos desaparecían dejando el asunto liso y llano como el cielo de Grecia. Mezclóse con la turba y su superchería hacia el sur, hacia el mar y de allí al Paraíso.

Seres repugnantes braman por comida y bajovientre. Desdentados, malolientes, pulguientos. Una turba llorosa con el sólo refugio de la picardía y el malcanto. Capaces de argumentar que la semana es mayor que la torre o que el oro es más pesado que los signos jeroglíficos, si supieran qué son. Persuadidos de quimeras, rezando oraciones contra el dolor de muelas, atribuyéndole al sol propiedades curativas y a las tormentas ira de los dioses. ¡Ay de mí, sigo sin reparar en el paso de las horas, y sigo perdiendo mi tiempo en torno a estas

puerilidades! Cómo explicarles que el olor nos da prueba e indicio muy claro de que se desprenden de la materia partes muy sutiles e invisibles, sulfurosas o bituminosas; y no de los ajos y cebollas que se han devorado y expelido como gracia supina. Seres adoradores de las oscuridades de la boca y del ojo del culo, no del ojo de la experimentación y la boca del raciocinio. Prestan fe a cosas pasadas sobre las que ya nada se encuentra ni se ve y las cosas permanentes, presentes, públicas y publicadas... las demostraciones escritas, puras, geométricas, perfectas y necesarias son desconocidas o despreciadas. ¿Deberé debatirme entre los pecados contra la lógica de los sinuosos jesuitas y la estulticia bovina de estos pordioseros del intelecto? ¿Por qué los de razón despierta se aferran temerosos a un sistema caduco? Han sido capaces de contratar una inteligencia superior como la de Tycho, montarle una ciudad observatorio a cambio de que invente una inicua explicación contra mis observaciones, y las de ellos, haciendo girar tontamente a los planetas en torno al sol pero a éste alrededor de la tierra inmóvil para no contradecir la Biblia. La Biblia no enseña cómo se mueven los cielos. Josué pidió que se detuviera al Sol porque su ignorancia le impedía entender que quien giraba era su propio suelo, y Dios no podía perder el tiempo en explicarle al torpe conquistador que debía observar mejor el libro de la naturaleza, porque el pobre hijo de Nun no habría podido leerlo, aunque hubiera vivido otros ciento diez años. Las únicas mediciones las haría para repartir las tierras que pisaba desde el desierto y el Líbano hasta el gran río Eufrates, toda la tierra de los Hetheos hasta la gran mar del poniente del sol. Solamente meditaría, día y noche, sobre las leyes que le dictara Jehová. Si Este pudo secar mares y ríos a su paso, destruir murallas de ciudades al son del grito y las bocinas de cuernos de carneros, podría detener el curso de la Tierra, mas no era necesario que le explicara cómo lo hacía ni qué ocurría en realidad; como alguien no avisado podría suponer que en Jericó se salvó solamente Rahab por ser ramera y que tal condición u oficio era salvoconducto para Josué. ¿Acaso Jehová le explicó a Abraham por qué debía sacrificar a su hijo, o cómo se

habían multiplicado infinitamente las ranas bajo la vara de Aarón invadiendo la casa del Faraón, su cama, las casas de sus siervos, sus hornos y artesas? ¿Les dio, tal vez, a los hebreos la fórmula que les permitiera abrir el mar Rojo, los ingredientes y la receta del maná? Si no les mostró ningún gráfico, ningún cálculo, ningún teorema... qué esperan los jesuitas, que Dios dicte cátedra o haga milagros: No me imagino a Jehová dándole a Moisés las tablas de multiplicar. En el principio creó los cielos y la tierra combinando para esta última cinco libras de piedra, dos partes de agua, un décimo de pastos. ¡Bestias literales, precisamente no coméis el pan con el sudor de vuestra frente! ¿Si seguís a pie juntillas el capítulo décimo, versículos doce y siguientes de Josué por qué no el resto, como por ejemplo Exodo, cap.20 vs.23? Josué,cap.10, vs.12 y sg.: "Entonces Josué habló a Jehová el día que Jehová entregó al Amorrheo delante de los hijos de Israel, y dijo en presencia de los Israelitas: Sol, detente en Gabaón; y tú, Luna, en el valle de Ajalón. Y el sol se detuvo y la luna se paró, hasta tanto que la gente se hubo vengado de sus enemigos. ¿No está aquesto escrito en el libro de Jasher? Y el sol se paró en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse casi un día entero."

No hagáis conmigo dioses de plata, ni dioses de oro os haréis. Dice Jehová a su pueblo; ¿qué dirá viendo el boato del Vaticano, el lujo con que vivís, la lujuria en que estáis sumidos?

Sé más que todos los cardenales juntos y voy rodeado de asnos. En Leiden morirían por oírme, aquí rebuznan ante mi silencio, deseosos de escuchar una blasfemia, una mentira de brujerías, una alusión soez. Y este clima malsano multiplica mis dolores, las manos como piedras que se endurecen cuando intento observar las caras de Venus. Y a mi alrededor la multitud sólo tiene en su vocabulario las mil voces que definen al pedo, el culo, la mierda y el falo.

Quando el gran Thibaut se va a la cama

con su nueva mujer,
un gran mazo apresúrase a esconder;
pero lo ve la dama
y le dice "Mi bien, ¿qué vas a hacer?"

"Amor mío, si te he de taponar,
que lo haré bien con esto yo calculo".
"Mira: si no te quieres molestar,
a mi buen Juan debieras imitar,
que siempre me atacaba por el culo."

Qué placer les ocasiona la sola mención del órgano sacro! Mencionadles por acaso un teorema, intentad una reflexión, un silogismo y se reirán tanto como de los versos soeces y los cuentos adúlteros.

Al cagar olí antesdeayer
el tributo que mi culo pagaba;
y el olor me hizo temer
que allí mismo me asfixiaba.

¡Quién me hubiera podido traer
la mujer que yo esperaba
cagando!

¡Qué bien le hubiera sazonado
su mingitorio a mi manera lerda,
si ella me hubiese ayudado

con sus dedos a desalojar mi mierda

cagando!

Y en el otro ángulo del cuarto, los hombres puros. ¡Cardenales, obispos, papas! Hoy día todo lo que implica algún trabajo se lo encomiendan a San Pedro y a San Pablo, que tienen sobrado tiempo para estas cosas; pero todo cuanto sea esplendor y regalo, recábanlo para sí. Ellos piensan que vivir pobres es cosa de plebeyos y que pensar es herejía que subvierte. ¿Cuántos han comprado la tiara a costa de su fortuna, y una vez comprada la conservan por la espada, el veneno y todo género de violencias? "Todo lo hemos dejado para seguirte" dice el Evangelio, y ellos poseen tierras, ciudades, vasallos, cobran impuestos, y distribuyen treinta dineros para que un desesperado monte su lujosa ciudad observatorio con el fin de no observar sino lo que le dicta la mano que le da de comer. Pero es claro que los libros sagrados defienden la necesidad y la colocan por encima de toda sabiduría, y los empurpurados mis enemigos se atienen sí a esos pasajes bíblicos.

Frente a espejos finamente bruñidos, de obsidiana o piritita se observan, cuidan su piel con cremas, lociones, perfumes, como damas. Ebrios de buganvillas. Con narcóticos de oriente o ninfas de las indias, convierten sus crímenes y aberraciones en sueños plácidos. En costumbres búlgaras sumidos; con sus propias hijas e hijos revueltos, ora arriba ora abajo, ya en el medio. Y todo en recámaras propias, ajenas, y en jardines de palacios a la vista del mundo cortesano que participa democráticamente junto a sus monarcas terrenos y divinos, ora abajo ora arriba, ya en el medio. Y luego los reyes nombran a papas y obispos padrinos de sus hijos, y no padres -jerarquía que le otorgan en privado. Las misas son menos frecuentes que las fiestas. Los cardenales portan espada, tienen una corte personal y viven rodeados por varios centenares de servidores. Cuando no pasan las noches ocupados en ir arriba, abajo o al medio, juegan apasionadamente a las cartas. El avaro rey francés enjaula en

sus famosos hierros a uno de sus cardenales por perder dos mil ducados a manos de otro ministro de Dios. Ciertamente algunos cuidan al menos de las apariencias y casan a sobrinos con sus amantes para que se conviertan en padres de sus hijos anteriores y posteriores. Se llega a Papa prostituyendo a la hija con un cardenal, al hijo con otro, amenazando al más senil en un corredor oscuro del Vaticano, comprando al resto, envenenando a los que no aceptan ningún trato por tenerlo ya con el otro papabile poderoso. Se posee a la nuera, se compra y vende una noche (una tarde, un mediodía) con la hija del barón tal, la esposa, la madre si el gusto lo requiere. La sífilis está a la orden del día, mal francés, morbo galo, morbo itálico. Girolamo Fracastorio, médico y poeta, escribe en latín el largo poema Syphilis sive de morbo gallico. Por supuesto que el vate muere de inspiración. Nadie se libra del mal, el papa Alejandro cuenta que en una reunión del Sagrado Colegio todos los presentes padecían la enfermedad mientras los ausentes se cuidaban en sus palacios. No sólo estaban contagiados los cardenales, buen número de sacerdotes y laicos. El cardenal de Segovia estaba tan gravemente afectado que el Papa lo eximió de inclinarse ante él.

Cantarella, gusto a azúcar y efecto mortífero, sífilis, parricidio, arriba abajo en medio con la hija, el hijo, monjillas cautivas, principitos, nada de oración, nada de perdones, espada al cinto, veneno en el anillo, asesinos a sueldo. Cantarella e incesto sí, pero nada de mover la Tierra, hijo, que la Tierra se está quieta y es el Sol, piensa en Josué, el que se mueve.

Hasta el vulgo ruin se burla a su modo grueso de la concupiscencia de sus jefes espirituales, cantando coplas picantes, contando cuentos desfachatados, mezclando en su pobre conversación refranes y dichos que los tienen por protagonistas.

-Te cortaré los cojones al rape del culo, sin dejarte ni un pelo.

-Sal de ahí mujer, que de esa forma nunca llegaré a ser Papa.

-Es cierto lo que tu esposo dice, Aldana, que no llega a Papa quien testiculos non habet.

Nada de morir con los genitorios llenos. Si es preciso se le expurgará al moribundo su jugo a bocanadas aunque esté ya con medio cuerpo en el cajón de roble. Nada de contener, nada de aguantar, lo que se quiere se tumba y a otra cosa, que la mujer es como la teja, si no se clava se vuela. ¡A descargar la méntula, a descargarla cuanto se pueda! que el no uso ocasiona malos pensamientos, quimeras de la mente como creer que la tierra danza en torno al Sol y otras locuras de cometas y planetas médiceos producidos por una verga ociosa que fermenta sus jugos y los evapora densos obnubilando los ojos. ¡A desvirgar doncellas y doncellos, que pasan los cometas! Y con lo que tengas a mano, hermano: cañón o cañucela, vergazón o alfilerillo, palo mayor, faro de Alejandría, recuerdo de Constantinopla, cuerno, chichoncillo, verruga, pico, hilo, fideo de Marco Polo, hermano que todo es bueno, una, dos, tres, doscientas veces al día, sobre la tarima que cruje, bajo el agua, cayendo de la terraza, con un dedo, con la mano, por la retaguardia, con la retaguardia, provocando mutismo o sordera, contra un semejante y de ida y vuelta, con el cosillo, con la cosita, con un cosón; blandito como pescado, duro como vizcaíno, de arriba pabajo en zambullida al aljibe, de abajo parriba cazando palomas. Contra las hembras, contra los hombres, como los griegos, como romanos, como búlgaros, como tontos, como labriegos y cortesanos, con apoyo, de puntillas, de rodillas, afirmado, pero métele palante que se viene el fin del mundo y te quedas esperando el Juicio final con la verga dura que es una vergüenza la escena del Dios pasando y sopesando el alma delante de todos los hombres desnudos y tú ahí, hombretón, con los ojos caídos por tus pecados y el palo enhiesto por no aprovechar el tiempo. Y no me retruques con el consabido "mira que te mira Dios, mira que te está mirando", que ahí se te quedará mirando y Dios sabe qué te dirá. Aparte, y aquí entre nos, ¿tú crees que te salvarás del Infierno o al menos del Purgatorio? y entonces, hombrecillo, qué más te darán por el uso del colgajo. ¿O es que crees que te lo han hecho pa juntar olor y pústulas? ¿No has visto que al Adán lo echaron por querer ser sabiondón y no por darle a la matraquilla? El primer

hombre, según me han contado, la tumbaba a la Eva que ni tiempo tenía de juntar coles pal almuerzo, y Jehová, ni esto le decía. Pero bastó que el tío y la tía quisieran hacerse los filósofos pa ver si la Tierra se estaba quieta o se removía y manotearan el famoso árbol y al coño con los primeros padres, vayan pa fuera, que si te he visto no me acuerdo, lárguense mirones y a matarse como borricos laburando ya van a ver qué poco tiempo les queda pal movimiento. Y a la Eva, joder, ahora se te ha acabado lo lindo pues cada vez que gimas bajo tu muchacho no podrás dejar de acordarte de los gemidos que te vendrán nueve meses después. Así que ándale nomás, déjate de cosas, sacúdelo, sácale el jugo, háztela masticar, sobar, babear que es golosina preciada de las gordas y las altas, las enanas y las viejas, la que no lo ha probado no duerme por él y la que lo ha hecho no duerme por repetir el primer plato con el esposo, el vecino, un labriego que pasa, el señor cura -Dios perdone-, y si se cuadra burro o perro no le hace asco al bulto.

Hoy comamos y bebamos

y cantemos y folguemos

que mañana ayunaremos.

Embutamos estos panchos

estas hembras aplastemos

que mañana ayunaremos.

Y no pierdas el tiempo, hermano, usando capuchones como los reyes, que se calzan unas medias en la tercera pierna, como bolsitas con un nudo hechas de lino e impregnadas con sales de mercurio y carbón de leña; o de tripas de ovinos; o revestidos en terciopelo y seda. Nada, hermano, que se pierde el tiempo colocándose esa armadura blanda antes, y sacándose y lavándolo para usarlo en otras ocasiones, después. Nada, qué, a lo hombruno nomás, a lo burro, te le pegas un brinco encima y le sacudes el mobiliario así de arrebatado. Para qué tanta cuestión, si se apestan igualmente los reyes y los bueyes, los obispos y sus

hijos y hasta las doncellas -que no han tenido de frente ningún encontronazo como lo prueba la primera sangre de la boda- aparecen una buena mañana con las bubas, maldito el Diablo, haciéndoles arder el ojo músico como si hubieran comido un árbol de ajos lleno de panales de avispas y abejas. Y nadie sabe cómo ha sido, si son tan vírgenes como la misma madre que las parió.

-Hago votos a San Fallopio, que a ellas sí les hará gracia el trajecillo del muchacho. Véanlo con su pompón en la cabeza y borlas a los lados que tal vez les hagan cosquillas allí dentro. Y todo viene bien en el trance: placer, dolor y cosquillas y un manazo en las costillas, me aconsejaba mi abuela cuando me hice mozo. Placer, dolor y cosquillas y un manazo en las costillas, o un fuerte pellizco pa que se vea quien gobierna qué cosa: ella es el bote y uno el remo, ella la olla y uno cucharón. ¿Te imaginas todo desnudo y con el niño de gala?

-Si parecerá marioneta...

-Verdad! ¿Podrá dibujarsele una nariz y unos ojillos?

-Por qué no. Incluso ponerle brazos con sus manos portando una azada.

-Ellas no se quejarán, de seguro.

-A mi Pancha, a esta altura del uso que le ha dado, no le hace mella ni que el monigote vaya montado.

-Eso, Juan, según cuánto calce el potro, ya que el jinete es chato.

-Que sí, pregúntaselo a tu hermana...

-Vamos, compadre, no nos vanagloriemos, que todos sabemos por qué nos vamos de Ratisbona.

-Tienes razón, pero a tu hermanica la conozco desde antes de este mal trago, y le hice más descubrimientos por dentro que tu santo Gabriel Fallopio.

Erase Galo un hombre con una nariz pegada, pues en cierta ocasión andándose por las calles de Florencia con su telescopio ceñido como espada y su soberbia en uno de los puntos más altos topóse con un escudero venido a menos que de los viejos tiempos solamente conservaba algo de su valor y unas migas en la pechera. Se toparon, miraba el cielo el sabio, escuchaba su estómago suplicante el otro. El uno con las ínfulas por las nubes al haber visto las caras de los nobles al bajar de la torre de San Marcos después de ser deslumbrados por mirar de tan cerca las lejanías y habiéndose retrepado su ánimo aún más allá de la torre y las cirros; y el otro con el furor bajo la capa pues el hambre y la hacienda no iban a la par con su condición escuderil. Se toparon, entonces, el furor y la soberbia: un leve rozón de hombros en una esquina hubiérase solucionado en otra ocasión con un par de disculpas e incluso hubiere sido posible generáse una amable plática de caballeros y un entrecuzarse invitaciones. Pero Furor soltó inmediato el insulto, que su lengua vacía de vino y fiambres estaba agriada, y Soberbia no descendió de su carro triunfal: le duplicó y quintuplicó los insultos, los aumentó tantas veces cuantas el perspicillum acercaba la luna y los barcos. Furor desenvainó la espada, Soberbia lo golpeó con el telescopio y en un revoltijo de puñetazos y planazos, el escudero le cortó la nariz. Le manó tanta sangre que creyó haberle dado muerte. Se le aplacó el furor y le asomó el miedo a la cárcel, la tortura y la justicia, y huyó, dejándolo al pobre Galo en un charco, semidesmayado pero con su antejo de veinte aumentos forrado en papel, fuertemente asido. Rápidamente corrió la noticia por toda la ciudad y llegó a oídos del duque de Cheria, que estaba más interesado en mirar a través del catalejo que en la nariz perdida, espectáculo este último nada despreciable. Lo hizo llevar hasta su casa y allí fue asistido por el médico Villena, un joven y notable español que estaba realizando experiencias de trasplantes: había injertado en un príncipe infortunado en la guerra una mano de hierro capaz de mantener una espada ; y se decía que también estaba habilitado para endurecer y alargar miembros vencidos por la edad, pero no estaba dispuesto

a divulgarlo por temor al Santo Oficio y al exceso de requisitorias. Villena observó al mutilado aún desvanecido, y a pedido y cuenta del duque realizó un trabajo admirable con oro y plata. Una hermosísima nariz que respetaba la firmeza de los rasgos del toruñés quedó fijada a su cara.

Galo despertó entre sábanas de holanda y manjares. Rodeaban su lecho el duque, la duquesa, el doctor Villena y servidumbre. Recordó el episodio y preguntó de inmediato por su cilindro mágico. El duque le señaló sin palabras, con una sonrisa amable y tranquilizadora, una mesita sobre la que descansaba el telescopio. Intentó tocarse la cara, tenía vendada buena parte del rostro dejando al descubierto la boca y los ojos.

-¿Cuándo me sacaréis esto, me siento extraño?

Unos días después, al despertar notó su cara liberada, se llevó la mano al rostro y palpó frío. Sobre una delicada mesa de noche descansaba un espejo. Se sintió espantado, quiso arrancarse el extraño aditamento pero era imposible. Con furia, sin aceptar ninguna explicación, sin dar -por supuesto- las gracias, se retiró.

No le importaba su rostro, hubiera podido sobrellevar una giba, orejas de elefante, o una mano con seis dedos, pero temía el ridículo. Él, sabio, dominador de los números y las técnicas, él, ante quien se rendían los cálculos y Aristóteles, él que no temía contradecir los libros sagrados temía sí al ridículo. Y una nariz no era fácil de esconder. Una nariz de oro y plata como espolón. Una narizota de borracho abstemio. Un pedazo de tesoro al alcance del ojo de cualquiera: Más de una vez jaláronse la con fuerza y angurria, pero el maldito Villena había hecho un buen trabajo. Por qué no una cojera, pensaba, por qué no una oreja faltante bajo el pelo hirsuto. Pero esta estrepitosa campana llamando a toda la feligresía de burlones. Intentó tinturas, cubiertas, alquimias, mas sólo conseguía amplificar el brillo o el contraste. Finalmente optó por una actitud agresiva y desafiante acorde con su temperamento. Nadie podía mirarlo a los ojos porque el sabio le clavaba tal fuego que se opacaba el brillo de su

nariz, de manera que ostentaba el apéndice como una lanza en ristre a punto de ensartar al enemigo. Los jesuitas, luego, ante la tosudez científica de Galo lo amenazaron sutil e indirectamente de procesarlo por brujería. Ese oro era una herejía tan grande como pretender que el Sol estaba fijo. Además, la Inquisición, andaba rondando a Ambrocio Villena y nada de su vida se les escapaba. Sabían incluso que ese no era su verdadero apellido sino tal vez un seudónimo que escondía sangre judía. El cirujano venía de Francia, no de España, hijo de padres pobres había comenzado a estudiar con el cura de su aldea natal, cerca de Laval. Luego trabajó en una barbería donde además de rapar barbas y cortar el pelo aprendió a sangrar, vendar heridas y sacar muelas. Después de un oscuro período de tres años, en el que los inquisidores suponen aprendizajes non sanctos y tratos demoníacos, fue a París convertido en un sabio aunque sin saber absolutamente nada de latín, manejaba el bisturí, hacía dar a luz a las mujeres muertas, curaba con extraños ungüentos de su inventiva. Cómo construir e injertar en un hombre una mano de hierro que se mueva como la mano de Dios, sin intervención demoníaca? Cómo colocar dientes en las bocas vacías y ojos en las cuencas muertas?

-¿Cómo le han transmutado en oro y plata la carne de su nariz, Galo?- pregunta insidiosamente el defensor de Ptolomeo y Josué.-En cualquier otro sospecharíamos, pero no en quien deja de lado sus errores ante la evidencia de las palabras bíblicas. ¿No es así?

Con la edad y el temor a quedar en ridículo, de su cara irían desapareciendo los gestos que habían resaltado todavía más su nariz al quedarse ésta quieta cuando el resto de su rostro se arrugaba, se fruncía, sonreía irónico o levantaba una ceja. A veces le dolía, por exceso de calor o de frío. Su frente se perlaba habitualmente de sudor que le caía por el entrecejo y de allí en tres canales como los tres ríos del Edén: por el centro, acrecentando los brillos y luminosidades amarillas; por los lados, remarcándole la diferencia de materiales. Más adelante las gotas fueron encontrando un nuevo y raro cauce: el uso constante del telescopio

le provocaría una marca como cicatriz, una muesca en el tabique, como sello del constructor, quien le recomendó cuidarla solamente del agua regia. La respiración no sufrió cambios, pero su voz adquirió sonoridad de trompa y algunos le llamaron Jericó porque al enfadarse, cosa común en Galo, tronaba con tal ululación que temían derribara las murallas. El grumete se inspiró en él para intentar un soneto que nunca concluyó aceptablemente, su fuerte eran las historias:

Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz tan amarilla
que los rayos del sol que tanto brilla
semejan una sombra a su lado...

Versos realmente malos, quizá a excepción del primero que promete más y llega a muy poco.

En medio de la cohorte de despojos a la que se sumó en Ratisbona para desorientar a sus perseguidores, pasó menos desapercibido por su soberbia que por su espolón rutilante. Inmediatamente lo hicieron a un lado y le pusieron el mote de Maestro de Arriba porque realizaba dos tareas, miraba el cielo y hablaba desde él a los mortales. Su manera de no involucrarse en asuntos cotidianos, era de suma utilidad para mantener la mente alerta aunque nada de lo que lo rodeaba le pasaba desapercibido. Podía escuchar los cuentos soeces de sus compañeros de éxodo y realizar complicados cálculos matemáticos, pero simulaba ser el tipo de sabio que por mirar al cielo cae en un pozo, aunque sin caer -por supuesto- a ningún pozo, porque temía más al ridículo que a sus perseguidores.

Dejó crecer y crecer su barba, y alargarse la cabellera. Era una masa de pelos con un oro en medio, como haz de paja que comienza a incendiarse por dentro. El fuego de la nariz le iluminaba la pelambre convirtiéndolo en barbitaheño, más barbirrojo de día que de noche, y más aún a pleno sol que bajo una nube. A su alrededor había barbiponientes, barbilucios,

barbiblancos, barbinegros, barbicanos, barbrrubios, barbrrucios, barbihechos, barbriespos, un barbilampiño, otros barbitaheños como él pero ningún barbinarigueño. Movíanse a su paso desorejados, gibosos, mancos, una mujer toda verruga, muchos hombres sin pene o muertos del miembro por brujería, pero ninguno tenía apósitos de oro salvo algún arete insertado en el lóbulo a lo gitaniillo.

Vestido de harapos mendicantes, con un extraño tubo que acercaba objetos lejanos, su nariz de oro puro entre una peluquería tornasol. Pero lo primero que llamaba la atención era

su soberbia: hablaba con voz de corneta metálica desde las cimas del Olimpo con un profundo menosprecio por todo aquello que no fuera razonable y medible. "Oh, calla, lo que has dicho es un pecado contra la lógica". Los humildes le temían, se burlaban de él sólo a sus espaldas pero agachaban la cabeza incluso cuando el sabio se dignaba hablar para agredirlos con sus ironías y mordacidades. Lo admiraban; especialmente cuando con un gesto ampuloso les "permitía" continuar con sus vulgares historias porque al verlo habían enmudecido respetuosamente. Y todos secretamente, con temor, odiaban como él a las castas clericales que engordaban y holgaban mientras los labriegos se doblaban sobre la tierra para seguir ayunando a la fuerza. Por otra parte era capaz de desarmar con su gesto de desprecio y furia al más pintado y pendenciero, hecho este que -como es sabido- despierta una admiración casi beatificadora, y enaltece a quien ya se sabía en lo alto.

Pero Trampantojo no le temería luego en la carraca. Tampoco dejará de contradecirlo con sus frases cortas y dificultosas. Por eso lo encadenará bajo la sentina, para dominarlo. Él, que se había enfrentado a los temibles, sin temor, veríase doblegado por un pobre indio que regresaba penosamente a su tierra. Repetía a los inquisidores que negaban su ciencia, ante un ser extraño que no aceptaba sus silogismos.

-Mi nueva ciencia, fundada en la lectura del gran libro de la naturaleza y no en creencias y fábulas, hará posible al hombre volar. En Florencia, un gran sabio construye secretamente naves del aire, y el griego Arquitas fabricó en el pasado un pájaro mecánico que surcaba los cielos a su orden.

-Ya vuelan nuestros hermanos los pájaros.

-Tiempo vendrá en que las estrellas sean nuestras. El hombre, montado en gigantescas balas de gigantescos cañones será enviado a conocer los astros, a entablar contacto e intercambio con los seres que allí habitan. Porque no hay en la naturaleza nada más antiguo que el movimiento, acerca del cual los filósofos han escrito muchos y extensos volúmenes;

pero entre sus propiedades, que son numerosas y dignas de conocerse, encuentro no pocas que todavía no se han expuesto ni demostrado. Se ha fijado la atención en algunas de escasa importancia como por ejemplo que el motum naturalem, movimiento libre, de los graves que caen aumenta continuamente; pero no se ha averiguado hasta ahora en qué proporción se realiza la aceleración, porque nadie, que yo sepa, ha demostrado que los espacios recorridos en tiempos iguales por un móvil que cae partiendo del reposo, son entre sí como la sucesión de los números impares empezando por la unidad. Se ha observado que las armas arrojadas y los proyectiles describen una línea curva, pero nadie ha dicho que esta curva es una parábola, como lo demuestro yo, lo mismo que otras cosas dignas de saberse y lo que es más importante, dejaré abierto el camino y el acceso a una vastísima ciencia cuyo fundamento se halla en estas investigaciones y en la que otros ingenios más agudos que el mío podrán llegar a mayores profundidades y mayores alturas, aprovechando del estudio y conocimiento de los objetos de la natura para un mayor crecimiento de las potencias humanas y un inigualable desarrollo de las técnicas que permitirán al hombre llegar en gigantescas balas lanzadas por gigantescos cañones describiendo vastas parábolas a la luna y los otros planetas que giran en torno al Sol, e incluso más allá, a otras lunas y otros planetas de otros soles que brillan lejanos, donde hombres con otros aspectos y otras ciencias intercambiarán con nosotros su sabiduría...

-¿Llevaréis vuestras armas y vuestras cruces? ¿los encadenaréis a las gigantescas balas de los gigantescos cañones para dialogar con ellos? ¿Los mataréis para quitarles sus oros y sus piedras y construir os narices? ¿Les haréis conocer vuestros buenos dioses quemándolos con hierros rojos y quitándoles sus mujeres?

-¡Ah, pequeño como el Almirante! Las inteligencias gobiernan, qué importa que los estómagos sufran. Hay un tiempo para amar y otro para odiar, dice el Eclesiastés, tiempo de dar y de recibir, de reír y de llorar, de plantar y de cosechar... y del mismo modo hay seres

para gobernar y hombres para obedecer. Uno debe ir arriba y otro abajo; uno aplasta, otro aguanta; uno procrea y otro cría. Y a vosotros os ha tocado hacer el trabajo para que nosotros, los sabios, continuemos ascendiendo hasta un punto en que quizá ni siquiera sea necesario trabajar, enfermarse ni morir. Creo que la nueva ciencia podrá mejorar la vida y alcanzar el Paraíso. No el del torpe Almirante, no el de los pobres ansiosos de tetas, no el Edén de los que ansían un trocito de oro, ¡no! ¡el Paraíso del Arbol de la Ciencia! La fruta que el dios de la Biblia prohibió y siguen prohibiendo sus epigonos, pero plantada por el mismo Hombre, por la Humanidad; no ofrecida por un animal rastrero y negada por un Ser Supremo Egoísta y Caprichoso. La Cruz que os llevamos, es un mástil para el Almirante y quizá para la Reina; para mí es una espada y un cetro.

CAPITULO QUINTO

En la cubierta los marinos cuentan historias y miedos. Monstruos de todas las clases, pelajes y tamaños. Pentol dice que en un viaje anterior vieron sirenas, no tan hermosas como las describieron los antiguos, con caras bigotudas de hombrones, pero sirenas al fin: cuerpo de mujer, pero sin muslos blancos. Inspirado en ellas, cualquiera podría haber escrito los versos más tristes, escribir por ejemplo la noche está estrellada y tiritan los astros a lo lejos, con una enorme desilusión y una necesidad de labriego salvaje que no puede socavarla. Tal vez el Mediterráneo haya sido más propicio para la belleza que este espantoso Mar de las Tinieblas. Porque en los lejanos tiempos de griegos y romanos hubo más seres extraordinarios: centauros sabios, caballos voladores como Pegaso.

El caballo alado que salvó a una mujer hermosa.

-¿Cómo es esa historia, bachiller?

-En la ciudad de Yope, en la lejana Etiopía, vivían el Rey Cefeo y su esposa Casiopea. Tuvieron una hija hermosísima llamada Andrómeda. La Reina cometió un día la soberbia, aunque razones no le faltaban, de decir que ella y su hija eran más bellas que las mismísimas Nereidas, ninfas o sirenas que habitaban con su padre Nereo en el fondo de los mares. La

escucharon y fueron ante su Rey, Poseidón, a pedir justicia. El señor de las aguas envió contra la ciudad un diluvio y una monstruosa bestia marina para que arrasara Filistía. Cefeo consultó el oráculo de Amón y éste le dijo que su única esperanza de salvación consistía en sacrificar a Andrómeda al monstruo. Así pues, sus súbditos lo habían obligado a encadenarla a una roca, desnuda con excepción de algunas joyas, y dejarla allí para ser devorada.

-¿Filistía?- preguntó el Grumete o pensó en voz alta. Nadie le contestó. Nadie mira a un grumete salvo que esté adornado con las virtudes de Pepillo.

Y Perseo la salvó montado en su Pegaso volador. Perseo para salvar a su madre, y esta es otra historia, tenía que conseguir la cabeza de la Gorgona Medusa, que tenía serpientes por cabellos, enormes dientes, la lengua colgante y una cara tan espantosa que petrificaba a quien la mirara. Atenea, enemiga del monstruo, decidió acompañar al hijo de Zeus, Perseo. Primero lo guio hasta la ciudad de Dicterión en Samos, donde se exhiben imágenes de las tres Gorgonas para que la distinguiera de sus hermanas Esteno y Euríale, que son inmortales; luego le advirtió que no mirara nunca a Medusa directamente, sino a través de un espejo, y le proporcionó un escudo muy pulido. También Hermes lo ayudó dándole una hoz irrompible para que pudiera cortarle la cabeza. Pero Perseo todavía necesitaba un par de sandalias aladas, una bolsa mágica para contener su trofeo, y el oscuro casco de la invisibilidad que pertenecía a Hades. Todas estas cosas estaban al cuidado de las ninfas del Éstige, a quienes Perseo tenía que recurrir para conseguir las; pero las únicas personas que conocían su paradero eran las hermanas de las Gorgonas, las tres Grayas, que se asemejaban a cisnes, y que solamente contaban con un ojo y un diente entre las tres. Así pues Perseo salió en busca de las Grayas que estaban en sus tronos al pie del monte Atlas. Se acercó a ellas arrastrándose sigilosamente, se apoderó del ojo y del diente mientras lo iban pasando de una a otra hermana, y se negó a devolvérselos hasta que le dijeran dónde vivían las ninfas del Éstige. Entonces Perseo recogió las sandalias, la bolsa y el casco de manos de las ninfas y voló rumbo al oeste al país de los hiperbóreos, donde encontró a las Gorgonas dormidas

entre formas erosionadas de hombres y animales salvajes que habían sido petrificados por Medusa. Fijó la mirada en el reflejo del escudo, Atenea guio su mano, y cortó la cabeza de Medusa con un solo golpe de su hoz; hecho lo cual, y causándole gran sorpresa, brotaron de su cuerpo sin vida, completamente crecidos el caballo volador Pegaso y el guerrero Crisaor que sujetaba una espada de oro. Perseo metió la cabeza en la bolsa y huyó. Esteno y Euríale se levantaron para perseguirlo pero se hizo invisible con el casco y escapó sano y salvo en dirección sur. A la puesta del sol, Perseo se posó cerca del palacio del Titán Atlante a quien, como castigo por su falta de hospitalidad, mostró la cabeza de Gorgona y lo convirtió en una montaña, y al día siguiente giró en dirección este y voló a través del desierto libio, junto con Hermes que lo ayudaba a sostener la pesada cabeza. Por el camino dejó caer el ojo y el diente de las Grayas en el lago Tritón; también cayeron algunas gotas de sangre gorgónea sobre la arena del desierto llenándolo de serpientes venenosas. Perseo se detuvo para refrescarse en Quemis, lugar de Egipto, y luego continuó su vuelo. Cuando dobló la curva que forma la costa de Filistía avistó a una mujer desnuda encadenada a un acantilado, y se enamoró de ella al instante.

-¿Andrómeda?

Perseo voló hacia ella. Inmediatamente vio a los padres, Casiopea y Cefeo, y se posó junto a ellos, que prometieron aceptarlo como yerno si rescataba a Andrómeda y destruía al monstruo. Perseo alzó vuelo en su caballo alado y decapitó al monstruo con la hoz de Hermes. Los padres no quisieron cumplir su promesa y sobrevino una lucha en la que Perseo derribó a muchos adversarios y petrificó a los doscientos restantes con la cabeza de la Gorgona. Poseidón colocó las imágenes de Cefeo y de Casiopea entre las estrellas, y más adelante Atenea puso la imagen de Andrómeda en una constelación más insigne pues ella había insistido en casarse con Perseo a pesar de la desconfianza de sus padres. Perseo regresó apresuradamente a Sérifos, llevándose consigo a Andrómeda. Fue mal recibido y se vio obligado a exhibir nuevamente la

cabeza fatídica convirtiendo a todos en piedra. Luego entregó la cabeza a Atenea y Hermes devolvió las sandalias, la bolsa y el casco a la custodia de las ninfas del Éstige.

Durante la noche en la nave reina otro clima. Ido ya el sol sofocante que mata hasta los piojos, el viento sopla frío y agua contrayendo los cuerpos antes dilatados. Galo domina la cubierta con su ojo mágico haciendo observaciones para enemistarse aún más con el clero. Venus muestra fases como la luna y esto lo alegra. Una señal lo perturba: hacia el norte, en la constelación de Casiopea, una estrella llamada Peregrina crece e ilumina más que Venus. Él sabe de estos incrementos, explosiones de soles lejanos; ha habido otros en el pasado: en la constelación de Ofiuco... No quiere distraerse de su objetivo, pero Peregrina lo atrae como un amor adúltero. Está todo acordado, piensa, el cielo no es perfecto e inmutable como lo muestran los cometas, los cráteres de la Luna, las manchas del Sol, esta estrella variable que quizá explota para luego morir. La hermosa Casiopea, sentada junto a su hija y su esposo, es una letra eme que Alguien dibujó en el libro de la naturaleza. Una eme que llama la atención con su Peregrina como linterna, stella nova que ilumina la esfera celeste mas no tiene suficiente luz para esclarecer las mentes de los jesuitas. No puede evitar un instante de furia al recordarlos, pero sus raros espejos le diseñan una sonrisa de triunfo.

Abajo están ellos con el seso en el ajo y la vista perdida en féminas ubérrimas. Hombres necios. Sólo quieren su pan y su cebolla, y erguir el miembro. Abajo, como los depósitos, como los roedores. Arriba anidan las lechosas estrellas, llenas de la luz de la razón. Arriba estoy yo viéndolas. Oh, pequeños seres que moráis bajo cubierta, encadenados a la tristeza del estómago como el maldito Trampantojo. Maldito y peligroso, más peligroso que los jesuitas. Los jesuitas defienden un orden racional erróneo y caduco, mas finalmente aceptarán mi doctrina: las máquinas volantes, mi síntesis del movimiento, la mágica energía de la naturaleza curando

enfermedades y mostrándonos otros mundos los convencerán, la razón engendrará convencimientos que deberán acatar. Pero allá abajo... abajo reina la sinrazón, la magia. Trampantojo pretende que sus sucios paisanos vivan como viven los hombres sabios. Torpe, la maravilla de la cúspide afilada requiere una extendida base. Como una pirámide.

1. Dios es razón.
2. La pura razón gobierna el universo mundo.
3. La razón está escrita en el gran libro de la naturaleza.
4. No todos saben ni deben leerla.
5. Quien la lee, gobierna.
6. Quien no la lee, obedece.
7. El sabio moderno, no el mago tonto que cree el sol puro, fijo, motor inmóvil, debe tomar el poder.
8. Para conseguir el bien supremo del saber y conocimiento supremo escrito en el gran libro, cualquier forma de toma del poder es válida.
9. El bien inmediato es el control, el orden. Es imprescindible que la plebe genere los medios para que los cerebros se irrigen. Pues el universo mundo es un gran cuerpo, como dice Bruno, ellos son las tripas, las vísceras que están en contacto con el abono; los poseedores de riquezas y oros y tronos son el corazón y la sangre que mueve la gran máquina del hombre; pero todo lo gobierna la cabeza: estos mis ojos que ven y miden el cielo, mis sentidos supremos (monitores de la natura), mi cerebro que procesa abriendo y cerrando el paso de la información.
10. Quienes tienen ahora el poder intelectual y el gobierno de los estómagos y las almas, los jesuitas, saben esto, mas se aferran a su decálogo ya perimido. El nuevo decálogo se basa en la medición, la experimentación, hacer tabula rasa con todo "conocimiento" (falso) anterior no verificable. Los jesuitas tienen armada su maquinaria con sus motores en el reino de este mundo, con sus motores en los representantes del reino de aquel mundo. No quieren entregar ese poder.

Pero el poder lo tendremos nosotros. Nuestra mente y las obras que ella dicten engendrarán máquinas volantes -como el sabio florentino experimenta-, automatas -como ya utilizara Hefesto-, juegos para la vista, prolongación de la vida por la ciencia... y ni los potentes jesuitas podrán frenar nuestro camino a la cima de la pirámide. La misma plebe los desplazará intuyendo que nuestras obras mejorarán su condición.

11. ¿Y el Bien? ¿haremos el bien? Herón de Alejandría llegó al borde pero no se animó a cruzarlo: ingenió máquinas movidas a vapor que no a sangre. Debemos experimentarlas, desarrollarlas, ellas liberarán de trabajos pesados al hombre que va uncido tras el buey uncido, al que excava canales adelantando su tumba; generarán alegría y descanso a quienes atraviesen la tierra en ágiles carros, el mar en rápidas naos, ¡los cielos en pájaros mecánicos como la paloma de Arquitas, gigantes como águilas gigantes, con gentes en sus lomos! ¡La Luna, los planetas mediceos que giran en torno a Júpiter, Venus con sus fases, serán holladas por nuestros hijos en las máquinas voladoras! Hijos, las estrellas son vuestras.

12. Nada detiene a la razón. Los que ahora parecen delirios de la razón engendrarán obras gigantes.

La plebe es manejable. Como el rebaño requiere quien le indique el camino a la pastura y unos perros que amenacen a los desbordados. Los jesuitas, ahora nuestros enemigos, terminarán aceptando el plan, únicamente se requiere reemplazar su esquema por nuestro silogismo, detrás de ellos vendrán el capital y el trono y la cruz. A los pobres locos como el Almirante de Bruma es necesario dejarlos en sus carracas mohosas, con sus mohosos paraísos utópicos que no lastiman a nadie y entretienen a los melancólicos con su tilíntilín, dejarles hacer sonar la cajita de música y que se mueran de frío. Los Trampantojo son nuestro demonio, nuestro turco, nuestro verdadero enemigo, nuestro poseso, a veces sus ojos me dan temor, a veces temo que las cadenas no sean lo suficientemente fuertes. Debemos despojarlos de toda posibilidad. El gran libro de la naturaleza nos dará el poder. Trampantojo, el terreno donde ejercerlo.

-Qué miras, demonio encadenado? Tu magia no puede contra mis cadenas? ¡suéltate y huye corriendo sobre la mar! -Galo rio con su boca en un amargo rictus de cinismo e inmovilidad, la nariz de oriplata le impide fruncimientos. Anda demonio poderoso, sueltate y corre por el mar.

-En tus tierras escuché de Alguien que caminó sobre las aguas e invitaba a sus amigos a seguirlo. ¿Te burlas de ese?

-Demonio! ¿acaso eres el hijo de Dios?

-Todos lo somos, y es tu doctrina.

-Mi doctrina! qué sabes de doctrinas? Doctrina es opinión, doxa. Lo mio es razón, ratio, orden, regla. Oh, bestezuela antípoda, yo amo la regla que corrige la emoción.

Trampantojo empalideció. Sus ojos, en la penumbra de la sentina solitaria, buscaron un resquicio de luz: Eres un sabio poderoso, con armas poderosas -dijo sin mirarlo-, me produces un gran temor (Galo desirguióse con su lámpara y la colocó justamente en frente de la cara del indio), he estado bajo las lluvias de nieve y piedra desnudo y sobre mi cabeza estallaban las luces terribles que queman y petrifican animales, he estado desnudo y solo bajo esos rayos, de niño, y tuve miedo; he estado en medio de un río que me arrastró como frágil rama golpeándome de orilla en orilla y revolviéndome como una víbora muerta, el agua me entraba a borbotones por la boca y mi grito se iba hacia adentro de mí mismo, era muy niño y tuve miedo; cuando fui pequeño pasé muchos miedos, tantos que se me hizo un cuero contra el miedo una vez siendo hombre. Pero esto que dices me vuelve al río que me revolvió, me vuelve al rayo que cayó a mi lado. Es exactamente el otro lado de nuestra forma, sabio, nosotros amamos la emoción que corrige la regla.

-Pequeñez de miras. Con la emoción no mueves las naves. La escritura del gran libro de la natura está escrita en signos matemáticos, y allí no hay emoción. No hay emoción en un triángulo, en un teorema, en la experimentación de la ciencia, en la piedra que cae.

-Galo, crees saberlo todo y nada se te ha dado: la piedra que cae no cae igual si es arrojada con odio o de puro juego o por hambre. Ni siquiera cae igual en tus pueblos que en los míos. No cae igual desde el mismo lugar vista desde dos lugares.

-Eso que dices no es lógico.

-Galo, gran sabio, créeme: he visto caer dos veces la misma piedra desde el mismo lugar del barco, desde la cofa. Estaba una de esas veces en tierra y cayó del barco que surcaba el agua a la distancia. Vi caer la piedra desde la cubierta de este barco, casi sobre mi cabeza cuando el joven marinero mató un ave. Lo que hoy sabes es mejor que lo de ayer, pero mañana se te vendrá encima. Así funcionan tus razones. Lo que yo sé es eterno, sabio Galo, porque no es rígido como tus triángulos.

-Los triángulos son siempre triángulos. Los cuadrados, cuadrados, y las perfectas esferas esferas siempre.

-Sabio Galo, has dejado al sol y al paso de cien lunas una esfera de piedra? Has visto las montañas que describían nuestros primeros abuelos como picudas convertidas en lomudas? El viento pasa también sobre los triángulos. Tu los escondes en papel, tú los imaginas en tu mente poderosa; dibújalos en la arena y observa. Dónde están las geometrías que hemos dibujado en el mar? las aguas las han ido convirtiendo en aves, en rostros, tal como hacen las nubes. Deja de observar tus mundos lejanos y observa el nuestro que es corroído por el dolor y el hambre y las pestes, que es hinchado por el orgullo y danza rebotando por la alegría. Deja de mirar afuera, míranos. Lo lejano aleja las buenas pasiones. Desde la cima lejana de un cerro puedes ver una mancha igual a otra mancha igual a otra mancha. Si vives junto a ellas notarás que respiran y cantan como mis hermanos. Si en los bosques ves solamente mástiles de barcos que lleven oro, se te acabarán los hombres que tripulen los barcos, que se adornen de oros y que gocen los bosques. No es mala tu razón, sino tu falta de inteligencia. Ustedes no pegan el salto que los saca del triángulo, ustedes viven prisioneros de él, tus hermanos del círculo del oro, tus hermanos del

círculo de las hembras. Yo he visto saltar el hijo ensangrentado del fondo de la hembra rompiendo todo círculo y toda geometría. Ustedes, sabio Galo, no tienen partos...

-Basta. Mentiras. No es verdad que tus hermanos sean gentes bondadosas y nosotros destructores. Tus hermanos comen a tus hermanos. Tus hermanos, brujo indio miserable, matan, queman, se embriagan... Dónde queda ese lugar distinto? O es que tú también crees en el Paraíso del Tonto Almirante donde no existen esas dos palabras de tuyo y mío y la natura proporciona sponte sua los alimentos. El Paraíso no existe así para todos. El solo Paraíso posible está en que unos muchos sostengan la inteligencia de unos pocos. Y ustedes, indio, no estarán entre los pocos. Pauci vero electi, Trampantojo. Multi sunt vocati, sí para sostener a los pocos que pueden interpretar el gran libro. Crees que todas esas tonterías que escriben los Reyes sobre la igualdad de tus hermanos con los míos es cierto. Serán iguales tus hermanos a mis hermanoides, no a mis cofrades.

-Me infundes más temor que los temores de mi niñez. Pero tú también me temes, sabio Galo. Las estrellas serán de vuestros hijos y también la tierra y mis hermanos animales y mis hermanos los árboles, pero ustedes no sabrán qué hacer con ellas más que obtener oros de su destrucción, y ellas, mis hermanas estrellas y mis hermanos venados y mis hermanos los ceibos, caminarán sobre vosotros en tropel.

-Prefieres la ignorancia.

-Prefiero la vida.

-Cuánta ternura en el mago de los carniceros!

-No es el mío un pueblo carnicero. Somos seres frágiles.

-No tienen guerreros?

-Sí, sabio Galo, pero sabes que nuestros guerreros no son guerreros sino hombres, destinan el día al trabajo, a la tierra, a adornar sus armas y perseguir a pie la comida. La llegada de tus hermanos nos sumió en la guerra, repartió el alcohol y las pestes, los odios por el poder que en

mis llanos y mis cerros no tenían tal envergadura. Nuestro día transcurría en armonía con el sol y el árbol.

-Eres un buen contador de fábulas. Jóvenes poetas y doctos vanse a vivir bucólicamente a las sierras por amor a doncellas inalcanzables de quienes sólo desean una mirada, una sonrisa, el elogio a una poesía. Eres realmente gracioso. O cínico. No me han contado eso de tus hermanos. Ni siquiera ellos mismos... Oye, Mentira de Allende, a mí me acusas de vivir inmerso en fórmulas lejanas a la tierra, a mí me acusas de desconocer mi circunstancia? -Alzóse tremendo, rojo, con su nariz refulgiendo la lámpara como el espolón de una nave de guerra, con los ojos disparando sus bolas de piedra o plomo como los cañones de una nave de guerra, con las venas latiendo y los músculos latiendo como rechinan las maderas y gritan los marinos en medio del espanto de una nave de guerra y tronó como la batalla marina: Pecas contra la lógica. Eres el Demonio, mas no el de mis enemigos jesuitas, el peor de los demonios, el Satán de la Sinrazón... indio, mago, brujo, trampantojo, tú no existes... eres un delirio de enfermo, no ves la nave que te envuelve, solamente ves el hambre, ves gigantes donde molinos, ves otro mundo que no está a la vista más que de orates como el Almirante de la Bruma. Sabes, el tal Almirante no conduce esta carraca, el tal Almirante es un engendro de estas espumas que todo lo trastrocan, de estas regiones donde las constelaciones se vuelcan de cabeza, donde la razón es vista como mancha y el delirio como virtud. Oh, eres la Bestia, y la Bestia no existe más que en estas tierras a do vamos: Paraíso de los enfermos, los impotentes, los locos, y la Bruma.

El grumete se movía entre toneles. Tanto le atrae el mar extraño como la oscuridad bajocubierta. Escenas: desde la cofa, desde la borda, en la sentina.

-Qué fábulas tienes hoy, mago de allende? has oído, tal vez, dialogar a los roedores? un hada ha aparecido, quizá, indicándote dónde hallar tu santo grial? Querrás, entonces, volver a hablarme de tu paradisiaca tierra, la fertilidad del abundoso suelo, la amenidad de la siempre

florida campaña, la belleza de los más encumbrados montes, Trampantojo? Oh -muévase Galo declamando con burla- no contaré particularmente los sombríos de las verdes silvas, la suavidad de las claras fuentes, la melodía de las cantadoras aves, la frescura de los vientos, la riqueza de los provechosos ganados, la hermosura de los poblados lugares habitados por tus tersos hermanos, indio, no contaré particularmente tampoco la blandura de las amigables gentes llamadas caribes, ni otras muchas cosas con que es aquella tierra celebrada, pues para ello es menester más largo tiempo y más esforzado aliento. Pero porque de la cosa más importante de aquella tierra seáis informado, hermoso Trampantojo, os contaré lo que al famoso río principal, en aquellos campos, le oí cantar -hace una pausa teatral en su gesticulación, acércale la lámpara a la cara y retoma con voz aflautada: venimos un día los sabios y nobilísimos marinos de esta hermosísima y robusta carraca a su ribera, tras una placentera y gozosa travesía, para preguntar a los amabilísimos indios carniceros que allí moraban el camino del Paraíso (si no era ya ese), con mucho amor nos informaron largamente de todo y después nos dixeron que no dexássemos de gozar de un suavísimo canto que el famoso río había de hazer no muy lexos de allí antes de media hora. Contentos fuimos, oh Trampantojo, de ser presentes a tan deleitoso regozijo, y vimos al eterno Río salir de una profundísima cueva, en su mano una urna o vaso muy grande y bien labrado, su cabeça coronada con hojas de roble de laurel, los braços vellosos, la barba limosa y encanescida. Y sentándose en el suelo, reclinado sobre la urna, y derramando de ella abundancia de clarísimas aguas, cantó de esta manera... Y después de cantar el río, cantó un árbol, cantaron las estrellas, cantaron los marinos, cantaron a su alrededor tus hermanos y luego se los comieron, todo cantando amablemente. Trampantojo, ves algo que yo no veo? hacia dónde miras cuando describes tu mundo, cuando desprecias el mío?

-No es cierto, sabio Galo, que desprecie tu mundo. Me inspira temor tanto amor por los metales: amáis el oro, amáis las espadas, amáis los cetros y os matáis por todo ello. Qué pueden

esperar de vosotros mis hermanos, viendo lo que consiguen de vosotros los vuestros? Despreciáis nuestras costumbres, nuestra sabiduría.

-Sabiduría!-gritó furioso- a qué llamáis sabiduría: unos yuyos que inhaláis, la mirada puesta en el vacío, la haraganería? Tal vez -rio violento-, tal vez la carne que coméis de vuestros enemigos!

-Vosotros no coméis la carne de vuestro dios?

-Dícelo al Inquisidor, sonrió Galo. Mejor no, quiero ser yo mismo quien...

-El inquisidor es un ser poderoso. Ya he estado con él en vuestro placentero paraíso de los reyes, donde vuestros hermanos van a la cama con sus propias hijas, con sus propios hijos, y luego los envenenan. No los comen, no, como hacen mis primos con sus enemigos; simplemente los envenenan y los arrojan a los maravillosos canales de esa ciudad vuestra. El monarca de tu fe, Galo, dicen que ha compartido el lecho con su hija, con su nuera, dicen que ha enviado a envenenar a sus hermanos, hijos, compañeros. Dicen...

-Sé lo que dicen, y sé más aún. Mas no puedo hablar...

SILENCIO.

...este no es mi Papa. Mi autoridad está en el gran libro de la naturaleza. No me interesa quiénes gobiernen, ni sus pasiones, me importa que el poder se desplace a las manos de quienes tenemos la Razón por encima de todo.

-Y eso lo harías de cualquier modo, me has dicho. En beneficio de vuestra Diosa, la Regla que domina emociones.

-Exactamente.

-Y en qué os diferenciaréis.

-Somos puros.

-Acaso lo seréis también con nosotros... No contestas, no es necesario que contestes. Entre tu odio a las piedras que sostienen la pirámide y los crímenes de tus monarcas cuál es la diferencia

para nosotros? cuál es la diferencia para esos tristes marinos que tenéis aquí arriba? Todos somos escalones para qué tú te pares encima a mirar las estrellas.

CAPITULO SEXTO

Sabe que lo torturarán. Ya sabe que lo torturarán, Galo no soporta que alguien no acepte sus razonamientos admirándolo. No acepta que alguien dé prioridad a otra manera de intelección que no sea la razón. Aquellos hombres entienden todo mal porque solo ven el peso y el tamaño de la fruta, no su número y su alma.

-Piensas como en una sucesión de eslabones, Galo, creas una cadena y te haces obviamente prisionero de ella.

-Y tú, mordaz, piensas?

-Sí, pero hacia los lados, abro sendas, salto y descubro lo que quizá no buscaba. No tengo un camino rígido que me lleve donde ya sé y me frustra si no logro llegar.

-El hombre ha sido hecho para caminar hacia adelante.

-Qué, nunca has saltado? dado un paso atrás, dos adelante. Nunca has bailado. Eres realmente aburrido. Se aprende más del baile que de la marcha.

PAUSA LARGA.

Galo se aleja unos pasos entre barriles, quesos y anchobas, cajones con carne de membrillo, más allá animales apesebrados. Se detiene en un punto distante como si se le hubiera acabado la

cuerda. Se da vuelta y regresa con paso más firme. Trampantojo, que había agachado la cabeza todo lo que le permitían las cadenas y la postura incómoda, levanta lentamente los ojos:

-Te invito al matrimonio de pueblos. Como en un matrimonio de hombres hay un intercambio que los mejora. Tú practicas la esclavitud.

-¿Acaso no va uno arriba y una abajo? - sonrío Galo.

-¿Así lo haces nada más? eres realmente aburrido. Unimos los cuerpos y las almas de los cuerpos y hacemos un solo ser vivo.

-¿Alma? Ningún sabio médico amigo la encontró en los cuerpos. Sólo hay luz de razón. Pensamiento salvífico. ¡Alma!

-Todo lo que tocan tus manos se vuelve materia. Y lo que no tocas también.

Ya sabe que lo torturarán. Galo no soporta ser derrotado intelectualmente, quedarse sin argumentaciones, verse enfrentado a un pensamiento que lo deriva hacia áreas donde él no tenía previsto pasearse. Ya sabe que será escarnecido en público, lo ha visto hacer. Será llevado y conducido en una carreta, desnudo, con un hacha encendida en la mano. Ya sabe que después en la plaza, sobre un cadalso le serán atenaceadas las tetillas (ahora quisiera tapárselas con las palmas, presiente el dolor), también los brazos, muslos y pantorrillas, y su mano derecha -asida en esta el arma con que cometió el magnicidio- quemada con fuego de azufre, y sobre las partes atenaceadas se le verterá plomo derretido, aceite hirviendo, pez, resina ardiente, cera y azufre fundidos juntamente, y a continuación, su cuerpo estirado y desmembrado por cuatro caballos y sus miembros y tronco sumido en el fuego, reducidos a cenizas y sus cenizas arrojadas al viento. Quedará su mano aferrada como de una pieza al cuchillo, prueba indiscutible de la acción del Demonio, del contrato siniestro que el Mago Indio Brujo hiciera con el Maligno para cometer el crimen de un hombre tan grande y amado y glorioso por sus descubrimientos como el Almirante. El cuchillo fue fundido a la mano, la piel recubría el mango, el arma estaba encajada como una prolongación acusadora. Los inquisidores no necesitaron más pruebas. El lo sabe, sabe que esto,

o algo de esto, Galo le hará para derrotarlo. Sabe ya que lo torturarán, que los extremados dolores le harán proferir horribles gritos. Un ayudante, arremangado por encima de los codos, tomará unas tenazas de acero hechas para el caso, largas de un pie y medio aproximadamente, y le atenaceará primero la pantorrilla de la pierna derecha, después el muslo, de ahí a las dos mallas del brazo derecho, y a continuación a las tetillas. A este oficial, aunque fuerte y robusto como todos los seleccionados para tal faena, le cuesta mucho trabajo arrancar los trozos de carne que tomó con las tenazas dos y tres veces del mismo lado, retorciendo, y lo que sacaba en cada porción dejaba una llaga del tamaño de una moneda grande. Después de estos atenaceamientos, el mismo atenaceador tomó con una cuchara de hierro del caldero mezcla hirviendo, la cual vertió en abundancia sobre cada llaga. A continuación, ataron con soguillas las cuerdas destinadas al tiro de los caballos, y después se amarraron aquellas a cada miembro a lo largo de los muslos, piernas y brazos. Los caballos dieron una arremetida, tirando cada uno de un miembro en derechura, sujeto cada caballo por un oficial. Un cuarto de hora después, vuelta a empezar, y en fin, tras de varios intentos, hubo que hacer tirar a los caballos de esta suerte: los del brazo derecho a la cabeza, y los de los muslos volviéndonos del lado de los brazos, con lo que se rompieron los brazos por las coyunturas. Estos tirones se repitieron varias veces sin resultado. Fue preciso poner otros dos caballos delante de los amarrados a los muslos, lo cual hacía seis caballos. Sin resultado. En fin, el verdugo hizo nuevos esfuerzos, pero los caballos se impacientaron, y uno de los que tiraban de los muslos del supliciado cayó al suelo. Después de dos o tres tentativas, el verdugo y el atenaceador sacaron cada uno un cuchillo de la bolsa y cortaron los muslos por su unión con el tronco del cuerpo. Los caballos, tirando con todas sus fuerzas, se llevaron tras ellos los muslos. Fue preciso cortar las carnes hasta el hueso; los caballos, tirando con todas sus fuerzas, se llevaron el brazo derecho primero, el otro después.

Una vez retiradas estas cuatro partes, el hombre seguía agitándose, la mandíbula inferior subía y bajaba como si hablara. Uno de los oficiales dijo después que cuando levantaron el tronco del

cuerpo para arrojarlo a la hoguera, aún estaba vivo. Los cuatro miembros, desatados de las sogas de los caballos, fueron arrojados a una pira dispuesta en el recinto en línea recta del cadalso; luego el tronco y la totalidad fueron en seguida cubiertos de leños y de fajina, y prendido el fuego a la paja mezclada con esta madera. En cumplimiento de la sentencia, todo quedó reducido a cenizas. El último trozo hallado en las brasas no acabó de consumirse hasta las diez y media de la noche. Los pedazos de carne y el tronco tardaron cuatro horas en quemarse. Sólo un brillo sobrevivió a las llamas: el cuchillo adherido hasta el fin a la mano falsamente incriminada por Galo. Todo eso pasará con él, todo eso pasará con nosotros. Vendrán luego castigos más sutiles, vendrán apremios que se acompañarán de la tortura física para emprender el vuelo carroñero hacia mayores penurias en las que les entresacarán a picotazos desgarradores trozos del alma. Ya sabe Trampantojo que le ocurrirá esto, sabe que lo torturarán y que hasta la mayoría de sus hermanos mirarán tibios hacia otro lado o aprobarán el castigo acorde con la culpa (algo habrá hecho Trampantojo, dirán), mientras la tierra y los pastos, la arena y la sal, la nieve, los pinos enrojecerán de una mezcla de vergüenza y odio, impotencia, furor, sangre caliente. El rojo arrancará de la tierra donde ha caído la sangre e irá trepando por los seres, arderán los árboles altos y los arbustos, en su estampida arderán las yeguas y potrillos, arderá la arena y la piedra oxidadas.

El indio sabe que todo esto le ocurrirá. Lo ve en la cara de Galo. No lo adivina, lo anticipa en los ojos del hombre de nariz metálica. De alguna manera, sucederá. No podrá evitarlo el Almirante de Bruma, que seguramente también caerá bajo el odio terrible del sabio. Los hombres del barco serán fácilmente engañados con un buen par de tetas de allá. Los indios, sus hermanos, se ponen ya las camisas de los blancos, con sus emblemas y sus cruces, sus colores los encandilan como espejos y les hacen olvidar su indumentaria y sus signos, su lengua se desdibuja contaminada por la otra, más prestigiosa. Cómo los engañan los colorinches espectaculares de los Altos Reyes y los altos palacios. Como si a ellos les tocara algo de eso algún día. Solamente

darán su sangre para sostener la pirámide. Y él, dolorosamente, lo sabe; con el dolor terrible de la inteligencia. Lo ve, entre las lágrimas de impotencia y la imaginación fundada en lo real. Pero a pesar de sus miedos humanos Trampantojo aceptará una culpa que no es suya, se servirá del engaño de Galo -la fragua de un crimen que no comete el indio brujo- como expiación y sedimento. El quiere ser semilla, pudrirse en tierra para que fructifique el alto hermano árbol.

No tiene, de todas formas, otra opción digna. Salvo la vergüenza y la ignominiosa aceptación de lo que niega su alma y lo que ha visto. Aceptará a pie firme el dolor. Devorará el miedo, lo tirará hacia su interior para que el ardor del cuerpo lo triture. Pues ya sabe que lo torturarán, que le dolerá, que le saltarán las lágrimas, que se le secará la boca, las piernas endurecidas en caminatas y persecuciones de animales se aflojarán como chorros de agua. Ya lo sabe, mas lo acepta como culminación de este destino.

En la tortura, como en el amor, hacen falta dos actores y algunos espectadores. Intrigantes, socios, amigos de, enemigos de, quintacolumnistas. Cuanta más conversación, más deseo. Partiendo de una base de mutuo amor-odio se elevan más aquellos que más hablan para convencerse o conocerse. Galo no podía desde su rígido esquema de encadenamiento de no+no+no, comprender para derrotar a Trampantojo que lo gambeteaba, se le iba por los lados, lo sorprendía con una metáfora seguida de un férreo silogismo y otra metáfora. En el futuro, sin abandonar jamás un poco o mucho de suplicio físico, Galo perfeccionaría su manera de convencer con las palabras, los colores y la mentira sostenida.

Ya sabe que lo torturarán. Le arrancarán las tetillas con unas largas tenazas, las pantorrillas, los muslos. O quizás un hombre cetrino y de pelo exageradamente corto le queme los testículos, se deleite en introducirle un alambre de cobre al rojo por el orificio del pene. Lo atarán a una mesa de metal, lo está viendo, siente el olor de la carne quemada, ahora. Ya lo atan con unas cuerdas con púas, le lastiman el costado, lo coronan con espinas -¿imitan a su dios?-, le están arrojando

un enorme cubo de agua que lo empapa completamente y luego lo hacen saltar con dos cuerdas que echan chispas. El alambre al rojo en los orificios de la nariz, las orejas, entre los dientes. Luego lo sacan, le envuelven la cabeza en una capucha que se le adhiere a la cara. Le metieron la cabeza en un piletón lleno de agua hasta cortarle el ahogo y el después del ahogo. Todo esto pasó con él. Todo esto pasó con nosotros. Nosotros lo vimos, nosotros lo admiramos, con suerte lamentosa nos vimos castigados, en los caminos yacen dardos rotos, los cabellos están esparcidos, destechadas están las casas... Serán varios, pero no los verá, no los puede ver, sólo los oye respirar y reírse junto a su cara, rozarle la piel, llamarse entre ellos por falsos nombres.

Cree que fue el gordo quien le arrancó varios dientes con unas largas tenazas. Sangró por la boca varios días, de la nariz también le salió sangre. Escuchó gritos lejanos de hombres y mujeres, lo llevaron vendado por varios lugares en extraños vehículos, vio una rara ciudad con fuego sin llama, insectos de metal. Lo llevaron, siempre boca arriba. Lo torturaron, boca arriba y boca abajo. Lo vejaron. Lloró. Ya lo sabe, lo habrán de torturar.

-¿Reconoces haber hecho pacto con el maligno? ¿reconoces haber tenido contactos con el mico de Dios?

Lo golpeaban con una vara meticulosamente. Desde su celda percibía -lo hacían adrede- el ruido de la varilla contra las rejas de los pozos más alejados. Llegó a conocer por los gritos a los desconocidos habitantes de aquel infierno. Cada aullido era una nota, un arpegio, en una sinfonía que no concluía en él. El sabe -como buen intérprete- en qué momento le tocará entrar en escena. Cada nota, cada silencio del pentagrama de llantos, cada hipo de ahogo, son una partitura que él va leyendo nervioso hasta el punto en que la batuta suena contra los barrotes de su celda, la puerta se abre y lo apalean meticulosamente con una vara: casi siempre cien, a veces más golpes en la espalda, los muslos, los riñones, los testículos; cuatro ocasiones diarias: desayuno, etc.

Con el tiempo -el tiempo medido no en días sino en horrores repetidos y horrores imprevistos como nuevos feriados-, con el tiempo llegó a entrever voces de mujeres, edades, embarazos, renuncios y simulaciones.

Otro tanto pasaba con los olores. Una sinfonía de quemaduras, carnes ardidadas, sangre seca, vómitos. Jamás había sentido antes tal aroma a humedad, paredes con hongos, sótanos infectos. El había vivido afuera, y aunque encerrado -semi encerrado- en carpas y paravientos, los olores de la llanura -no todos agradables- inundaban, lo rodeaban. Un animal muerto no es tan hediondo como un sótano de torturas: los excrementos humanos, los roedores, los restos de la tortura se combinan con el miedo, se suda espanto. Y se huele espanto.

De vez en cuando nos mezclarán a todos, nos tirarán en una celda común, veinte o quizás treinta suplicios llenos de piojos, sangrantes, con olor a pis, a menstruación, distintos tonos de llanto y queja. Ni tiempo para intercambiar unas palabras debajo de la capucha nos darán. Mientras le meten cosas en la vagina y el ano a una embarazada, te manosearán con deseo. Se masturbarán contra tu cara. Te violarán junto a las orejas de tus compañeros de prisión, los otros carceleros gritarán, harán apuestas, festejarán el tamaño de cada pene, se burlarán de las panzas, y disfrutarán más cuanto mayor sea tu sufrimiento. Todo esto te pasará. Todo esto pasará con nosotros.

Le traerán pulposas mujeres. Alguna morena seductora le frotará sus pezones duros y su tetas firmes por la espalda, desde la nuca hasta los cachetes del culo, seguidas de su lengua puntuda y ardiente que se clava en cada poro, baja como tobogán hacia los hombros. Mientras los pezones marcan surcos en sus nalgas, la lengua se centra en la cintura, se clava como una punta de eje entorno a la cual gira el universo.

Al mismo tiempo (sincronizadas como las manecillas del reloj), una rubia de ojos de fuego le mordisquea los dedos de los pies y su mano revuelve los pelos del pecho, del vientre, de su entrepierna que palpita explosiva.

No lo dejan en paz, le susurran, le exigen, le sugieren. El es brujo pero no piedra, su miembro se endurece adolescente, se inflama de necesidad, se pone enhiesto como un mástil. Y entonces le meten un alambre ardiente por el orificio del pene y le pegan con una varilla en los testículos.

O quizá lo obligarán a ver sufrir a quienes ama, sin tocarlo. Lo dejarán en paz a él, es un decir, pero sus seres amados y todo su pueblo serán sometidos a la tortura. La más violenta y terrible que es la tortura de su intimidad, de sus pensamientos. Una penuria tan bien armada, tan inteligentemente planeada que terminará por convencer a los torturados de que están siendo glorificados. Confundirán tortura y paraíso, y a él lo dejarán solo, afuera, viendo y entendiendo todo, pero imposibilitado de modificar la paulatina y nefasta transformación de sus amigos.

Tal vez lo atarán a un trono conectado por un extraño tubo de metal, ancho como una caña del Iguazú, a una cuba no llena de agua sino de ratas. Le meten fuego a la base del balde y la rata quemándose desesperada huye por donde puede hasta llegar al obstáculo de la carne sentada del indio y por supuesto la devora presa de pánico y quemaduras.

Quizás lo entierren dejándole fuera solamente la cabeza, que será untada en miel y bañada de hormigas carnívoras, la corrección, la marabunta. Podrán estaquearlo al sol con cueros húmedos que le aprietan tobillos y muñecas, o desnudo al frío de los hielos.

No, no le dejarán ver el exterior, lo sepultarán completo, lo meterán bajo la tierra dentro de una caja de madera lejos de la superficie. Cerrarán bien la caja y le echarán abundantes piedras encima. Estará dormido cuando esto hagan, despertará luego, allí en el fondo sin saber dónde está. Hasta que huelga a humedad, pasto, humus. Se removerá, gritará, golpeará la caja de madera; se rasguñará la cara desesperado, se arrancará el pelo. Nadie lo rescatará, porque nadie lo oirá.

Varillas bajo las uñas. Los párpados cortados para impedir el sueño. La gota. El calcetín lleno de arena golpeando leve pero ininterrumpidamente la cabeza. Vinagre para la sed. Sangrías con sal. Extirpaciones. La vejiga cosida, el ano cosido. Purgas. Colgado eternamente de un palo frágil sobre un foso lleno de alimañas. Comer mierda, comer más mierda. Ataduras como torniquetes.

Camas-potros para crecer. Rodillos de molino para adelgazar. A uno mismo. Padecer. A otros. Al ser amado. Observarlos. Empalamiento. Preparativos de cadalso. Subacuático. Sucesivas y rítmicas amputaciones de dedos de los pies. Sucesivas y rítmicas amputaciones de dedos de las manos. La nariz. La lengua. Las orejas. El pene. De a poco el pene. En rodajas. Las tetillas. Yuyos temibles. Yuyos de ardor, de vómito, de convulsiones, de hemorragias. Beber propias excreciones. Ajenas.

Todo de nuevo.

Otra vez. Una más. Mañana seguimos. Ya llegó el día de mañana, es hoy. Comencemos. Reconozcamos las fronteras del dolor. Traspasemos las fronteras del dolor. Desear la tortura anterior, era menor que esta. Desear la muerte ya. Pedir la muerte por favor. Suplicar la muerte. Gozar con la idea de la muerte. Orgasmo con la idea de la muerte.

Le mostrarán un hermoso espectáculo de comidas, vestimentas, casas y costumbres. Lo convencerán de los sabores, colores y sonidos. Todo funcionará con maravillosas leyes. Reinará la justicia. Pero esto habrá de ocurrir detrás de un espejo mágico que muestra a derecha la izquierda y es lo que no es. Cuando se mire sin filtros se notará hambriento y sarnoso.

Lo llevarán a un horno y lo quemarán. Irán tantos que será necesario numerarlos, los números se los quemarán en la piel.

Inventarán una monstruosa tormenta y lo colocarán en el medio. Un enorme viento silencioso y frío ha de salir desde abajo de la tierra que pise, lo envolverá recto y ascenderá a los cielos como una catarata gigante al revés. Arriba se abrirá como la copa de un árbol del mal, blanco, helado que queme. Quedará eternamente sordo, la piel escamada y pustulenta, sin uñas, sin un solo pelo, sangrando por la nariz. A su alrededor morirá el pasto, el árbol, el agua será intomable, el pez flotará, la tierra será arena. Luego lo llevarán a un gran salón limpio, lo colocarán en un tubo, le colocarán cuerdas unidas a ventanas por donde verán su interior, lo harán sangrar un poco, muy poco, con unas armas de vidrio seres aparentemente humanos vestidos de pies a cabeza de un

blanco immaculado -¿sacerdotes de un rito que él desconoce?-. Le caminarán en torno, lo alimentarán y limpiarán sus heces, le observarán los ojos, la piel sin pasión, sin odio, lo ignorarán completamente. Una madera que es tallada recibe más amor. Una piedra que tumbará un venado es tocada con más calor y simpatía. El le ha prestado mayor veneración a un animal matado para sustento.

No le harán nada, solamente dejarán en él simientes de monstruos: seres abominables le nacerán, serán sus hijos y sus nietos, y los hijos de los hijos de los hijos hasta la quinta generación. Sin brazos, con retrasos mentales, ciegos de nacimiento, descarnados. Y por supuesto se lo harán saber, le mostrarán ilustraciones y extraños golems y hombrecillos que ya han padecido las penurias.

Lo harán trabajar desde antes del sol hasta después del sol respirando aire insuficiente. Un día y otro día, años y años hasta su muerte prematura. Hasta convertir su cuerpo fornido en un esqueleto flaco y curvo de ojos saltones. Lo harán penar de hambre y enfermedad y sueño. Lo mantendrán uncido a la tierra, a la tala, a las minas y la carga. Verá penar a pequeños que no alcanzarán ni la edad del sexo. A mujeres con sus crías. Lo apalearán si no rinde lo que se pide.

Le quitarán su ranchito, su caballo, su vaca, su terrenito, su mujer, lo harán trabajar para la patria en cantones como ratoneras sin pagarle lo prometido, sin relevarlo, maltratándolo constantemente, mostrándole-exhibiéndole sin pudor el descarado de las estafas y negociados. Lo obligarán a convertirse en marginal, en desertor, y volverá pobre y desnudo a contemplar la transmutación de sus bienes en males; la tierra en polvo, sombra y nada. Matará, ebrio, a un similar, otro paria. Huirá sin sus hijos hasta que sea -¿será?- la ocasión.

Jamás he hecho mal a nadie; jamás he cometido una iniquidad, jamás hablé mal de nadie, he aceptado todo lo que me han dado... Yo no reconozco el Imperio de tu mundo, sino que sirvo a quien ninguno de ustedes vio ni puede ver con estos ojos de carne. Por lo demás, yo no he hurtado jamás. Conozco vuestra persuasión: hacerme arrastrar por las fieras bajo los gritos de la

chusma necesitada de sangre, pasarme por la espada, asarme vuelta y vuelta en una parrilla, degollarme. No soy ni adúltero, ni fornicador, ni asesino, ni ladrón, ni salteador, ni reo, en fin, de ningún crimen. Me matarán y no conformes con ello, gentes feroces y bárbaras, se ensañarán con mi cadáver, lo arrojarán a los perros montando noche y día rigurosa guardia para que no reciba honrosa sepultura. Luego expondrán al aire libre los restos que dejen las fieras y el fuego -aquí pedazos desgarrados, allí huesos carbonizados, ora cabezas, ora troncos de decapitados-, pondrán un pelotón de soldados durante varios días a fin de que los restos queden insepultos. No cesará con ello la furia, pues rugirán de rabia y rechinarán sus dientes, buscando aún más venganza; otros romperán a risotadas y harán fisga; no faltarán tampoco gentes más moderadas y que parecerán hasta cierto punto mostrar compasión pero que en el fondo ultrajarán grandemente pues dirán: ¿dónde está tu magia, de qué te ha valido tu poder, no habías puesto el espíritu por encima de la materia? mírate ahora sin ninguna de las dos cosas!

El fuego le penetrará las carnes, deritiéndole la médula de los huesos hasta el punto de verterse y derramarse, como cera, el humor de su cuerpo. Y, sin embargo, ni con tales torturas cederá -cree el indio ahora-, por lo que quedarán vencidos y fatigados sus contrarios ante su sobrehumana resistencia, una convicción profunda puede más que el castigo -se dice él ahora intentando afirmarse.

Llegará a viejo, o parecerá un viejo más viejo de lo que será, y lo arrojarán a un costado como una bolsa de residuos. Lo torturarán con la incomprensión, el desprecio, el olvido, la sorna. El solo se encadenará al trabajo, agradeciéndolo como bendición de Dios. Defenderá esa gracia, divulgará sus bondades, discutirá y se enojará con quienes hagan menos horas de las que el cuerpo aguanta. Y más tarde dirá que fue un imbécil en trabajar como trabajó, porque ahora que no puede hacer otra cosa que descansar, ahora que el cuerpo no resiste ni la caminata, hay que salir porque no alcanza para comer. Y el mundo que forjó se le desmorona en la cabeza con un volumen y un peso bestiales.

Con una gota de su sangre y un trozo de su carne crearán otro Trampantojo que le hará dudar sobre sí mismo, se paseará después de la muerte del indio, lo desmentirá, convencerá a su pueblo -si esto fuere necesario- de lo que él no sólo no piensa sino abomina. Tendrá sus ojos, su dicción, su memoria.

Ya lo sabe, de alguna de estas formas lo torturarán, quizás -seguramente- todo será peor, una combinación, una selección de los mejores suplicios. Pero en síntesis, ya sabe que lo torturarán, ya sabe que Galo no soporta sentirse baldado de inteligencia y sabiduría, no tolera que otro -distinto- le muestre que su nueva ciencia es solamente la profundización de lo que él critica. No pueden aceptar que el bruto brujo le diga que él ve más lejos que su telescopio, que él ve antes. No puede tolerar que el bruto brujo le diga que sus máquinas, sus invenciones y las que vendrán, son bastones para ciegos, apósitos para seres carentes de poderes, muletas de amputados. No puede Galo abandonar el rígido camino de la razón aniquiladora que lógicamente lo corone en el punto superior de la pirámide. No le quedan alternativas, Galo no podrá hacer otra cosa que no sea destruir al indio brujo. Por supuesto usará su brillante inteligencia para tramar un crimen -el del molesto Almirante de Bruma- e inculparlo a él -el no menos molesto Trampantojo, trampa para los ojos.

El mar que no le dejan ver y se le insinúa entre la carcomidas maderas, se extiende a los pies de su recuerdo. La comprensión del mar: con los ojos cerrados, erguido en la arena mojada, percibe en la punta de los dedos cómo se acerca a lamerlo. Es un amigable perro, un venado nutricio quien se le aproxima y se le aleja olfateándolo, probando el grado de amistad del ser vertical que está frente a él en su orilla. Durante un tiempo prolongado debe estar allí; así lo exige su maestro. Una iniciación placentera, un descubrimiento. Sólo debe esperar, en actitud femenina -los sentidos abiertos, la mente pasiva-, que él se le acerque tímidamente ganando y retrocediendo espacio, besándole las plantas, los dedos, los pies, en progresiva confianza hasta ganarle la

cintura. Le envuelve su sexo en una caricia que primero lo pone alerta, lo sacude, y luego lo seduce. Una danza. Es conducido. Los ojos no se necesitan aún, es todo piel. Su amante es primario y debe conocerlo primero en ese plano. El mar se convulsiona, jadea. Lo rodea por completo, lo sala. Luego comienza a retirarse sin dejar nunca de acariciarlo, amante delicioso. Se va yendo con dulzura, lentamente, como llegó. Noche y día transcurren y él de pie.

La luna de miel con el mar se extiende por días y días. Camina por su orilla, es envuelto por su ascenso, desciende y se aleja. Poco a poco comienza a entender sus voces, anticipa sus saltos, distingue los distintos sabores de su humor. El mar no es un vasto espejo donde mirarse, sino un bosque sin solidificar donde protegerse. El maestro le ha enseñado que el mar es la tierra previa. El tiene su experiencia de la tierra, ha nacido y mamado en ella. El mar es anterior a la tierra, no ha sufrido su impenetrabilidad. La tierra conserva algo de su pasado líquido en los vientos que sacuden su melena, que rozan levemente su piel y traen rumores lejanos, pero el mar es menos contingente, se queda más tiempo adherido, deja la esperma de su sal, cura las heridas, permite volar por su superficie. Los ríos son mensajeros del mar en la tierra. Discípulos, hijos tiernos que avisan de su grandeza. El mar no es el morir, es el principio vital, el origen del conocimiento. No existe, dice su maestro, la sabiduría sin el mar. Comprenderlo es nacer. La vida empieza húmeda y termina reseca como la tierra vieja.

Y él venía de la tierra vieja. Caminó con ansias a la vera de su maestro. El mar se adelantó a sus anhelos como el amor; lo olió antes de verlo; lo oyó quejumbroso por su soledad. Y finalmente, con el corazón batiente como el de los caballos sudorosos, desde un acantilado, lo vio de mañanita cuando apenas la puntita del sol comienza a asomar. Es lindo el mar. Descendió hacia él con una mezcla de temor y deseo -la primera vez. Quedó entre su orilla y las murallas oscuras de los acantilados. El mar se deshizo entre las piedras para llegarle. Lo fue ganando desde la humildad de echarse a sus pies hasta envolverlo contra todo mal. Le amortiguó la sed y el ardor de la tierra reseca. Lo condujo tersamente, lo arrastró, lo revolcó, lo dejó descansar en la costa.

Después de esta introducción, iba a verlo, sentado en la orilla en absoluta soledad. Observaba los dominios de su señor. Inconmensurable, abierto y misterioso a sus pies, como el desierto. Sus olas parecían los pastos ondulando a causa del viento. Las gaviotas, desprendimientos de su sal; el cielo y las nubes eran mar y espuma. Como la fértil escupida del dios en la palma de la doncella. Arrojar piedras negras o marrones o blancas al mar no es herirlo sino alimentarlo. Es tan extraño el mar para quien no se le une. Luego es uno su entraña. Y se abre paso sin machete, sin que le cortajee la cara, lo invita a ir. El mar es un seductor. La tierra es vejatoria, en cambio.

Caminaba por la orilla frente al viento ruidoso y volviendo por el viento silencioso. El mar entre rocas o en el plano servil de la arena. Los dedos se relajan y fortalecen. Toda la piel se pule. El mar se desmelenan. El mar verde, el mar azul, oscuro el mar. El mar con la sombra de la nube, con el reflejo del sol. El mar comiéndose la lluvia.

Una vez visto, el mar, vivido una vez, deja huella indeleble, pero como el amor, el mar, requiere costumbre, conocimiento, asiduidad. Lejos, te vuelves, marinero en tierra, nostálgico de su sustancia, ansioso de lluvias y lágrimas. Una vez visto, en sueños, la marejada lo tira del corazón; branquias quisiera tener. Vivir fuera del mar sólo es soportable a caballo, metáfora de las olas, su evocación, crin de espumas, enlomadura, patas como rompientes. El caballo es ciclo del agua: ardores, lluvia, viento, hielo.

En la orilla el caballo en dos patas saluda a su elemento real. El jovencito Trampantojo lo monta y trota levantando gotas, recorre la playa junto al mar y sobre este otro mar que no ha llegado aún a la perfección líquida pero la refiere. El potrillo se le ensambla y no lo deja, matrimonio indisoluble. Cuando termine el rito, regresará sobre este trozo de mar siempre suyo, con el arte de la magia ya ligado. Es que aquí mismo descendieron los Altos Dioses por el Camino del Cielo, la Vía Láctea, que llegaba hasta este lugar. La tierra aún era casi mar, recién empezaba a desprenderse de él, anegadiza, lluviosa. Y el dios eligió esa proximidad de lo semejante al cielo para descender. El Indio Viejo, aún era un niño dios juguetón, y bajó para

jugar con el barro y la arena. Moldeó con ellos figuras y con su aliento les dio vida. Sopló y secó las ciénagas para que sus creaciones, los animales, pudieran jugar ahí. Como estaba divertido y de buen humor, creó unas figurillas similares a él. Estaba en eso cuando notó que el ñandú, aún fresco de barro, comenzaba a trepar por el camino del cielo ensuciándolo todo, hizo una marca como una cruz con sus tres dedos y su garrón, el dios lo boleó y quedó también muy visible la impronta de las dos piedras, cerca de la cruz-pata de ñandú. Mientras tanto, aprovechando la distracción de su hermano, Gualichu descendió y les dio vida a las paródicas figuras de tierra, que comenzaron a moverse y hablar con soberbia, fingiéndose dioses. Chachao, el niño dios, huyó espantado, cortó con su cuchillo el Camino del Cielo para que ni el malvado Gualichu ni los torpes hombrecillos pudieran seguirlo a su verdadera morada.

En cada generación de indios, el Maestro Brujo, elige un discípulo para que conserve memoria de esta creación del dios, y para transmitirle su sabiduría y su magia junto al mar, entre las olas y los acantilados adonde llegaba el puente del cielo. El mar retiene aún estos procesos; y el caballo acarrea el mar dondequiera que el Mago se dirija. El gran mar llanura del dios eleva en cada tiempo una gota enorme, corazón del agua, y la lleva hasta el que será iniciado, la detiene por encima de su cabeza, luego se divide en tres y descienden hasta su corazón, su mente oscura y su sexo -en ese orden, para que por su intermedio pueda acceder al conocimiento del universo. El caballo es un soporte de su memoria, y hay en tierra imágenes suyas para ver el mar sin estar a su lado: ciertas frutas, ciertos pájaros, ciertos corazones.

Aquella mujer -evoca el indio encadenado. ¡Aquella mujer! Una joven de pechos a punto de brotar; pequeños, redondos. La vio, y supo que era la suprema encarnación del mar; más que su caballo. Verla es asomarse al otro que te envuelve. Que se inclina y te besa los pies, luego te lleva olvidado del cielo. La vio al amanecer y los achaparrados arbustos se convirtieron en árboles. Vinieron las fieras a rendirle pleitesía, las estrellas demoraron su alejamiento temporario: la huella del ñandú, las dos piedras del dios, azoradas detuvieron su curso, su eterno

girar hasta desdibujarse en el día. No sabe si era bella, sólo detuvo el cielo. Dejó marcado el rastro por la tierra y el agua -en la tierra era espuma; en el agua, azahares.

La vio en el camalote que luego harían concha: sin tanta placidez como la otra, la piel morena, los ojos entre pícaros y tristes. Flotaba como un canto sobre el río enorme. A su alrededor un pequeño paraíso boyante, desgajado del edén firme. Paraíso a la deriva con mujer morena. Nadie la pintará así: le harán unos dioses soplando en torno, le despigmentarán la piel y el pelo y los ojos y el gesto. No vendrá -como sí venía- de uncir caballos y preparar los panes sino de ser bañada y untada con aceites y preparada para una boda llena de boato y riquezas ducales. No tendrá un hermano Américo famoso y admirado por sus aventuras y sus escritos. Ha tenido un padre temido por acuchillar a un par, inmerso en la injusticia y los ojos enrojecidos de alcohol.

La vio talonear los caballos frisonos, joven y con los pechos apenas brotados. La ve en el camalote que luego Botticelli hará concha. Cutis sombrío, ojos vivos, pelo no llovido. Botticelli la dotará de encantos de doncella cortesana, le inventará la paternidad de unos dioses en los que no cree. Tendrá la cara de una Vespucio, lánguida y mortal. No habrá de sufrir: el agua es plácida, el sedoso cabello rubio la cubre, el hálito divino la vivifica y acaricia la costa inmediata, los árboles que llueven flores. Todo es rosa.

Pero ella no lo era. Ella era morena como la papa. Los ojos oscuros, el pelo en alboroto. Había trabajado la tierra y entonado los cantos. Hubo para su pueblo un enorme castigo de agua, o tal vez presagio de la venida del blanco, y todo se inundó. Pocos se salvaron de su familia; acaso quedara sola. Logró asirse en medio de la corriente de unas ramas y vagó sin sentido. Cuando despertó se vio dueña de una islita viajera, un camalote, recorriendo el inmenso río desconocido.

Lo vio en la orilla sobre el caballo y le pareció un tigre amigable. Se irguió sobre su pequeño reino observando la tierra esquiva. El, con su hermoso caballo, recorría nervioso la costa, sin dejar de mirarla. Finalmente lo hizo, metió el caballo hasta el cuello y de allí se desprendió, anduvo braceando con los ojos puestos en ella, la tomó del cuello y la llevó hacia la costa. Como

un pez de piel áspera y manos protectoras, lo sintió. Se abrazó a él, sin verlo, y era un árbol firme de madera caliente.

Después se inventaron historias, se cambió este suceso. La joven sobrenadando el río se volvió rubia, de ojos claros, piel como nieve; el camalote, concha; el viento salió de la boca de seres angelicales, y el torvo río fue hecho tibia cercanía de la costa. Botticelli escuchó versiones de versiones, acomodó la realidad a su manera de ver: el camalote fue lluvia rosa. La hermana de Américo Vespucci, de quien media Florencia estaba enamorado, aplastó a la morena corazón del mar. Toda languidez y melancolía.

¿El nacimiento del amor? Un amor dulzón y enfermizo, sin pasión. A este amor se ha llegado sin ninguna ruptura, ella sale de allí como empollada. Un amor sin fuego. Un amor sin hambre voraz. De aquí no se arrancarán hijos envueltos en sangre y llanto, sino frágiles. Hay aquí un amor ligado al agua, fundido con su entorno. Hay allá una nube vaporosa que volatiliza la dureza de la tierra; Simonetta, una imagen de Ella. La morena, una mujer. ¿Nacimiento de la humanidad? sí, no del hombre. Botticelli no vio los ojos de la morena ni sintió el puñetazo de su temperatura. No vio el caballo sudoroso metiéndose hasta el cuello, no sintió la firmeza de árbol caliente de quien la envolviera. El gozo terrible, el amor entre las guerras y el hambre, no existen en su atelier.

Otros contaron leyendas incluyendo raptos, enredos y reconocimientos tras los años. Inventaron historias y cronologías, ubicaron y fecharon el episodio, pero no fue así, fue otro, diverso. Los de allá, los blancos, lo vieron con ojos de ultramar, fijaron los datos en sus anales mas no lo comprendieron con la extraña mecánica del indio. Solamente el joven grumete conservó el carozo de lo que vio en estas regiones y lo usó en sus relatos. El comprendió que lo que se veía en sus pagos no es lo que había mirado aquí. Un ejército de las Indias puede en Europa

disimularse en una manada de corderos. Allá nadie cree en caballos voladores, salvo para burlarse de los inocentes.

Ustedes surcaron los mares pero no los penetraron. Solo los conocen por afuera -decíale Trampantojo a Galo. Las frutas son corazón de tierra, no mercancía. El mar, espejo de mi dios, ha dejado su burbuja de vida en el interior de estas gotas de los árboles. Cómo hablar de un propietario de la maravilla, entonces? Estas pampas -le dirá- son del dios, nosotros recorreremos su legado en honor y por mandato de él. Somos invitados a la orgía del dios.

Tendrán más discusiones. Galo dirá que ve en la naturaleza la medida de la naturaleza, Trampantojo dirá que ve hermanos. Por el interior de los árboles y los venados corre la misma sal que lo habita. Galo se reirá, le dirá que se comen a sí mismos entonces.

Pasarán las horas y el sabio de nariz de oro dirá que los conocimientos del indio (se cuida de llamarlos "ciencia") son sólo autosatisfacción. Ya ha habido otros pueblos que llegaron al borde de los descubrimientos y no los aprovecharon: Herón de Alejandría inventó una máquina movida a vapor y todo quedó en eso, Arquitas hizo un pájaro mecánico. Ni los gobernantes ni las gentes valoraron aquello, se conformaron con echarse bajo un árbol a repetir el nombre de Amaryllis, patulae recubans sub tegmine fagi. Pero ya pasó ese tiempo, hoy los sabios estamos dispuestos a tomar el toro por las astas, a subirnos al trono o manejar a quienes estén encima como figuras decorativas. Tenemos la ciencia y con ella tendremos el mundo que nos corresponde.

-No lo dudo.

-Tu pueblo me recuerda el pasado del mío: eres capaz de subirte a una columna a meditar o alejarte al desierto, a una cueva en soledad para rezar y entrar en contacto con los dioses. Te olvidas que a tu alrededor hay cosas.

-Son otras vidas. Observándolos comprendo y me comprendo. Tú solo pretendes el poder.

-Porque soy mejor. Ellos, los torpes de la cubierta, soñadores de tetas, deben obligatoriamente estar bajo nuestra férula, sostener la estructura de la pirámide. Y tus hermanos, también.

-Pero...

-Calla -rugió Galo-. Pregúntales a tus hermanos qué quieren. Míralos usar nuestra ropas, imitar nuestros modales. En breve abandonarán tu pueblo, desean vivir con los nuestros aunque sean sirvientes de sirvientes. No soportan el hambre y las enfermedades, productos de vuestra haraganería e indolencia. Quieren acceder a nuestras formas. Y no le importa que, para conseguir tal fin, deban abandonar su religión y sus hábitos. Pregúntales a los nueve hermanos que están arriba. Entre perseguir a pie, días y días, un venado o adquirir la comida en cualquier fonda cercana; cruzar los arroyos y los mares en lamentables balsas de troncos; por qué han de morir los niños desconocedores de medicinas?

-Sabes golpear, sabio, pero ¿olvidas el hambre o fines? ¿acaso en tus tierras no hay quienes corran por venados, se ahoguen en arroyos y mueran sin medicinas? Todo eso que dices es para quienes trepan la pirámide, exclusivamente.

-Y por qué no la trepas tú también? ¿o estás obligado a sumergirte junto a los torpes, junto a quienes no tienen luces suficientes como tus nueve hermanos de raza?

-Subir pisando sus cabezas, dices?

-No existe ninguna otra forma de subir, Trampantojo. No puedes ir pidiendo permiso y menos aún llevar a todos contigo. Se vive una vez; la ciencia, estoy seguro, estirará o perpetuará la vida humana, pero -baja la voz como si la Santa Hermandad estuviera en torno, y está en torno-- se vive una vez. Está todo aquí. He mirado las estrellas y los planetas, he mirado la luna: no son puras como dice la iglesia, tienen manchas, son mortales. Si ellos lo son, con su brillo y su inmensidad, si ellos mueren, se precipitan al mar en ramilletes, explotan o se consumen, por qué quedará algo de nosotros? El Sol venerado por tus pueblos, venerado por el mío como suma

imagen purísima del Dios, ese sol es solamente una bola de fuego en explosión, llena de máculas, manchas, basura.

Miguel, el grumete, observa escondido la escena. Comprende las disquisiciones, pero más que filosofías ama las historias y convierte lo que ve en argumento novelado. Se imagina a un indio como Trampantojo, más viejo y medio loco, con su taparrabos y su lanza, queriendo combatir contra enemigos hoy inexistentes y cayendo casi siempre derrotado, apaleado, burlado. Se imagina un joven bachiller, con el temperamento de Galo, que no cree más que en lo que ve y procura por todos los medios convencer al brujo de los sesos secos. Pero el indio persiste, ve deformarse las máquinas en tarascas, los cueros de vino tinto en gigantes enemigos y el mismo vino en sangre. Miguel bulle en episodios que no logra aunar. Se le acercan las imágenes y le rehúyen de inmediato dejándolo ansioso; por un instante vislumbra en los vaivenes de su memoria un viejo indio luchando por lo que no existe (una causa extemporánea) frente a despreciables materialistas como Galo que tienen histórica razón del momento. Y vuelve a olvidar provisoriamente, los exilios africanos le refrescarán la memoria (buen tónico es la cárcel o el encierro, pensará más adelante, él mismo). La escena excita su imaginación y lo distrae de ella. Atiende al sabio que se aproxima a la cara de Trampantojo, pero no logra oírlos; quédase fijado en la nariz de Galo, brilla el oro en la penumbra, e imagínase una historia de capa y espada, amores contrariados y una nariz es cortada y queda pendiente de un pelillo. El herido es llevado al hospital, sostiene en su mano la nariz como un amuleto. Las ratas parlanchinas (que no son ratas sino jóvenes encantados) roban la nariz y al comerla vuélvense por quebrantamiento de la magia a su estado humano anterior. Regresa al viejo indio enloquecido por la práctica de alguna brujería que aún su imaginación no le encuentra; el arte brujeril ha pasado de moda - piensa-, la medicina lo ha desplazado. Ya nadie cree en esas supercherías de pasas y hierbas curativas, pero él, anciano extemporáneo, sigue aferrado a su antigua ley y sale a recorrer el

mundo como mensajero de esa fe. Tiene mil tropiezos, es golpeado y escarnecido a menudo. Intentan engañarlo para que regrese a su tierra, pero él insiste, solo contra todos, como un árbol viejo y carcomido resistiendo a pie firme los embates de hormigas y arañas.

Lo tiene, lo tiene, le brillan los ojos a Miguel. Ya está, falta un poco aún pero ya está en camino. Es una historia muy buena. Quizás después de escribirla muera, quizás esta sea mi obra, la obra, piensa entre glorioso y asustado. La carraca lo sacude, pero la idea la tiene prendida ya de manera indeleble. En su caos creativo mézclase el indio con sus lecturas: Virgilio traducido por Hernández de Velasco. Homero por Gonzalo Pérez. Derribar los soberbios levantados y alzar a los humildes abatidos, se convierte en el lema de Trampantojo. A soberbios bajar con cruda guerra y perdonar a humildes y sujetos. Un aciago y mal intencionado Neptuno, habrá de ser su enemiga divinidad que no le deje volver a su Itaca. He de ponerle algo de viaje, algo de guerra, mucho de burla. Enseñar entreteniendo. Lo haré bajar a una cueva, enamorarse de un imposible, navegar, volar, desvanecerse, ver lo que no se ve y transformarlo todo. ¿Y si lo hiciera transparente? o mejor: creerse transparente. Pero siempre en batalla con gente descomunal y soberbia. No olvidar nada de esto, difíciles nugas. Claro que Miguel no lo olvidará, se irá imprimiendo en su vida hasta hacersele paralela. Hoy, aquí en esta carraca rumbo al Purgatorio, anota. Luego, allá en Africa, sumido en largos sufrimientos, se hará heroica. Finalmente la vejez le sumará todo y se verá tan tonto ante quienes lo rodean, imposibilitado de adaptarse, descreído de esos años donde muere el fulgor y cae en descrédito inane la defensa de las otrora gloriosas ideas, estos nuestros detestables siglos, se verá entonces tan tonto y extemporáneo que recordará en una nube lo que imaginara y viera en aquella sentina escondido cuando los marinos añoraban recuperar su miembro y Galo imponer su razón sin dudas. Esa será la obra que lo matará y resucitará, pero aún el joven inquieto y soñador no lo sabe, apenas lo vislumbra.

Ni el fuerte sacudón de la vieja nao, ni la oscuridad en que se vio sumido lo distrajerón, que - más aún- lo mantuvieron en sus trece. Aquella noche, de árboles cubiertos, aquel monstruoso son y horrible oímos, estando de la causa dél inciertos, porque rayo de estrella nunca vimos. Horrendos prodigios no visibles de La Eneida, horribles sonos de la carraca. Su indio -no ese dolorosamente real y encadenado que se debate frente al sabio, sino el suyo propio, el hijo de su imaginación- no tendrá cadenas, y enfrentará a los vestiglos con la temeridad de los orates. ¿Pero soportaría como él, como Miguel, el traqueteo nocturno dentro de un enorme féretro en la mar? Un tonel de vino rueda, lo golpea y le sangra encima, ¿otro enemigo hijo de la oscuridad? Golpes a compás, un crujir de hierros y cadenas, todo acompañado del furioso estruendo del agua; le inventan al grumete un episodio más.

Galo -esa misma noche- reflexiona sobre cubierta, solo, con el ojo puesto en su tubo de raros espejos y en las manos los otros cristales. Soy amigo de la verdad y no de la magia, enfermedad incurable y pegadiza, y debiera de tapiarle el aposento de sus delirios... hacerlo apeaar de la sierpe en que viene caballero e intenta herirme, ciertamente no le faltan punzadas contra mí, y tanto más graves que las del escorpión, puesto que este, como amigo del hombre no hiere si antes no ha sido ofendido y provocado mientras que este -el indio- muerde sin que yo le haya molestado, ni siquiera con el pensamiento. Por fortuna conozco el antídoto y el remedio inmediato contra tales punzadas: aplastaré y estregaré el mismo escorpión sobre las heridas, para que el veneno reabsorbido por el propio cadáver, me deje a mí libre y sano. Galo habla solo, luego calla, observa por el telescopio, reflexiona y murmura como si el otro estuviera a su lado, hecho extraño éste que a los ojos y oídos de algún marino desvelado se convierte en habladuría ("el indio brujo deambula invisible por las noches y discute con el sabio"). Entre el Almirante de Bruma con su cabeza de Luna, un Galo todo de oro narizado y el indio invisible se pone francamente intransitable la noche de la nao.

"Trampantojo, infinito es el numero de los tontos, es decir de los que no saben nada; bastantes son los que saben muy poco; pocos los que saben alguna cosilla; poquísimos los que dominan alguna pequeña parte -va y viene, se vuelve y amonesta con el dedo índice amenazante junto a su propia nariz-. Pecas contra la lógica. Como si la conclusión se hubiese sacado antes que las premisas y que los términos medios".

El ojo contra el vidrio y el espectáculo del cielo, lo tranquilizan. Como si rezara murmura: "por los inmensos campos del universo". Luego los pensamientos lo traen nuevamente a la idea fija de convencer y hacerse respetar por los que algo entienden: me parece algo nuevo que alguien pueda anteponer el testimonio de los hombres a lo que nos muestra la experimentación. La solidez de mi doctrina. Mi causa. Mi empresa. Pecas contra la lógica, sí, entiéndelo bien -ahora grita rojo y dorado- pecas contra la lógica. Y luego se enerva: ay de mí, sigo sin reparar en el paso de las horas, y sigo perdiendo mi tiempo en torno a estas puerilidades.

También en la noche el grumete Miguel es testigo. Ya casi ha perdido el sueño, viendo escenas, anotando ideas. En esta nave de los locos quién duerme.

-Debería quemar los libros atroces de donde sacas tales iniquidades.

-No es necesario porque mi pueblo no tiene libros, llevamos todo prendido a los huesos.

-Quemaré los huesos.

Alguna vez soñó, y en su sueño estaba el ímpetu del mar.

En su sueño el indio regresa al dios y es envuelto por él. El dios ha cumplido los siete años, juega con sus pequeños amigos, se entretienen todos en la arena de la playa, haciendo con ella figurillas que representan pájaros, caballos, venados, ñandúes y otros animales. Y cada uno se muestra orgulloso de su habilidad, y elogia la obra, diciendo: "Mi estatuita es mejor". Pero el dios de siete años dice: "mis figuras marcharán si yo lo ordeno". Y les manda marchar y en seguida se ponen a dar saltos. Luego las llama y vuelven. Ha hecho figuras que representan gaviotas. Les ordena volar, y vuelan, y posarse, y se posan en sus manos. Y les da de comer y

comen, y de beber y beben. Y ante unos venados que hace pone pastos y agua, y ellos comen y beben.

Los otros niños fueron a contarles a sus padres todo lo que había hecho el dios, y sus padres les prohibieron jugar con él diciéndoles que era un mago, y que convenía guardarse de él.

En el sueño el indio tiene también siete años ahora, y está lejos viendo esta escena. Cuando el niño dios se queda solo, hace volar el último pájaro de arena, lo mira perderse sobre el mar y luego gira levemente la cabeza y lo llama al niño indio. Trampantojo se acerca sin temor, se sienta frente a él y comienza a hacer figuras de arena. Hace un pez y se lo muestra al dios, el dios lo toma y lo echa al mar, el pez se aleja nadando. Ahora él mismo es el pez, se hunde hasta el fondo en busca de algas y luego comienza a ascender, ve una enorme sombra en la superficie - ¿una ballena?- y se asoma sigiloso. Desde arriba de la sombra lo observan personas que gritan algo confuso ("he visto una sirena, pero no es hermosa"). Él, indio pez, rodea la nave con curiosidad: es mirado con odio o con temor o como distinto, solamente el joven grumete Miguel, que está en la cofa, le sonrío con afecto tras sus ojos de ultramar.

Está en la playa, junto al niño dios. Hacen figuras. El, una gaviota que se desprende del suelo, roza la espuma, se alza, cae otra vez en picada. A lo lejos se ve la mancha de un cardumen. Va hacia allí. Lo circunvuela y elige el mejor bocado. Siente que se come a sí mismo. Es una experiencia placentera y multiplicadora. Con más vigor retoma la altura. Planea ahora sobre una carraca (en el sueño no la reconoce). La tripulación, ocupada en mantenerse sobre la faz del agua, no la ve. Hay sobre el palo mayor un joven que mira el horizonte curvo. Sopesa una piedra (es una bala de cañón). El, joven gaviota, pasa a poca distancia. Miguel, con la cabeza en las aves mecánicas de Arquitas, le arroja certero la piedra.

Junto al niño dios, en la playa -el sueño es esquemático- hace una bola de arena, es una bala de cañón, y es él mismo. Sobre la cofa, Miguel llora la muerte inútil del ave. Al indio le basta ese llanto.

El mar ha devorado la piedra sin dolor. Genera una secuencia centrípeta sobre la llanura de las aguas. Las aguas se hacen espuma y dan vida a cientos de figuritas de caballos que hacen el niño dios y el indio niño. Los potros inundan la llanura.

Despierta Trampantojo. Ya no es niño ni está con el dios. Las cadenas le marcan la piel. Una urna funeraria a la deriva encierra sus huesos aún con carnadura. Le duelen su estado, la vigilia y las torturas que presiente. Entre las sombras vislumbra una silueta de alguien escondido. Es Miguel. Trampantojo reconoce esa imagen del sueño y le sonrío. El joven le devuelve la sonrisa. La escena se desvanece, se va fundiendo entre los gritos de cubierta. El brujo vuelve a dormir. Está en una ciudad asombrosa andando por extrañas avenidas, con luces verdes y rojas que arden sin llama ni humo, con un enorme insecto de metal que zumba bajo sus piernas. Es un sueño recurrente. Un sueño que viene y va.

Y salió de un brinco a la noche de la sentina. A la sombra dura que lo rodea. Recordó las cuevas de su niñez. En ellas la oscuridad era blanda y tersa. Un rítmico goteo escanciaba el agua refrescante. Se internaba más, por filosas galerías, hasta el placer de los grabados mágicos donde su maestro le indicaba el descanso. Dormía bajo la tutela de los signos que anteriores brujos - como habría de ser él- estamparan en las duras peñas con sus visiones de los dioses y los mensajes a los hombres. El maestro encendía mechas de vegetales y sebo. Lugares sacros, imbuidos de poder. Allí aprendió a construir sus herramientas y a combinar los pigmentos. Y, especialmente, la mecánica del sueño y la representación. Los altos muros han sido pintados hasta la lejana bóveda; guanacos, manos y espíritus de manos, extraños animales desconocidos por él, seres fantásticos (mezcla de saurios y hombres), pisadas, grabados sin figuración: manchas rojas, violáceas, blancas; círculos, espirales, óvalos, estrellas. Grecas. Ñandúes, pumas. Imágenes de aspecto humano, rosas y naranjas.

En la oscuridad, el recuerdo y el sueño se entretejen . Ve las caras y máscaras que fueran su especialidad. Ve las geometrías simples que indican sus distintas etapas de aprendizaje. Se ve

finalmente -ya en manos del sueño neto- mezclando una arena muy roja, grasa del ñandú y su propio orín, y dejando la huella de su mano como indicio de la culminación del ciclo iniciático. Al lavarse, es ya un mago. Y el mago, sueña con su magia.

Sueña con un discípulo (en su pueblo no ha tenido tiempo), le enseña la ciencia y las técnicas. El joven aparece siempre de espaldas, trabajador, inquieto, creativo. Primero lo ha soñado como un corazón que latía. Lo soñó activo, caluroso, secreto, del grandor de un puño cerrado, color granate en la penumbra de un cuerpo humano sin cara ni sexo. Rozó el corazón con el índice, desde afuera y adentro. Al principio lo soñaba dormido, pero inmediatamente su magia lo despertó. Lo veía siempre de espaldas, trabajador, inquieto, creativo. Un sacudón de la carraca lo despertó apenas. Volvió de inmediato al sueño y se encontró en seguida con el joven; había hecho enormes progresos. Pintaba ahora con un estilo personal, aunque sin cortar con el diseño armónico de la cueva, unas agradables figuras humanas. Hombres celosos, mujeres enamoradas. Morenas. Ladronzuelos simpáticos. Animales parlantes. El joven habría de ser un gran mago, superior al mismísimo maestro que lo soñaba. Seguía de espaldas; envejecía pintando, se tornaba canoso, pesado y lento, pero sus dibujos crecían en maravillas. En el sueño, Trampantojo se le acercó tímida y curiosamente; se puso a su lado. En el preciso instante en que el anciano soñado estampaba su única mano hábil, el indio lo vio. El hijo del sueño volvió un poco la cara hacia él, sus ojos y su sonrisa inmersos en los surcos de la edad, no ocultaban su identidad: era el joven grumete Miguel.

Trampantojo, dormido, esbozó una de sus pocas sonrisas. Su cara y su cuerpo sujeto por cadenas, se distendieron. Comprendió que un buen sueño debe empezar inexorablemente por soñar un corazón.

El mago, ahora, controla sus sueños. Ni los blancos, ni su pueblo lo aceptan ya. Los errores de los españoles están vistos por ellos mismos como deslices, mas los de los indios son manifestación de su cultura inferior. El gran flagelo, la enorme peste ha sido para los aborígenes

la convicción de su decadencia; ven sus costumbres como errores, su moral es vergonzosa, sus hábitos lamentables frente a la maravilla del orbe europeo. Esas pieles blancas, esos cabellos como oro, han llevado a los nueve pasajeros indios a teñirse y pavonearse como falsos carapálidas. El mago vislumbra ese fin de ciclo, le basta oír a sus consanguíneos para preludiar derrumbes. Ha quedado solo. Lo ha ido soñando en cada pueblo que visitara antes de embarcarse en el Caribe hacia España. En la llanura vio cómo los muros se derrumbaban apenas construidos. (El lansquenete Ulrico contará a su regreso: "Allí se levantó un asiento y una casa fuerte para nuestro capitán, y un muro de tierra en derredor de la ciudad de una altura hasta donde uno puede alcanzar con un florete. También este muro era de tres pies de ancho y lo que se levantaba hoy se venía mañana de nuevo al suelo")

Las águilas de los Andes se hacían palomas. No está bien ni mal, está distinto. Salvo que los nuevos ropajes no traen felicidad, más bien hambres multiplicadas, dolores y humillaciones; y en algún momento lejano los nuevos ropajes caerán dejándolos con las llagas al aire. En su mágico sueño, el indio atiende a las opiniones de los suyos: él es un brujo envejecido, un ser de otros tiempos, no comprende que el río no es el mismo río y en la llanura han crecido otros pastizales. Es insostenible -le dicen- creer que hay una cuerda que une a los abuelos muertos con los jóvenes briosos. No existen cuerdas que traspasen ese escollo final de la vida. La pampa se convertirá en vergel, en los arenales surgirán oasis, le dicen; y él comprende que sus hermanos están enfermos de paraísos como los españoles: no ven su alrededor, su hambre y su enfermedad, el miedo les impide corregir y huyen hacia unas tierras inexistentes donde los esperan seres que esperan viajeros con cargamentos también inexistentes. Una gran máscara, ve el mago, cubre las naves y las tolderías. Esta es carraca derruida, no maravilla voladora. Allá no hay oros ni edenes, sólo arena y polvo. Galo lo sabe y deja que todos sueñen con tetas y riquezas. Galo conoce las miserias humanas aunque cubra las propias para no verse como es. Todo esto no se puede decir

pues quien lo profiere es tomado por loco. Puede ponerse en palabras pero nadie oirá y entenderá en su correcta dirección.

-Mi magia ayuda a ver, pero no cura a quien se cree sano.

A veces los propios dolores lo hacen desfallecer en sus convicciones. Si no fuera por la fortaleza que le ha dado la magia... En sus pueblos, la muerte triste, el abandono y la pereza. Las gentes se han cansado de correr tras el alimento, pero nada de eso cambiará, correrán para otros. Por cuentas de colores, alcohol y sífilis cambiarán sus tradiciones. Resistirán algunos (más por odio al otro que por amor a sí) pero el poderío hispano los aplastará y los sumirá en más dolor. Lo ve con claridad en su sueño ordenado aunque preferiría que toda su magia fallara y todas estas negras visiones no se cumplieran.

Despertó, pero mantuvo el hechizo con los ojos cerrados. "¿Estáis llenos de pústulas y faltos de dientes, cómo podéis negar lo que os ofrezco?" -Galo.

Recordó punto por punto lo vivido en Europa. Cuántas hermosuras que han olvidado los blancos. Por qué dejan de lado aquello para aferrarse a estas ambiciones oscuras? Pinturas sublimes, más llenas de hombres que de dioses. Construcciones monumentales y bellas. Todo carcomido por seres rastreros y viles. La larga mano de los poderosos ha llegado hasta las frutales campiñas, para poner a los campesinos detrás de la espada ensangrentando distintas lejanías. En algún momento llevarían a sus pampas esas excelsas obras?, su magia no llegaba a verlo. Arriba, el Almirante, rodeado de conocimientos, de libros e instrumentos para otear el cielo, era considerado un loco o había enloquecido. Probablemente fuera un mago, también, pero no tendría la posibilidad de averiguarlo. Evidentemente Galo no quería que ambos, Trampantojo y el Almirante, se vieran y potenciaran sus insanias. Solo burla y escarnio para quienes entendían.

Muchas cosas maravillosas y terribles hay, ninguna tanto como el hombre. El es quien al otro lado del espumante mar se traslada. El surca la tierra inculta y le hace parir alimentos para los niños y los ancianos. El es quien hace redes para pescar y trampas para cazar, munido de un

ingenio incomparable. El es quien ha construido estas naves capaces de llevar en su vientre animales, hombres, comida, agua. El es quien ha puesto su saber por escrito, quien ha inventado máquinas fabulosas que multiplican los libros y los distribuyen por el mundo. El es quien ha diseñado el anteojo de Galo que acerca y descubre astros. Pero es también el ser terrible que nos roba el oro, nos sume en la miseria, destruye impiadoso nuestros dioses y veja nuestras mujeres. El es también el que nos lanza los perros asesinos cebados con nuestra carne. Es el hombre capaz de construir aves metálicas que unan distancias inaccesibles. Y luego arrojar fuego desde ellas sobre una población de embarazadas. El hombre es un ser terrible y maravilloso. El blanco es hombre. ¿Podrá el blanco no ser sólo terrible?

Siempre historias de tristezas. Galo, necesitado de poder, solamente habla de dominios que lastiman a otros. Dominar, domar, meter a todos en mi casa, a mi servicio. El barco tiene perros entrenados para el horror. Lebreles e perros bravos e denodados para despedazar al indio, para que lo comiese e lo matase. Perros corsos haciendo destrozos en los cuerpos desnudos. Perros cebados en carne de aborigen. Alanes y mastines que fueron enseñados para luchar contra los lobos, a prenderse de las orejas de los jabalíes hasta humillarlos, a pelear con los osos en las montañas encarnándolos en la sangre y las entrañas de sus víctimas. Un tal Roque Martín tenía cuartos de indios para criar perros, los cuales la caza que hacían era despedazar hombres y mujeres de estos naturales. Cubiertos con el escaupil y protegido su cuello con un collar de púas, entraban primero en combate. Se usaban para arrancar confesiones y ajusticiar a condenados. Lamentables historias. Llenas de gris arratonado, los colores luminosos se reservan para las pinturas y murales. Los hermanos, en cambio, contaban leyendas jugosas. ¿Estos hombres blancos tendrán entre sí momentos de dicha y alegría? parecen estar reservadas al papel; y en el mundo reyes pálidos, castillos sombríos, muertos y muerte por doquier bailando su danza. El miedo a la Dama, negra, munida de guadaña, el rostro tapado, rodea los pensamientos. Todo en

función de un más allá en el que no creen. Un más allá que paraliza, da terror, mortifica la carne. El sexo atado por el más allá. La muerte como barrera a la risa (si ríes en Viernes, llorarás en Domingo). Apocalipsis, no génesis. El del blanco es un universo tanático. El del indio, erótico.

El hombre es espectáculo digno de verse. Construye armas para que otros no lo maten, y luego se las vende. Con los dineros obtenidos paga a estudiosos que diseñan otras más poderosas, pero ellos luego se cambian de bando por mejores condiciones laborales. Finalmente los poderosos firman un pacto de no agresión que consiste en que ambos no se apuntarán entre sí sino a terceros a los que luego les enviarán armamento para que se defiendan. Galimatías. La razón de la sin razón de mi razón...

Arriba, en cubierta, los nueve hermanos creen que todo es gratis. Se miran con sus bonetes rojos, tijeras, cuentas de vidrio; comparan sus camisas de holanda y evalúan cuál ilustración de las medallas es mejor, ¿tal vez una dorada donde San Jorge vence al dragón? ¿Pero piensan acaso los nueve hermanos que ellos pueden ser San Jorge? En el reparto internacional de tareas, obviamente, serán dragones vencidos con tal arte que creerán formar parte del cortejo triunfal. Pero cómo podría Trampantojo ni nadie convencerlos si por el momento están mejor vestidos y alimentados.

Les han regalado algunos arcabuces que se yerguen poderosos frente a las tristes porras y hachas de piedra. Con ellos -piensan- mantendrán en la raya a sus hermanos y les inculcarán la luz de la civilización. No dispondrán de mucha pólvora y munición, sólo para un par de disparos intimidatorios, pero tal vez sea suficiente para alcanzar el cacicazgo y modernizar a estos pobres dormidos. Basta de ayillo y boleadora de tres piedras con sogas de tiento, con un disparo certero de estas nuevas armas no es necesario ni hacer esfuerzo. Hasta un niño puede hacerlo. Y lo hará, por cierto.

(Y dónde están las ganas de imitar al sol? el arte, la palabra pescada del mar. Yo no soy el indio, soy el otro. Y el otro es quien ve de afuera y dice lo que uno a menudo no percibió.)

Llueve intensamente. Sobre la carraca húmeda y llena de mar, llueve. Y la lluvia le mete más tierra a la vieja nave. Es, para Trampantojo, un féretro a la deriva, una tinaja donde yace incómodo, una urna funeraria que se llena de algas, espuma sucia y peces muertos, todos restos de unas gentes rubias otrora pujantes y católicas, hoy mercantilizadas, individualistas, olvidadas de toda utopía. Y sin esa sal de la tierra en ningún lado, quién se moverá. Y si esa sal pierde su sabor? La nave no viaja, la carraca yace muerta en el inmenso mar que es el morir. Una eternidad sin sol, sin arriba, una desmesurada eternidad pastosa infectada de aguas por abajo, por los lados, por la lluvia. El agua es hoy saliva que babea a hombres jadeantes y desesperados. Cuánta soledad hay en esta multitud de marinos impotentes e indios teñidos. Hombres en la plenitud del engendramiento, de recia musculatura y firmeza de miembros, despojados por encantamiento de sus falos, lisos como la mar llana, lisos como la madera cepillada, lisos como la piel de las nalgas. Hombres previos a la hombría. Hombres deshominizados. ¿Hombres sin atributos, estos hombretones? Y los tristes indios enmascarados de blancos. Los nueve hermanos de la cubierta cubriendo su condición de distintos con polvos, tinturas, ropajes extraños. Una fiesta de los locos, un carnaval irreligioso. Un cambalache grotesco. Trampantojo, encadenado en la sentina al palo mayor, llora, impotente. Su magia no es suficiente para ayudar a quien quiere ahogarse. No tiene tal poder que impida a los que se arrojaron al precipicio, remontar el vuelo de nuevo hacia las cumbres. Trampantojo ya no es porque los demás están fuera de su tiempo. Trampantojo fue.

-No pienses más, no hagas más comentarios. Te amargas, discutes, te crees superior y sin embargo estás encadenado y a mis pies. Qué quieres demostrar? No percibes? No ves? no notas que estás bajo mi poder físico e intelectual? Te tengo en mis manos, Trampaparalosojos. Eres lo que no es. Piensas acaso que serás, no lo niego tal vez seas en un futuro incierto y lejano, pero hoy, el que es soy yo. Yo soy el que es. Tú eres el que fue y tal vez será. Serías. Pero hoy, ahora, en estos días, en estos tiempos; casi te diría, indio, que en esta edad, tú no existes. Mírate, solo y encadenado. Mira a tus hermanos, arriba en cubierta, comiendo al sol, vestidos como europeos,

tiñéndose el pelo. Qué pretendes hacer? morir por la inexistencia? Cuándo te darás cuenta de que el invasor eres tú. Tú eres el extranjero, el venido de otro lado, el distinto, el mal mirado, el extraño que no tiene que ver con las entrañas. Tus nueve hermanos de aquí arriba, tus hermanos de la tierra adonde vamos y todos nosotros, blancos y superiores, somos los nativos, propietarios. Tú eres el distinto. El invasor. Y para colmo el invasor perdidoso. Enciértrate en tu cueva a pintar manos y déjanos a los sabios el gobierno de las cosas del mundo.

El olvido es ancho y negro, entra el otoño en el corazón. Yo tengo miedo al invierno por el recuerdo lleno de sol. O no tengo miedo? Quizás no lo tenga para mí (aunque a veces también lo tengo), pero es seguro que me asusto por ellos, mis hermanos. Adónde irán con esas caras disfraz, esos pelos disfraz, esa mente disfraz? Un enmascaramiento sin ritual, tan solo para no ser. Esas cubiertas de mis hermanos de arriba, son negación de sí, alejamiento de sí. Desean convertirse en el otro. Nadie es otro. Otro es nada. Uno es uno mismo o nada. Y ellos eligen nada, huyen. Están desorientados, tienen un desencuentro con la fe, quieren cruzar el mar y no pueden. Y yo?

Hace mucho, todos éramos más niños, los árboles apenas elevaban su fronda y la música no había surgido de los cañaverales. Sentado junto a una enorme piedra que sí se erguía soberana, miraba pasar el viento entre los pastos -prefiguración del mar-, empecé a levantar la vista hasta chocar mi cabeza contra la piedra y mirar paralelamente por esa extraña superficie plana. En la cima, a muchos metros, bailoteaba una araña. Repentinamente el hilo de su tela se cortó por el viento y el pobre insecto se desprendió y cayó vertiginoso. Cuando estaba encima de mi cabeza puse mi mano y la contuve. Comenzó a caminar agradecida por mi palma. Tenía el tamaño de una uña. Sentí que me picaba. Durante varios días la mano, y luego el brazo, se irritaron con un costurón rojo como víbora que me trepaba desde la mano, por el brazo, hasta el codo.

La araña que salvaste te picó, qué vas a hacer.

Y el hombre que ayudaste te hizo mal, dále que va.

Querés cruzar el mar y no podés.

Qué desencuentro, si hasta el dios está lejano.

Sangrás por dentro, todo es cruento, todo es vil.

No te fíes de tus hermanos.

Amargo desencuentro porque ves que es al revés.

Estoy fuera de tiempos, porque me atan al mar y me ocupan la tierra. Pero las vastas extensiones donde he vivido, donde he cazado el venado y visto a Chachao, son nuestras. Y lo son porque nos engendraron. Nada extraño puede sobrevivir allí en mi pampa, tarde o temprano ella lo expulsará o lo licuará para devolverlo al mar de donde vino.

Cierta vez, era niño, me clavé una espina; durante la vida de una luna se alojó en mí. Al principio urgué, molesto, sin éxito. Luego intenté arrancarla. Nada pude hacer, el dolor fue pasando, el ser extraño se instaló en mí hasta el olvido. Una mañana, aún inmerso en algo de sueño, fue expulsada por alguna fuerza, por algún viento que habita en nuestro interior. La fuerza se cansó y echó la espina. Pobre consuelo... ¿y si no ocurriera lo mismo con nuestra tierra invadida? ¿si la espina se aclimatara como esos árboles transplantados, si la tierra los acepta? En tal caso no seremos los mismos y quizás no sufriremos. Solo le temo al olvido. La pampa no perdona el olvido. La pampa es masa del dios, barro de Chachao. El se fue, dejó a Walichu... ¿Walichu tomará partido por ellos? No, porque hasta nuestro demonio es nuestro y fue parido en esta tierra. Ellos tienen otro diablo, lo traen en la carraca junto a vacas y yeguas, como traen otro

dios. Les hará lugar Walichu? Si lo hace, el mal y el bien serán otro mal y otro bien. Tal vez lo bueno sea malo y lo malo, bueno.

Qué hay acá que tanto los atrae? Ese Paraíso que añoran, no está. Tal vez se vayan cuando no lo hallen? No, no se irán, o se irán sólo los que vinieron por tetas y oros, y se quedará la Bestia, el Terrible Galo, con sus medidas y sus pesos para reglamentar nuestros miedos y nuestros afectos. Galo será, tarde o temprano, el verdadero pie que holle este barro y lo convierta en piedra dura que ya no sienta. Hará de la caña musical, rayo, y de la lengua, números. Los árboles dejarán de tener espíritu; los bosques habrán de ser fuego; las mujeres, esclavas; los dioses se harán recuerdos; los santos muertos serán vistos y revueltos como simplemente huesos.

Qué hacen mis hermanos que no reaccionan? Tan fácil es caer, tan duro trepar. No parece existir el ascenso para quienes ruedan por esta inmensa llanura. ¿El mal que nos aqueja es la extensión? Por donde la vista vuela no encuentra donde posarse, el desierto nos invade las entrañas. Pero es que somos eso: maravilloso desierto donde los ojos descansan, inmensidad que prefigura el camino de Chachao, la Vía Láctea; eso somos, eso tenemos que defender: una planicie inconmensurable de donde nacen los cantos, las músicas. En la estrechez de las ciudades que les he visto a los blancos, no hay poesía sino papeles. Qué harán estos hombres de ultramar con los ñandúes, verán en sus pezuñas las huellas de los dioses? o los quitarán de la tierra para emplumar sus reinas y sus hembras? Estos hombres grises que no blancos no tienen preguntas sino afirmaciones. Y si no hay oro ni plata ni tetas, las crearán con su necesidad y su impudicia; se aferrarán al oro (aunque no sea oro), y si no hay oro se aferrarán a la mierda (aunque sea mierda). Estos hombres grises engendrarán en nuestras mujeres rojas y darán hijos que serán como sus padres (como todos los hijos) y amarán por sobre todas las cosas a sus madres (como todos los hijos); y seguirán admirando esta tierra donde soplan los vientos y aplanan los pastos. Pero Galo no engendrará aquí porque desprecia. Solamente traerá otros como él para dominar a

mis hermanos, a los tristes marinos de cubierta, y a sus hijos. Galo traerá malos pájaros y malas hierbas. Su desdén serán plagas.

Debe seguir la magia aunque escondida, en los descendientes de esta mezcla. Y saldrá a la luz en algún siglo para defendernos de las narices metálicas .

Galo quiere inculparme de la muerte del Almirante de Bruma, lo he visto en sus ojos rapaces. El odia al viejo que sueña y lee y posa sus manos también mágicas sobre la tormenta. El odia todo lo que no puede dominar, lo que teme, lo que no puede medir. Ni el viejo ni yo sobreviviremos a su ferocidad. El, de una u otra forma, nos torturará.

¿Son hombres del Este o del Norte?

Hombres del este, cálidos, fecundos y fértiles. Tierra de cultura y refinamiento. El sol que nace y la estrella de la mañana. El este, lado de la luz, lado masculino del universo. ¿Predomina en ellos la fuerza o la agresividad? Pero vienen mezclados con hombres del norte, incultos, erizados, cazadores, tanáticos; esforzados, perseverantes, lado derecho de la tierra, lado de la muerte, y la noche, lejos del camino de Chachao, cielo plagado de 400 serpientes de nubes.

En cambio el Sur...El lado de las espinas. Cambiante, imprevisible y lunar. Sorprendente Colibrí de Izquierda. Pero diurno y luminoso. Pero ebrio, tierra de agave. Y erótico.

Galo viene del Norte, que no del Este, viene a sodomizarnos. Somos sus hembras, heridas con la cara contra el barro. Montadas como las bestias. No tenemos rostro para ellos.

Pero esa cruz del este y el norte ha dado infecundidad y violencia. Olvido es su nombre, y ya lo han olvidado. Adónde han quedado sus ganas de fiestas? Solamente oros y tetas los mueven. Y Galo es peor, porque es norte incontaminado, nariz de metal y ojos de metal. El fiero espanto engendran los que no se mezclan, los que se sienten incontaminados y puros. La pureza de sangre genera locura, fija el cerebro en el hierro. Galo! Su lengua es de metal. Su oreja... Galo ha fabricado con su artesanía terrible un corazón de metal que nunca se detiene. No se demora, no salta en el pecho. Jamás se frena su frío corazón sin sangre. El Almirante está hecho con

maderas. Es cierto que la broma y el moho lo han carcomido (polvoriento está, y abichado) pero aún huele a bosque, a hermano árbol. Aún el viento lo mece y lo obedece. Nada peor que la madera para un ojo de hierro. Mal te ves, Almirante, y mal me veo, yo, hecho de tierra polvorienta y sal.

Galo pule enormes espejos que solo ve él. Es un brujo malvado porque su sabiduría es esclava del ansia de poder y dominio. No es sabio, es un armador: ha buceado en la ciencia de otros siglos, ha rastreado y robado ideas y máquinas que otros no se animaron a implantar sobre la tierra. Cuántos observaron el abismo? cuántos! pero conservaron el temor final y no se lanzaron sobre él. Galo sí, Galo se arroja. Ata a sus hermanos del cuello y los arrastra a una sucesión de pozos. Se zambulle en uno y dentro hay otro. Como el crimen es la insania de las cosas y el dominio: todos queremos matar, algunos lo hacen, los asesinos tapan con un crimen el crimen anterior hasta que la sangre les llega a los labios y los embriaga. La sangre y las cosas reclaman más cosas y sangre. Galo no admira la naturaleza, desciende por ella. Sus invenciones no se detienen ante nada, ni ante la injusticia, ni ante la impiedad. La construcción de objetos está, para el narizado metálico, por encima del bien. En el principio fue la práctica, el hacer. Sobre las primitivas aguas del mundo no sobrevoló el espíritu, el ánimo viento, sino la mano artesana. Galo cortó sus alas y se dejó las garras. El pobre hombre, cargado de tanto cerebro, ha perdido el rumbo de lo trascendente, Dios no existe se ha dicho, y el hombre es una minúscula, los días están contados y prefigurados en el libro de la naturaleza (que es un simple mapa), qué hacerse entonces sino capturar el día, meterlo tras un cristal, medirlo hasta la enfermedad. Qué hay por arriba de nuestras cabezas más que aires y astros? se dijo. Y obra en consecuencia. Solamente las cosas nos permiten asirnos de ellas. El resto no es.

¿Será tan perverso Galo, o le estaré endilgando todos los males? Quizás haya en él una manera de ver que no sea la mía, y que no sea tampoco errónea. ¿No será posible que él vea el fuego del

lado de la sombra y yo de la luz, o viceversa? Tal vez seamos fuego ambos, él quema, yo ardo; yo caliente y cocino, él destruye basuras. Y qué soy yo más que basura, cosa. El solo ve el peso y la medida, yo el significado; quién se equivoca? yo, si pesan; él, si intento entender. Ay, dioses, ay. Pero con seguridad, mis hermanos de cubierta son despreciables por híbridos. Neutros. Se requieren dos polos para hacer funcionar la maquinaria del mundo? pero yo no quiero ponerla en marcha, esa es tarea divina, superior, solamente puedo intentar la comprensión del movimiento. Por qué se mueven, por qué estoy quieto. Los hombres como Galo buscan el cómo para repetir los procedimientos. Y en esa ruta, no interesa qué caminos se recorren, qué puentes se destruyen, qué riachos se desvían aunque los peces queden nadando en el aire. En este instante intento entenderlo, él sólo necesita saltarme.

Podría tener más hijos, una esposa, pero el hermano es irrepetible. Mis padres han muerto, cómo podría tener otro hermano. El hermano es hoy. El hijo no es. Olvidar al hermano es mentir hijos. Despreocuparse por el semejante es arrojar el problema hacia el futuro, y en el futuro lo volveremos a arrojar porque a eso nos hemos acostumbrado, nos hemos estado entrenando en alejar el afecto. Un hijo es una cosita que adorna, cuando se convierta en grande, en un par lo patearé o me pateará. El prójimo es el hermano, el otro.

Ellos hablan de hijos y de futuro de manera egoísta, como prolongaciones del yo.

CAPITULO SEPTIMO

Mirar hacia atrás del viaje buscando estelas. ¿Quedará el goce abierto del mar calado, ese orgasmo de agua y madera, muertecilla que pasa? ¿y qué de la piedra arrojada desde la cofa, qué de esa oreja que mal escuchó palomas mecánicas y magias de la vista, qué será de las historias de ratas parlantes, indios magos, indios tontos, científicos torturadores y almirantes locos?

¿Habrà para la nao mohosa y sus fantasmales tripulantes alguien que convierta en permanente lo fugaz? Ah, como un vate ciego para el varón ingenioso y el cíclope, tal vez algún osado que

descienda con su pluma a los infiernos y los cielos nimios de esta carraca carcomida y polvorienta. O como el juglar que vislumbró batallas o el desconocido poeta que inició un romance de diez versos, quizás alguien sea ayudado por santos milagrosos.

No pueden estas vidas entrelazadas perder su trama y su tapiz. Seguramente los dioses han puesto dentro de este grumete observador e inquieto un grano de sal que germine. Esa ínfima mostaza que destellará bajo la inmensa luz de Africa mañana.

En caso contrario el sol alto desvanecerá al Almirante de Bruma con su cabeza de Luna. Un viento fresco hará vapor de agua de los vapores fantásticos. Ni la risa y el escarnio quedará. ¿Dónde yacerán sin el novelador que lo haga perdurar, dónde irá cada pequeña vida, esa nariz de oriplata, aquellos miembros enfrascados por brujas ratisbonas?

Ubi erunt? ¿Dónde irán las dádivas desmedidas, los edificios reales llenos de oro, las vajillas tan fabridas, los enriques y reales del tesoro; los jaeces y caballos de sus gentes y atavíos tan sobrados, dónde iremos a buscarlos, qué fueron sino rocíos de los prados? Si no quedarán en ningún lado aquella prosperidad, los infinitos tesoros, villas y lugares, si habrán de pasar las huestes innumerables, los pendones y estandartes, los castillos impunables, los muros, tantos duques excelentes e barones como vimos tan potentes; entonces qué será de esta pequeñez y pobreza de hombres y nao.

La boca de las gentes repetirá las peripecias de las tres carabelas en las que el Almirante menos viejo curvara la tierra en busca de las Indias y topara con este agujero en medio de los océanos. Repetirán esa historia sabios y niños. Pero qué será de los días últimos del Cegatón Gotoso en lucha contra monstruos que solo ve él, un triste derrotero hacia el sur del mundo donde una raya de tierra se extiende vacía de interés. ¿Qué será de esos flacos días y pobres gentes achacosas o encadenadas o desvariantes? nada sería sin el grumete que de estas nimiedades hará vidas.

El rocío de los prados se desvanece. El día es tautológicamente efímero. Pero Miguel transformará la masa en energía para que nada se pierda. Ya lo ha estado haciendo a lo largo de

este viaje a ninguna parte. Ha hilado cabos sueltos y levantado ciudades donde apenas si había algún muro, algún trozo de piedra. Ha estado juntado limos originarios, átomos difusos, para su construcción futura.

Nunca tan al sur. Tanto que el gran mudamiento de los astros asustará a un Marino que anduvo todos los mares, y asustó a tal punto la desaparición de las Osas y el bailoteo de la aguja brújula que en las crónicas y bitácoras no se consignará este descenso por la panza de la tierra sino solamente un amague que llega al Orinoco y remonta vuelo hacia tierras amenas y tersas. Nada de sur. Cuatro líneas que entrecosen el Ecuador son los viajes del Almirante. Gran ficción la realidad: si hasta su cuerpo han dicho que regresó, y no fue tal porque el cegatón murió aquí en las cercanías del Plata. Tampoco fue natural su muerte sino crimen. Y quien fue visto como asesino no lo fue. Nada es lo que parece. El Viejo fue asesinado por Galo (era previsible), pero se inculpó a Trampantojo porque fue visto acuchillar al Almirante. Barroquismo. Retorcimiento. (Velázquez pintando una tela en su estudio donde las meninas y los otros nos observan pero no nos observan a nosotros sino a los reyes que se reflejan en un espejo.) ¿Y aquí en el sur con las estrellas distintas, los climas invertidos, la canícula en invierno y la cerrazón de las flores en Abril, los torbellinos girando en sentido contrario, y hasta la astrología cambiada, cómo se interpreta lo que se ve? Galo observa otros astros, pero no distingue otras gentes: aplana a la humanidad haciendo iguales a civilizados con pampeanos y a agremiados con ociosos. Es que su antejo le permite acercar lo distante, pero le impide verlo por detrás: El sufrimiento tiene su silogismo, la razón no duele. La pasión puede ser una forma rudimentaria de inteligir, pero la razón es solamente balanza y metro, plano y escala. Unicamente los locos han tenido una visión aproximada de estas gentes semblantes de bestias. Cuando el grumete quiera escribir lo que ha intuitido hará un hombre digno que será visto como demente por quienes lo circundan. El quebrantamiento de aquella lógica será quizás una manera de vislumbrar estos mundos diferentes.

El Almirante había sido premiado/castigado. Su tozudez de viajero lo hizo toparse con una realidad distinta. Descendió de su carabela, caminó por las aguas del Caribe y el cielo se abrió sobre su cabeza con oros y cánticos difíciles, sino imposibles, de soportar por un ser humano. Fue el precio: descubrir un mundo nuevo sale tanto como entrar en la vieja cripta maldita de los faraones, sólo un dios puede soportar al diablo después de cuarenta días en el desierto. Y aquel almirante menos anciano y nada gotoso no era un dios, en absoluto. Antes de ser ciego ya era obcecado. Buscó y rebuscó la manera de llevar adelante su idea fija desde niño: llegar al otro lado, atravesar el confín. Pasó el límite del mundo conocido y lo pagó con su cordura, al contado y en una sola cuota, sin letras de cambio, sin financiación. No pudo gozar más que el momento en que todo ocurrió. Visión triunfal y locura en el mismo punto. Quedóse allí, en ese instante en que los mundos se rozaron; y allí estalló su seso de tanto leer y poco dormir. Sus ojos siguieron viendo siempre las mismas aguas, y los olores y sonidos continuaron siendo los de aquella vez sublime. Atravesó el umbral terrible que es obligatorio atravesar para ser.

El primer viaje del Cegatón fue el único, si no el último. Luego repitió gestos, copió acciones, vivió en el pasado desdibujándose cada vez más como repetición de repetición en el espejo. Era el mismo, pero exactamente el mismo de antes en otros tiempos posteriores. Se perpetuó quedándose. Fijado en una gloria que se desvaneció. La tierra (aunque casi nadie lo supiera) siguió girando y bailando por el espacio imperfecto, y él, cada vez más achacado y loco, permaneció inmóvil, fijo, atornillado. Ante sus ojos pasaron extraños paisajes nuevos pero continuaba bajando de su carabela y agradeciendo al Creador que su idea de unir España con las Indias por el poniente fuera realizable. Los viajes siguientes fueron un calco. Recién en el último (que se finge tercero para disimular el crimen) emprendió una tarea distinta: inmerso en un solo tiempo, el pasado de gloria, buscó el supremo lugar, el paraíso que su maestro Dante ubicaba rumbo al sur en las antípodas de Jerusalén. Solamente el gran salto a los otros mundos de allende el mundo, le harían

volver -paradoja- al momento de suprema gloria: gran motivo de este torpe viaje. Un gran paso para este hombre, un paso inexistente para la humanidad.

Durante aquel motín que sólo sirvió para que el negro Antón envergara al gomorro, nadie hubiera sospechado o admitido que Galo se hiciera cargo de la empresa de exterminar al Almirante. Ahora, con el viejo muerto nadie lo inculpaba tampoco. Si todos lo habían visto al indio Trampantojo entre las brumas con el enorme cuchillo... y todos sobre cubierta habían observado el metal desgarrando la carne y la sangre escondiendo el metal.

Galo no estaba allí. En medio de los estupefactos marinos que encerraban la escena entre sus cuerpos y el mar eterno, semirrodados por negros, grumetes e indios de cubierta, como en un anfiteatro, solamente el indio y el viejo. Extraña representación del crimen. Galo no estaba. Nadie lo había visto. Y tras los actores sólo la nube, el agua.

Que no hierve como dicen, ni el sol los pone negros. Por eso la función no es en la sentina sino a cara descubierta, bajo el cristo, a pleno exterior. El mar y la sal, a foro. Acostrumbrados a ver al Almirante de Bruma con su cabeza de luna, hechos los tripulantes a visiones y audiciones fantasmales, casi con naturalidad reciben sobre cubierta al Viejo Descalzo unos cuantos marinos que iban y venían en sus quehaceres y quenohaceres. Pasaban y lo vieron. Los que estaban, de golpe y porrazo, lo vieron. Había algo extraño, como distante, fuera de lugar en su movimiento. Parecía no tocar la superficie. Pero estaba tan cerca de ella que no era creíble que flotara. Más claramente: si hubiera sobrevolado a medio metro de las tablas no habría ocasionado casi sorpresa (el Almirante era para los crédulos marinos, visión y quimera), pero lo veían que piso y no piso, que toco y que me voy un poco. Quizás no se decidiera a emprender el vuelo ni tampoco a quedarse. Ante el enorme silencio de sus compañeros, fueron llegando de abajo, de adentro, de arriba los demás hombres. Todos estaban menos Galo. Y Trampantojo, que fue el último en entrar en escena. Allí sí que el silencio se cortó en exhalación. Sin corifeo, todos al unísono, exclamaron

un largo oooh! El indio mago irrumpió en el aire, junto al Viejo Cegatón que no lo veía ni lo oía, con su enorme cuchillo enhiesto, ojos de desgano, un trozo de cadena que aún unía su muñeca a un enorme poste invisible. La boca del indio hablaba pero las orejas de allí no oyeron palabra, por la forma en que la movía y el hincharse y deshincharse de su pecho se podía creer que gritaba. Corcoveó la carraca, crujieron las maderas, rompió la enorme ola desprendiéndose ahora de la nao, dejándola caer en la mar llana; todos se desmoronaron, se apoyaron entre sí, se sostuvieron en masa, pero ni el mago ni el viejo cambiaron sus posturas o perdieron el aplomo, algo superior los mantenía en sus trece: el Cegatón en actitud de murmurar sus ajenos tercetos, Trampantojo insultando con furor mudo.

Como en un fogonazo, el Almirante está ahora sentado de espaldas al indio, escribiendo con su pluma y sus mapas. No lo vieron moverse, apareció en otro lado. Y el indio se le aproxima brujo sin caminar, en la misma posición pero más cerca. La mano, el brazo, el cuello vibran irascibles; el cuchillo se alza lentamente y cae torpe sobre el Viejo que parece no acusar recibo de tamaña herida. Un breve espacio de tiempo y un enorme silencio. Ahora sí se oye el aullido exagerado del anciano pero no viene de allí mismo, todos voltean la cabeza menos Miguel el grumete, que ha quedado clavado a la escena: ve al indio en la misma posición y ve que ya no está el Almirante, ha desaparecido. Con el grito se produce un despertar colectivo, todos corren hacia casi todos lados, algunos aciertan a dirigirse al castillo de popa donde yace el Cegatón definitivamente ciego y bruma y luna. Hay un murmullo irritado. Los marinos han perdido la memoria del motín y claman por venganza, vuelven sobre sus pasos hacia la escena del crimen pero no queda nada, ni olores ni sangres. Atropelladamente se arrojan hacia la sentina donde está el indio encadenado. Asesino, gritan, cobarde, gritan. Han logrado ubicar por un tiempo al culpable de todos sus males y todas sus frustraciones. Quieren ejecutarlo. Pero Galo se interpone, regio, irrumpiendo como deus ex machina: "No debemos quitarle trabajo al Santo Oficio". Tal mención fija en esos hombres dos ideas: esto ha sido brujería, esto escapa a nuestras manos.

Nadie dice al Almirante: "La soledad en que nos habéis dejado no se puede dezir". Bajo su cabeza muerta una alegoría dibujada por él mismo: él sobre una nave triunfal bajo lo trompeta de la fama. A un lado la pequeña nave que construyó, exacta réplica de la vieja carraca mohosa. Una carta en la que había estado trazando las últimas islas. La ampolleta volcada como un fácil símbolo de la detención del tiempo. La cáscara seca del cangrejo tan muerto como su dueño. Y encerrándolo todo como burbuja, la soledad. No os dejó en soledad. Fue soledad. Angeles músicos sobrevuelan una pequeña embarcación de vela inflada. Unicamente la fama te visita (fama quimera).

Flotando sobre el navegante obcecado, la ilusión del gran Khan. Tal vez ahora llegue el ex cegatón gotoso a tierras de oros y grandes naos. El paisaje, encantador. Verdes arboledas, con mucha agua, se extendían más graciosas y hermosas que las de Castilla por el mes de mayo. Había más de cien islas por aquellos contornos. El Almirante en el batel, salíanle los indios al encuentro llamándolo a gritos y ofreciéndole agua fresca y cosas de comer. ¿Sois venidos del cielo? preguntábanle por señas. Venid y veréis los hombres que vinieron del cielo; traedlos de comer y de beber. Dioles bonetes rojos, cuentas verdes y cascabeles. Ofrecíanle alimentos y echábanse al suelo, reverentes. Desnudos, completamente desnudos, llevábanles barriles de agua. Era una lujuria la selva que explota de papagayos y lagartos, raros conejos, perros con un gruñido como entre el gazzate que no ladran. Esta tierra la mejor y más fértil y templada y llana y buena que haya en el mundo. De los árboles y de las flores emanaba un perfume que era cosa suavísima y para motivo de dar muchas gracias a Dios.

Todo esto quedó suspendido sobre su cuerpo muerto, mientras él vería finalmente o no vería los oros añorados y las islas benditas donde las ovejas escuchan atentamente los cantos pastoriles olvidadas de pacer, donde no existen estas dos palabras de tuyo y mío, y donde la fama no es sólo un dibujo ilusorio.

Esa abundancia y dulzura son solo vapores de la memoria del muerto. Sí, papagayos tapando el cielo, enormes sierpes, vegetación exuberante, indios que se prosternan: Todo es pasado, todo es otro lado, porque acá no hay más que llanura y río, plano, dolorosamente horizontal, donde la pared que hoy se levanta vienesse abajo mañana. En el primer viaje tuvo gloria, oro y verde; aquí, una línea sola sin árboles con aborígenes que no se doblagan ni rien. Acá simplemente hay nubes de mármol como sueños de la llanura, y apariciones fantasmales de Trampantojos que irrumpen en el aire armados de brutales cuchillos. Esta llanura, vértigo horizontal. La vista no encuentra donde detenerse, como el pájaro en el mar.

Hemos llegado finalmente al Purgatorio que buscara el Almirante con la guía de los tercetos dantescos:

"Me volví a la derecha, reparando en el otro polo, y vi cuatro estrellas nunca vistas desde los primeros humanos. Gozar parecía el cielo con sus resplandores. ¡Oh Septentrión, sitio viudo, pues te ves privado de miraras!"

Sí, aquí en el sur, sometidos a tanta planicie, sólo el cielo consuela. Cuanto más desgraciado se es, más bellas parecen. Sea cruz o pata de avestruz, es marca de un dios. La irrelevancia del paisaje obliga a levantar la vista e invita a magias y quimeras. Aquí sobrevuelan las fantasías al alcance de la mano. Este enorme río-mar que ya no puede ver el Almirante es una puerta a la infinita tierra-nada. La vieja carraca penetra por las aguas sosas buscando una sepultura digna de un ciego.

Aquí todo es posible: mares sin sal, tierras vacías, cruces en el cielo, un río de sueñera y de barro poblado de sirenas y endriagos y de piedras imanes que enloquecen la brújula, eternidad de agua y aire. Magos soñados que sueñan magos. Indios que sueñan ciudades extrañas. Estos que desean ser el otro, y creen ser el otro.

Asombros y quimeras.

Alguien pierde aquí unas yuntas y en un tiempo encuentra terremoto de caballos. Espíritus foletos. El hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres

fantásticas, de sueños que le preocupan despierto. Sólo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada. Cuanto más se hundan los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más quedan fascinados, hipnotizados, sumidos en contemplación y duda. Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándolas vivamente el rayo. Imágenes hechas para quedar hondamente grabadas. El dios Chachao dejó sus huellas y unos monigotes de barro, y huyó de aquí. Apenas un diabluelo menor, Gualicho, atinó a quedarse para poner un poco de burla en los ojos aindiados.

El lansquenete Ulrico y los cronistas que le sigan dirán cuatro palabras de estas desolaciones y huirán con sus plumas hacia paisajes más verticales donde las aguas exploten o la tierra se alce con árboles inconmensurables y frutos sabrosos, vides y metales.

Más al norte, se llegará a inmensas cascadas llenas de animales y vegetación; más al poniente encontrarán enormes picos y valles arbolados, en OTROS LADOS habrá EDEN, pero de aquí al sur sólo inventos de la mente: hallarán unos gigantes de monstruda magnitud, llevarán uno a las naos y tendrá temor de verse en un espejo (no es para menos), llevará a cuestras una pesada pipa de agua, lo atarán entre ocho y se disgustará tanto que no querrá comer, y de puro coraje morirá. Tendrá de altura trece pies, otros dirán que quince. También habrá una ciudad invisible o elevada en el aire por los ángeles. Habrá mujeres que asistan a las leonas feroces en sus partos. Habrá santos idiotas.

Nada puede apoyarse sobre esta línea inmensa, todo flota arriba de ella porque en estas tierras nada permanece en su lugar. La física no resiste una región en la que todo se derrama sobre un plano no inclinado.

La sal de este enorme río-mar se ha mudado al continente y evita que el paisaje se eleve de su siesta. Aquí primero fue el barro, ahora la sal.

En esta pampa sólo hay arriba. UTOPIA es aquí.

"No hemos hallado puerta (escribe Miguel en carta sin destinatario). Parece este el Purgatorio por la desolación, pero no porque nos limpiemos de pecados: los marinos, al no encontrar hermosas ubérrimas se han conformado con flaquísimas nativas. Un milagro sí se ha cumplido, pues los hombres han recuperado su viejo vigor. Aunque cubiertos de pústulas y chancros sus miembros reaparecieron y se irguieron en pos de mujeres ajenas. Oros no hay. Diz que han visto un indio con un aro, otro con un colgante dorado, y que preguntados les señalan a veces el norte, otras el noroeste. Decidieron hacer expediciones hacia tales rumbos. ¿Pero cómo fiarse de lo que se ve? La comida escasea. Los indios, que se han llamado Querandís, nos han traído durante varios días su escasez de pescado y carne para comer, pero desde hace cuatro no recibimos nada. Ellos se han ofendido, seguramente, y han huido tierra adentro. El Almirante fue sepultado en una isla que está frente a estas playa. También ha muerto el despensero García, de naturaleza, y lo han sepultado junto con el Almirante. Sin embargo, ocho días después del crimen yo lo he visto al viejo.

Ocurrió así: Estaba pensando y apuntando algunas ideas de mi relato sobre un hombre que enloquece leyendo a Dante y otros autores y sale a... en fin, me encontraba observando el río-mar sentado en una pequeña loma y apareció el Almirante. Unos momentos después, Trampantojo. Con lentitud en mi conciencia, puntuales en la realidad, los movimientos de Trampantojo y el ciego coincidieron con sus movimientos de ocho días antes. El atroz eterno retorno. Como en el teatro, las escenas se repiten. Quedé atónito, paralizado. ¿El crimen de la cubierta se rehacía como purgación ante mi vista? Después de unas horas en silencio regresé al embarcadero. No comenté con nadie mi visión. Al día siguiente, cerca del atardecer, cuando ya había terminado con mis tareas, me dirigí con la cabeza puesta en mis historias nuevamente al mismo sitio. La escena se repitió. Pero aún más maravillosamente. En el momento en que el indio eleva el cuchillo contra el viejo, tomé una piedra, un tanto atemorizado pero con convicción, y se la arrojé con violencia. El

proyectil, no me asombra, atravesó al indio. Lo mismo ocurrió con otros tres disparos. No me miró. Con estirar el brazo lo hubiera tocado. Esta posibilidad me horrorizó (como si hubiera estado en peligro de tocar un fantasma). En su prescindencia de mí había algo espantoso. Nada de esto diría a los inquisidores. No tengo temor, pero no me fío de ellos".

Cata que vendrá la gomía y te comerá, asustábanlo de niño. Sus hermanas gritaban acentuando la femineidad y él hacía el macho. No le costaba no gritar porque no temía de aparecidos. Ni tarascas ni endriagos ni gigantes ni vestiglos del otro mundo, ni la pelea ni la guerra (en el futuro daría parte de sí inmerso en la fiebre); mucho le preocupaba, en cambio, no cumplir con su destino que ahora distinguía en lontananza: escribir (aunque conservará la idea del guerrero heroico). Su mente hervía en imaginaciones, y a la vez se observaba de afuera con ironía. Podía burlarse de ellas y dejarse llevar por ellas. Veía a la vez figura y fondo. Siendo él ya la una, ya el otro. Y no estuvo errado en su actitud con la visión: algo lo horrorizaba, mas no la escena del crimen sino la sospecha de maldad detrás de ella. No es una vieja descabellada, muy negra y fea con grandes colmillos quien lo preocupa. ¡Cátalo cantusado! Es Galo el que le quita el sueño. Habrá de objetar durablemente la actitud bachilleril de quien todo lo sabe porque es erudito, y nada sabe porque no aprendió de la gente alegre, maleante y juguetona. No le arredran aparecidos de agua y lana. Casi siempre creía en santos, nunca en humanas tramoyas. Y esta vida postmortem del Almirante, le sonaba a artilugio. No le agradaba esa prolongación interminable de la muerte. Un muerto es un muerto. Amén. El día que escriba su obra no dilatará el final del personaje. "Entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiero decir que se murió", escribirá, y que los muertos entierren a sus muertos sin dilación. Nada de refocilarse con la agonía. Sin dudas, murió, "y ningún hombre lo hará salir de la fosa donde real y verdaderamente yace tendido de largo a largo, imposibilitado de hacer nueva jornada. Vale."

Todo lo apuntaba el grumete en su librito de memoria, todo lo transformaba en literatura posterior. Cuanto ha visto y oído se combinará y cocinará en los calores del desierto dando paso a la obra que lo hará morir y trascender.

Bajo cubierta, Galo y Trampantojo. El sabio ha espantado hace días ya a los marinos que mostráronse ávidos de justicia por propia mano, y se entretienen ahora en hembras ajenas. Desea saborear su triunfo sobre el indio encadenado. El triunfo de la razón.

-Te han visto matar al Cegatón.

-Ya me lo has dicho. Sabes que no pude moverme de aquí.

-Dícelo a ellos y al inquisidor. Te han visto, todos, a plena luz, sobre cubierta. Ya esa historia anda por la nao de mano en mano.

-Visión debió de ser, sin duda, porque no hay otro yo en el mundo. Yo no me he alterado en oír que ando como cuerpo fantástico por las tinieblas del abismo, ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esa historia trata. Si ella fuere buena, fiel y verdadera, tendrá siglos de vida; pero si fuere mala, de su parto a la sepultura no será muy largo el camino.

-He triunfado.

-No veo cómo.

-Mi inteligencia ha dominado tu ardor. Mi técnica doblega tus emociones y las aprovecha. Como demostración final te contaré los hechos (Pausa Teatral). Hace unas cuantas centurias Arquímedes de Siracusa incendió las naves romanas del ejército de Marco Claudio Marcelo sin siquiera tocarlas, sin acercarse a ellas, sin lanzarles dardos ardientes. Su técnica sagaz pulió espejos ustorios. Algo así como los de mi catalejo, pero de enorme tamaño. Aprovechó el calor del sol y lo incrementó hasta lanzarlo sobre las maderas de los sorprendidos invasores. Yo, he llevado la técnica de los espejos a su perfección: capturo las imágenes y luego las reproduzco a mi antojo. La tuya, la del viejo loco. Las muevo a mi placer. Me ha ayudado tu fama de mago y brujo para

convencer a los burdos marinos de la verdad de mis apariencias. ¿Cómo combatirás lo que sus ojos han visto? Con qué artes y palabras. El Almirante está muerto y enterrado, todos presenciaron la escena, todos te vieron blandir el cuchillo sobre él. Y esta tierra vacía es especial para mis experimentaciones. Haré milagros. Milagros de la razón.

-A mí me torturarán y tú ¿multiplicarás los panes y los peces?

-Seguramente.

-¿y saciarán el hambre?

-Como en sueños. Además convenceré muy fácilmente a los inquisidores mostrándoles cómo vuelas en caballos de madera, en el rayo o con alas de murciélago. Sin culpas puedo engañar porque la finalidad que persigo es superior a quienes se interpusieren. ¡Soberanos embaimientos!

Miguel no morirá como Garcilaso a los treinta y tres años en combate. El poeta lírico se abalanzó sobre la escala, sin casco, sin coraza, con un valor gigante. Fue aplastado por una enorme piedra que le arrojaron los sitiados de Muey. Pocos días después, sereno y caballero, murió en brazos de San Francisco de Borja. Sus versos fueron diáfanos, exquisitos. Corrientes aguas, puras, cristalinas; árboles que os estáis mirando en ellas, verde prado de fresca sombra lleno, aves que aquí sembráis vuestras querellas. Miguel ni morirá ni vivirá como Garcilaso de la Vega: no habrá glorias diurnas, ni un fin heroico, más bien una vida en la que el signo de los tiempos opacará la nobleza de sus actos. De nada valdrá su valentía y su entrega en tiempos oscuros en que los soldados están vacantes e inactivos, desperdiciados mientras los jefes se olvidan de ellos inmersos en miserias de intrigas por el poder. No morirá como culminación de su virtud, quedará vergonzosamente -para los otros-, vergonzosamente tullido. Su epitafio no dirá, aquí yace un soldado, como el de Esquilo; no habrá un futuro santo para despedirlo, se irá tersamente y casi en el olvido, como vivirá. Los siglos, ese incierto monstruo que llaman futuro, le depararán la fama. El se irá a la eterna vida con la cara descubierta.

Pero para eso falta mucho correr.

Todavía andará una máquina de años. Verá la soledad de la llanura que le recuerda a Castilla o a la Mancha, con lugares de cuyo nombre no querrá acordarse. Verá más prodigios de la razón bachilleril, disfrutará de los vinos y los ajos. Oirá hablar a ratas y perros. Presenciará el vuelo de caballos sin alas. Y en todo ha de creer, y todo lo ha de tolerar, excepto la maldad de echacuervos como Galo o como duques poderosos que abusen de las necesidades y la sencillez de labriegos y ancianos. De cada situación, de cada escena, sacará argumentos para sus novelas. Escribirá historias, y en ellas -en todas ellas- estarán este viaje, el viejo loco, el extraño mago y las tinieblas de la razón.

La Plata, 1990-2000